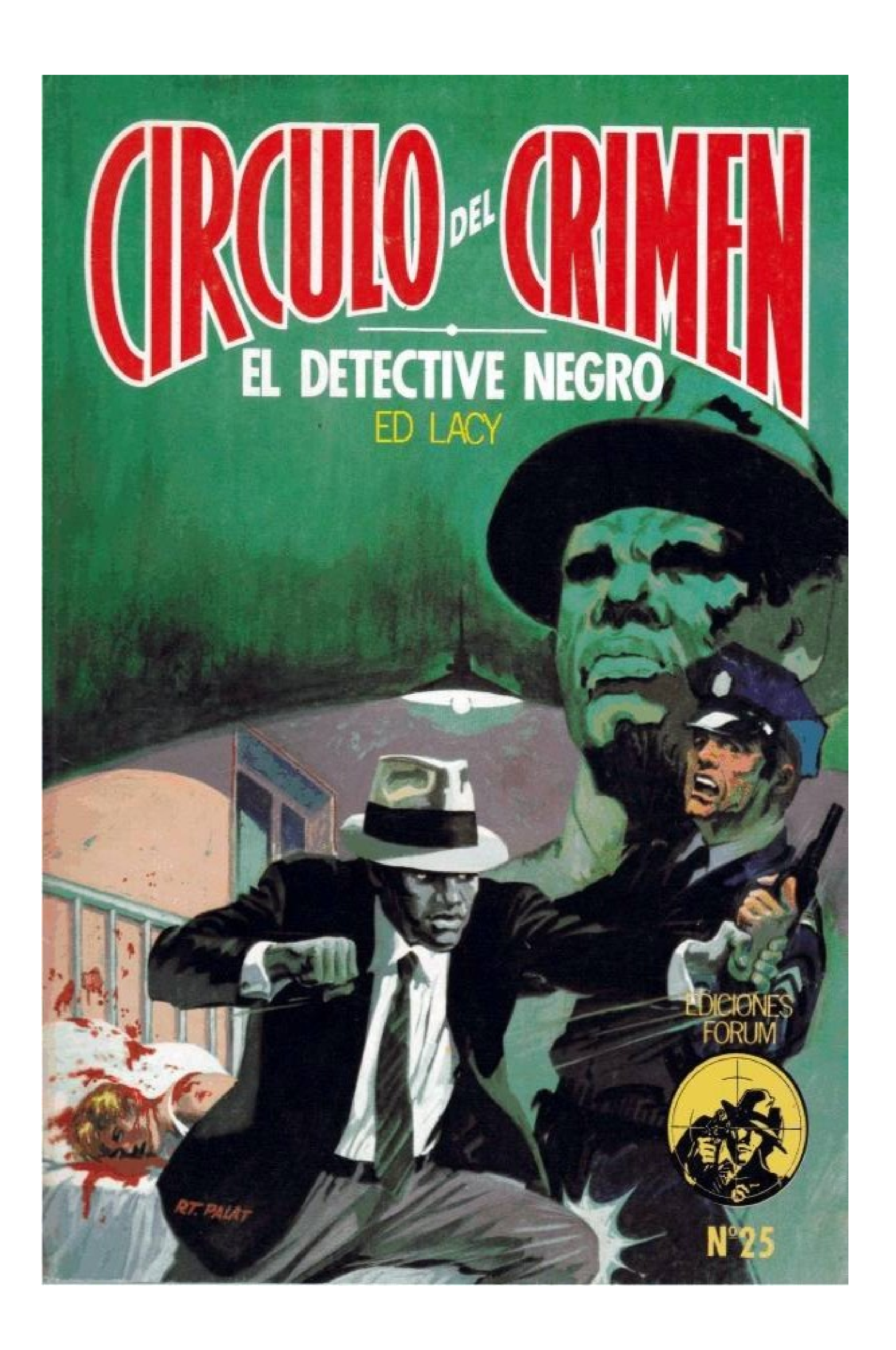

CIRCULO DEL CRIMEN
EL DETECTIVE NEGRO
ED LACY
EDICIONES FORUM
Nº25
RT. PALAT

Ed Lacy

EL DETECTIVE NEGRO

Círculo del Crimen Nº 25

ePub r1.1

Rutherford/Beatriz/Rbear 22.01.16

Título original: *Room to Swing*
Ed Lacy, 1957
Traducción: Ana Muñoz
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Beatriz/Rbear* (22/01/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (31/01/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen)*, *1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: ninguna.

HOY

1

Me había detenido en Bingston, una pequeña ciudad al sur de Ohio de unos dos mil habitantes, una de esas ciudades que se pueden recorrer en tres minutos. A mí me llevó menos de uno saber todo lo que necesitaba: que me había equivocado viniendo aquí.

La calle principal parecía mayor de lo que era debido al tráfico que venía de las cercanas granjas. Aparqué mi coche frente al establecimiento más grande: uno de esos bares en los que hay de todo y entré, dándome cuenta de que los escasos peatones me miraban como si acabase de bajarme de un ovni. Aunque mi Jaguar tiene ocho años y lo conseguí por seiscientos dólares, cualquier cosa extranjera llama la atención, y eso no me interesaba en ese preciso instante; llamar la atención era lo último que yo necesitaba. Causé sensación dentro del establecimiento: todo se detuvo. Un gordo junto a la fuente de soda se me quedó mirando como si le costase trabajo creer lo que veían sus ojos, el tipo que desayunaba en la barra dio la vuelta, con la tostada en la boca, y desorbitó los ojos, el dueño recogía el correo de manos de un cartero negro y, al verme, los dos pusieron cara de susto. Se trataba de un sitio bien abastecido, una tienda de tipo almacén.

Vi las cabinas telefónicas y me acerqué a ellas. La guía telefónica de Bingston tenía el tamaño y el grosor de un programa de teatro de Broadway. No existía ninguna May Russell en el listín.

Imaginando que habría alguna otra guía telefónica, además de semejante folletito, me aproximé hacia el que despachaba refrescos para preguntarle. El hombre reaccionó como un cómico aficionado,

su cara redonda reflejó espanto y luego se le iluminó con una amplia sonrisa a la vez que miraba hacia la entrada. Me volví para ver al policía que se aproximaba de prisa hacia donde yo estaba. Algunas ciudades pequeñas visten a sus policías con uniformes de comedia musical. Se trataba de un tipo fuerte de mediana edad, con botas altas de un negro brillante, pantalón gris con amplia tira roja a ambos lados, una guayabera de cuero con la mayor insignia que en mi vida había visto, y una especie de sombrero de vaquero. No podía haber duda de a lo que venía, por la forma en que se aproximaba; la pistola preparada en la cartuchera y una porra en la mano derecha. No comprendía cómo podían estar ya buscándome, pero mi estómago empezó a dar volteretas. Me serené; si lograba tumbar al policía y correr hacia la puerta estaría a salvo. Pero el cartero se interpuso en mi camino sujetándome con ambas manos la muñeca derecha, a la vez que me susurraba:

—Tranquilo, hijo.

—Quítese de mi camino —dije, soltándome de un tirón. El policía estaba ya a nuestro lado. El cartero le saludó con un gesto y dijo:

—Hola, señor Williams.

—Hola, Sam. ¿Hay algo para mí?

—Dejé unas cuantas cartas en su oficina —contestó el cartero que seguía cortándome la retirada.

—¿Eres nuevo en la ciudad, muchacho? —me preguntó el policía.

—Sí —me habían llamado «muchacho» más veces en las últimas seis horas que en el resto de mi vida.

—Eso me parecía. Es mejor que te explique algunas cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté sin quitar los ojos de la porra que sostenía en la mano. Empujé al cartero para que se quitara de en medio, pero el idiota se colocó exactamente delante de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacho?

—Estaba mirando la guía telefónica. ¿Es contrario a la Ley?

—En absoluto. Pensé que quizás estabas pensando comer aquí. Siendo nuevo, no puedes saber que no hay costumbre de que los de color coman aquí.

Me sentí un poco enfadado, pero me relajé casi mareado de alivio. Todavía estaba libre. La tontería que se me ocurrió es que el

policía tenía una cara realmente amable, y que desde luego hablaba con dulzura, aunque con la porra preparada.

—No tenía intención de comerme la cabina —le dije.

El policía sonrió, mirando mi traje comprado en la Quinta Avenida, seguro que había visto el Jaguar aparcado fuera. Entonces se fijó en mi nariz rota y en que le superaba en unos quince centímetros de estatura y en más de veinticinco kilogramos de peso y pareció entristecerse otra vez.

—Compréndelo, no quiero jaleos. Como eres nuevo aquí quiero que lo entiendas bien.

—Entonces ya lo hemos entendido —señalé con la cabeza a las cabinas—. ¿No existen otras guías?

—Esa es la guía. ¿A quién buscas?

—Creo que me he equivocado de ciudad. No he encontrado el nombre de mi amigo —dije a la vez que rodeaba al cartero y me dirigía hacia la puerta.

—Conozco a casi todo el mundo en Bingston —dijo el cartero, y su negro rostro me decía con claridad: «De negro a negro, déjame ayudarte.»

—Está bien, olvídelo —salí al exterior y miré la calle principal en ambas direcciones; se abarcaba todo sin estirar el cuello. Un cine, dos pequeños hoteles, varios supermercados, un par de docenas de almacenes, y quizás otra calle «comercial» que cruzaba ésta, una manzana más abajo.

Como ya dijo alguna vez alguien, hay más burros que caballos en el mundo y en aquel momento me sentía como el número uno de los tontos. Había estado conduciendo como un loco durante quince horas hasta esta ciudad rústica y ahora me encontraba encajado como una espina en un dedo. Pero estaba aquí donde quizás estaba también la respuesta.

El cartero Tom se encontraba junto a mí.

—Me parece que debe de venir del norte. Bingston no es una ciudad mala para los de color, sólo un poco anticuada. No merece la pena meterse en jaleos, hijo.

—Déjese de sermones familiares, tío. ¿Conoce usted a May Russell?

Vi el enfado como un relámpago negro cruzar su rostro oscuro al oír el «tío». Empezó a alejarse, vio al policía que nos vigilaba desde

la puerta del almacén. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Mire, no queremos problemas en esta ciudad. He vivido aquí toda mi vida y los nuestros han progresado en Bingston.

—¿Va a intentar también usted corregirme? Me paro en una cabina telefónica y me meto en un lío. Voy hacia el sur, ¿a qué distancia está Ohio?

—Si me preguntas por May Russell empezarán los problemas de verdad. No es para los de color.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es una… ¡una dama escarlata! —murmuró.

Me eché a reír. No había vuelto a oír esa frase desde que leí la Letra Escarlata en mi época del Instituto y recordaba lo que me defraudó ver que no era nada verde.

El cartero se rio un poco, mostrando sus torcidos dientes.

—Me entendió mal, viejo. ¿Existe un hotel donde pueda estar un par de días?

—No hay hotel para los de color. No somos más que treinta y nueve familias negras en Bingston.

—Demonios, ¿no tiene Ohio una Ley de derechos civiles, o cualquier…?

—Estamos realmente en la frontera de Kentucky, por lo tanto… —movió su regordeta mano morena en dirección sur—. No vienen muchos forasteros de color. La señora Kelly acepta huéspedes, pero ahora lo tiene completo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Un par de días. Soy un… un músico. Voy camino de Chicago: pensé que May Russell era la amiga de un chico que yo conocía.

—Sabía que era del teatro. ¿Cómo se llama el amigo que está buscando? Saber el nombre de todo el mundo es mi trabajo.

—Un colega del ejército. Le llamábamos sólo Joe… Creo que me he equivocado de ciudad —dije, mintiendo con toda mi alma—. Le voy a decir la verdad, viejo. He estado largas horas en la carretera y tengo algo de catarro. Quisiera descansar unos días.

—No parece realmente estar enfermo. Me llamo Sam Davis. Creo que podría alojarse en mi casa.

—Gracias. Mi nombre es Harry Jones —contesté pescando un buen nombre de la nada.

Nos estrechamos la mano y dijo:

—¿Le parece bien dos dólares por noche y un dólar por comida?

—Perfecto.

—Voy a telefonear a Mary, mi mujer, para decirle que va para allá. Tiene que torcer a la izquierda al llegar a Elm, allí junto al semáforo. Entonces sigue unas cinco manzanas y verá una casa de ladrillo con unos patos de madera en el jardín delantero. Tiene una cerca metálica. Esa es mi casa. Se encontrará en el distrito de los de color. Pregunte a cualquiera por la casa de Sam Davis. Es un paseo corto.

—Voy sobre ruedas —dije señalando el Jaguar.

—¿Puede ir a más de ciento cincuenta con ese coche? —preguntó impresionado.

—Sí, sin apretar el acelerador. Gracias por la habitación. Me voy derecho a ver si duermo un poco. ¿Cree que va a armarse un escándalo si me compro antes el periódico local?

—Vamos, vamos, señor Jones, Bingston no es tan malo. El *News* no llega hasta mediodía, a menos que quiera el de ayer.

—Bueno es. Me gusta dormirme leyendo.

—Puede comprarlo en el Smoke Shop, al otro lado de la calle. Voy a decirle a Mary que va a ir usted.

Compré el periódico y, a la vez que me sentaba delante del volante, pasó el policía e inquirió de forma amistosa:

—¿Es un coche europeo?

Estaba realmente amable, sin embargo, si yo hubiera querido tomar una taza de café en el bar me hubiera aplastado la cabeza.

—Es inglés.

—Apuesto a que es muy caro.

—Ganaría la apuesta —dije poniendo el coche en marcha.

—¿Es mejor que nuestros coches?

—No —contesté empezando a rodar.

Torcí al llegar al semáforo y me acerqué a la acera. Elm Street estaba compuesta por varias casas grandes con jardines más grandes todavía. El periódico había interpretado la historia cablegrafiada desde Nueva York sobre un tal Richard Tutt que había sido encontrado muerto en su habitación y decía que la Policía estaba buscando a «un negro». Por las huellas habían descubierto que el verdadero nombre de Tutt era Robert Thomas y que se le buscaba

por delincuente. Al final había unos párrafos diciendo que Thomas había nacido en Bingston y que la Policía local le buscaba desde hacía seis años. No era nada que yo no supiera ya, de forma que dejé el periódico y seguí conduciendo.

La casa del cartero era mejor de lo que yo esperaba: vieja, pero sólidamente construida. Realmente la mayoría de las casas en este distrito de «negros» tenían muy buen aspecto. Había una entrada para carruajes y un garaje en la puerta trasera. Aparqué en el sendero detrás de la casa y cerré el coche. Las placas de la matrícula estaban lo suficientemente sucias. Una mujer rolliza de oscuro, pero cálido rostro, abrió la puerta y dijo:

—Usted debe de ser el señor Jones. Entre. Apenas he tenido tiempo de arreglar la habitación de los huéspedes. No la habíamos usado desde que mi primo Alien de Dayton estuvo aquí. Sólo tardaré un minuto en limpiar el polvo y…

—Estoy rendido —dije, y repentinamente me sentí dolorido a causa del cansancio—. ¿Puedo acostarme ahora?

—Va usted a pensar que soy una mala ama de casa.

—De verdad que no. Estoy tan cansado que no puedo pensar. ¿Puedo irme a la habitación ya?

—Como quiera. Parece verdaderamente cansado. Le daré una toalla. ¿Dónde están sus maletas?

—En el coche —mentí—. Las cogeré luego.

La seguí al piso superior, hasta una gran habitación con pesados muebles antiguos. La cama tenía un maravilloso aspecto. Me dio una toalla, dijo que el cuarto de baño estaba abajo en el vestíbulo y continuó charlando sobre el polvo y cosas así. A mí me parecía que la habitación estaba limpia como una patena. Le cerré la boca colgando mi abrigo de tweed Harris en el gran armario. Se quedó parada en la puerta.

—Mi marido le dijo dos dólares la noche y…

—Sí —le alargué un billete de cinco dólares.

—Bien, estaba equivocado con respecto a las comidas. Ha subido mucho todo. Son dos dólares al día por las comidas, no uno.

—Está bien.

—Le daré el cambio luego —parecía dudar, estirándose el delantal con las mano con la que sostenía el dinero—. Espero que no beba usted, señor Jones.

—Solamente estoy cansado. Buenos días, señora Davis —cuando se marchó colgué mi chaqueta y cerré la puerta. Escondí mi cartera y la chapa bajo el colchón y la información sobre Thomas debajo de la alfombra. Quitándome la camisa de nylon y el resto de la ropa interior, me aseguré de que el vestíbulo estaba vacío y corrí camino del baño. Tenía la bañera más grande que he visto en mi vida. Tomé una ducha rápida, lavé mi ropa interior y la camisa, me sequé y desnudo corrí otra vez por el vestíbulo. Colgué con cuidado la camisa y la ropa interior, bajé las persianas y me lancé a la cama.

Quería pensar; tenía que hacerlo si quería salir de este embrollo. Pero llevaba dos días sin dormir y la cama era tierna como un sueño. Cuando me desperté las manecillas verde-pálido de mi reloj de pulsera marcaban las diez. Había descabezado un sueñecito de doce horas. Me sentía bien, pero furioso por haber perdido tanto tiempo.

Subí las persianas; estaba muy oscuro fuera, las tenues farolas separaban los bloques. Mi colada se había secado y encendí la pipa mientras me vestía. No era seguro permanecer en este lugar más de un día o dos, si es que había alguna seguridad. Normalmente debería ser cosa de nada el escudriñar una ciudad como Bingston en un par de días, pero el problema es que estábamos al Sur y mi piel era oscura. Si salía, cualquiera me podía señalar como «el negro» buscado por la Policía de Nueva York.

Estaba demasiado solo. Si tuviera al menos un contacto, alguien en la ciudad que pudiera hacer las preguntas más capciosas. Pero, idiota de mí, ¿qué preguntas? No tenía ni idea de lo que estaba buscando. Una aldea así podría lo mismo ser un maravilloso escondite que una trampa.

Sacando la información que me había dado la televisión sobre Bob Thomas, volví a leerla por décima vez. Me sentí un poco mejor, todavía tenía la sospecha de que el asesino había tenido que salir de Bingston. A menos que fuese uno de esos trabajos raros, uno de los que no se ajustan a ningún patrón.

Si se trataba del crimen de un loco podía igualmente regresar y pensar en la silla eléctrica.

La casa estaba tan callada que deduje que el matrimonio estaba dormido. Tenía hambre suficiente como para intentar buscar algo en el frigorífico. El televisor estaba encendido y daba un reflejo

irreal al salón. Había una chica joven mirando la pantalla. Podía ver su rostro con claridad, un rostro delgado y oscuro, de piel tan negra como la mía, tenía el cabello peinado hacia arriba, recogido en un moño. Cuando me vio se levantó y encendió una lámpara. Llevaba un traje sencillo de punto gris que se ceñía a su figura alta y fuerte. Con la luz parecía mayor de lo que había pensado, unos veintisiete. Tenía la nariz corta, los ojos grandes y profundos y sus labios eran gruesos.

—¿Señor Jones? Soy Frances Davis. Mi madre dijo que a lo mejor quería usted cenar. ¿No?

La voz era baja y hosca, se diría que incluso amarga.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Dormidos. Son más de las diez, es tarde para nosotros.

—Siento haberla tenido levantada. Saldré a comer algo.

—¿Dónde? No hay ningún restaurante para los de «color» aquí. No me ha tenido levantada; soy adicta a la televisión. Si quiere comer sígame a la cocina.

—No parece haber nada en Bingston merecedor de que se levante uno de la cama —dije a la vez que ella pasaba junto a mí, camino de la cocina. Tenía casi un metro ochenta de estatura y llevaba zapatos bajos.

—No, si su piel no es pálida —se paró frente a mí—. Sus hombros le hacen parecer bajo. Pero no lo es. Y su traje es tremendo. Realmente tiene un aspecto de lo más elegante.

De cerca, su cara tenía algo de atractivo, con sus labios llenos e interesantes ojos.

—Gracias, muñeca. A mí me gusta también su traje.

—Me lo compré el año pasado en Cincinnati. ¿Cómo se rompió la nariz? —me preguntó abriendo la puerta de la cocina.

—Jugaba al fútbol hace muchos años. Tenía una beca gracias al balón, hasta que llegó la guerra.

La cocina era grande y brillante y decorada de forma un poco rara: frigorífico y congelador muy modernos, lavadora eléctrica y horno también eléctrico y una anticuada cocina de carbón pintada de un negro brillante. Señaló una mesa blanca y me senté a la vez que ella sacaba varias cosas del frigorífico que estaba lleno de

comida.

—Verduras, arroz, cerdo asado, galletas y pastel. Café o té. ¿Le parece bien?

—Estupendo, pero paso de las galletas y patatas. Tomaré té.

—¿Qué instrumento toca y a qué banda pertenece?

—Batería. No pertenezco a ninguna banda, de momento. He dado algunos recitales en Nueva Orleans y en Lake Charles y voy camino de Chicago para algo más. Son trabajos esporádicos la mayoría.

—¿Cómo es Nueva Orleans?

—Caliente y húmeda. Me alegró abandonarla.

—Vi su Jaguar fuera. Es el mejor.

—Muñeca, ¿por qué no corta esa charla tonta?

Se volvió desde el fogón que debía haber estado encendido todo el tiempo, hacía demasiado calor en la cocina.

—Estaba actuando para usted, ya que pertenece al mundo del jazz. Y hablando de tonterías, deje de llamarme muñeca.

—Está bien señorita Frances. No intentaba decir nada que pudiera molestarla.

Me dirigió una mirada en silencio a la vez que empezaba a llenarme el plato.

—Lo tomé como un cumplido, señor Jones. Dígame, ¿por qué ha venido a Bingston?

No veía el cumplido por ningún sitio. Era hora de que yo empezase a preguntar. La cena era estupenda, entre bocados dije:

—Por ningún motivo, pasaba por aquí y pensé descansar un par de días. He estado leyendo el periódico de Bingston esta mañana; parece que han tenido un poco de emoción por estos lugares, un muchacho de aquí fue asesinado en Nueva York. ¿Conocía usted a ese Tutt, o Thomas?

—Me acuerdo de él, pero no le conocía. Era blanco. He leído sobre su muerte. ¿Sabe? Cuanto mayor voy siendo, más me doy cuenta de que los blancos están locos.

Asentí y tragué un puñado de arroz.

—Me recuerda usted a mi padre. Era un nacionalista. Eso era lo último que esperaba encontrar… aquí.

—¿Quiere decir en este lugar olvidado? —preguntó ella sentada al otro lado de la mesa y mordisqueando un pedacito de pastel. Su

oscura piel parecía tan suave como el terciopelo y la luz de la cocina resaltaba sus pómulos bastante altos—. Aquí no tuvimos que luchar para conseguir la integración, esto no es realmente el «sur». Pero la verdad es que Bingston es un sitio con barreras para los de color. Una chica negra puede obtener tan sólo ciertos trabajos; tiene la elección, o la oportunidad, de casarse solamente con dos o tres solteros; debe vivir dentro de un área determinada; no puede comer en ningún sitio; pero usted debe de saberlo también.

—Una ciudad pequeña es una ciudad pequeña, incluso para los blancos.

—¡Y diez veces más pequeña para nosotros!

—Deben de existir autobuses que salgan de aquí todos los días. Este muchacho, Thomas, se marchó, y mire cómo terminó. ¿Qué piensan en Bingston de este asesinato? ¿Hay jaleo porque se supone que lo hizo un negro?

—Para él todo era diferente aquí; era blanco, aunque pobre. Han puesto incluso un programa de televisión sobre él. Algunas veces me siento tentada de marcharme a Nueva York o a Los Ángeles; pero me da miedo. Se puede estar también muy sola en una ciudad grande. Sería diferente conocer a alguien allí. He visto películas de los arrabales de Harlem y de la parte Sur. Sé que no son el paraíso.

—Es verdad, pero por lo menos tienes más sitio donde moverte. ¿Cree que ese Thomas se movió demasiado?

Se encogió de hombros, parecía tener más pecho de lo que yo había pensado.

—Sueño con dejar esto. Algunas veces Bingston me parece un cementerio viviente. Entonces me digo, vivo en una casa confortable con mi gente, ¿por qué huir? Esta es tanto mi ciudad como la de los otros, ¿por qué entregársela?

—¿No existe en Ohio una ley de derechos civiles? —le pregunté tragando otra porción de arroz y salsa. Sus palabras me estaban dando una idea, si funcionaba, quizá había encontrado mi ayudante local.

—¿Quiere decir que si respondemos a la lucha? Como ya le dije, no es tanto la Ley como la costumbre. A la larga quieren decir la misma cosa. Somos solamente un puñado y la mayoría de nosotros tiene «buenos» trabajos. Por ejemplo, yo podría ganar y ahorrar bastante dinero como doméstica. Pero algunos de nosotros tratamos

de salimos del tiesto, acabamos de ganar una lucha que ha durado dos años para podernos sentar en localidad de butaca en el cine, y no sólo en el anfiteatro; fue una cosa muy importante. Sólo que, ¡maldita sea!, tiene que haber otras cosas en la vida además de sentarse en butacas.

—¿Qué es lo que hace? ¿Va a la universidad?

—Mi hermano está en Howard. Esto me enfurece, mi padre insistió en enviarle a una universidad para los de color. Yo quería que fuese al Estado de Ohio. Fue otra batalla perdida. Yo no pude ir a la universidad. No era cuestión de dinero, yo soy sólo una mujer y mi carrera debería ser el matrimonio, ¡Bah!

—Su gente parece anticuada.

—Mi padre al final me envió a una escuela de secretariado en Dayton, como si alguien necesitara una secretaria de color en Bingston. Trabajo de mecanógrafa por horas para el señor Ross, un tipo bronceado y meloso que es abogado y corredor de fincas urbanas un poco marrullero. Posee una familia y un hobby: tratar de conquistarme. Tengo también otro trabajo por horas en una panadería cerca de aquí, el resultado de otra lucha. Eso es lo que me mata; tenemos que luchar por un asqueroso puesto de trabajo, aunque sea para vender bollos. ¿Quiere té ahora?

—Sí gracias. —Corté un trozo de pastel. Estaba riquísimo—. ¿Ha despertado aquí algún resquemor contra los de color el asesinato de este Thomas?

—No. Incluso la gente parece aliviada al saber que ha muerto.

—De acuerdo con las noticias, era ya un delincuente cuando se largó.

—Se escapó de la cárcel.

—Fue por asalto y violación, ¿no?

Se levantó para coger el té. Me fijé en sus piernas sin intención, eran fuertes y no delgadas. Puse azúcar en mi taza a la vez que ella se sentaba otra vez, sacó un paquete de cigarrillos. Señalé mi pipa saliendo del bolsillo de la chaqueta y le di lumbre.

—Violación y asalto. Debía de ser un chico de carácter dulce — dije, intentando volver al tema de Thomas.

—Eso fue una broma, la parte de la violación. Porky Thomas no tuvo que violar a May Russell.

—¿Porky? —Esto no constaba en mi hoja de datos.

—Tenía siempre hambre cuando era niño. Comía cualquier cosa, igual que un cerdo. ¿Por qué estamos hablando de él? Le pasó lo que a cualquier chico negro le sucede cualquier día si se sale de la línea marcada. ¿Se compró el Jaguar en Inglaterra?

—No —daba vuelta al significado de la línea marcada refiriéndose a Thomas—. ¿Había Porky…?

—Pensaba que quizá habría viajado usted al extranjero con una orquesta. Estoy ahorrando para hacer un viaje a Europa. Es mi sueño favorito cuando estoy despierta.

—Esto es algo en lo que tenemos ventaja sobre los blancos; el dejar los Estados significa más placer para nosotros.

Sus ojos brillaban.

—¿Ha estado usted en el extranjero?

—En París, Berlín, Roma, Leghorn. Fui capitán en el ejército —dije, hablando demasiado—. ¿Qué quería decir cuando indicó que Thomas tenía una línea marcada?

—Un capitán, bien, yo me quería ir con las WAC para viajar. ¿Cómo es París realmente? ¿Cómo es?

—Maravilloso; pero oiga, acerca de…

—Imagine, poder ir a cualquier sitio sin pensar nunca si una va a ser bien recibida. La vista de su coche me hizo soñar de nuevo. Esos asientos bajos, son tan distintos.

—¿Quiere dar un paseo? ¿Hay algún sitio donde podamos tomar una copa?

—Gracias, pero no quiero dar un paseo —replicó, pero me di cuenta de que lo estaba deseando—. Hay un pequeño sitio en el campo que está abierto hasta tarde, donde venden alcohol. Pero es un sitio deprimente y sucio.

—Entonces daremos sólo un paseo —dije levantándome.

No se movió. Sin dejar de mirar la mesa dijo.

—No.

—Vamos, quiero ver la ciudad.

—¿Por la noche? No, señor Jones, suena demasiado al forastero bien vestido que quiere darle unas pequeñas vacaciones a la paletita.

—¿Cómo? —me eché a reír—. No voy a propasarme. No es que no sea bonita, pero no voy a hacer el tonto. ¿O cree usted que sí?

—Creo que es un embustero, señor Jones —hablaba con dulzura

mirándome con descaro—. Le dijo a papá que había estado conduciendo todo el día ayer, ¿por qué iba a querer conducir más todavía? Habla de Nueva Orleans y Chicago, pero su coche tiene matrícula de Nueva York. ¿Qué es exactamente lo que está usted haciendo en Bingston?

—Ya le dije que descansando…

—Sé de sobra lo que nos ha dicho…

No sabía qué hacer, extrañado me di cuenta de que esta joven me asustaba. Me quedé allí de pie durante un segundo, como si fuera una estatua, entonces sin razón de ningún tipo saqué mi monedero:

—¿Tengo que pagarle ahora por…?

Aunque no habló palabra durante un momento sus ojos me hicieron callar; luego dijo:

—Oh, ¡guárdese su dinero! ¿Se cree que lo pregunto porque temo que salga corriendo sin pagar? Quizá tenga razón. El dinero es otro hobby en una pequeña ciudad. Dios mío, mis padres simplemente se dedican a guardarlo. Cuando yo era pequeña, incluso cuando ya iba al Instituto, casi no veía a mi madre. Se dedicaba a cocinar y a reventarse fregando en una casa de blancos, incluso se traía las sobras para nosotros. Y mientras tanto, mi padre ganaba lo mismo que cualquiera en la ciudad.

Miró hacia otro sitio y yo permanecí en la misma postura, me gustaba Frances y me sentía apenado por ella, pero me asustaba todavía. Rompió el embarazoso silencio diciendo:

—Puede quedarse aquí esta noche, pero quiero que se marche por la mañana. Usted no es un batería. Soy una aficionada al jazz y conozco el nombre de todos los músicos del país. No me creo que haya venido de Nueva Orleans en ese Jaguar: si hubiera estado realmente en el sur nunca hubiera entrado en aquel bar como si quisiera machacar al señor…, bueno al policía. Me lo contó mi padre.

—Parece que he sido motivo de conversación —dije. Estaba pensando que ya no tenía elección, no tenía más remedio que confiar en ella antes de que me preguntase demasiadas cosas.

—Cualquier forastero en una ciudad como esta da que hablar. Usted quiere estar en Bingston y ese es asunto suyo, pero también está en nuestra casa, lo cual lo hace asunto mío. Durante la cena ha

estado tratando de confundirme acerca de Porky Thomas y… bueno, incluso dudo de que su nombre sea Jones.

—Tiene razón. Me llamo Toussaint Marcus Moore, de Nueva…

Aplaudió riendo, con una risa que iluminaba su rostro.

—¡Qué maravilla! Marcus por Marcus Garvey, naturalmente.

—Sí, claro. Mi padre… habiéndome puesto este nombre no creo que tenga que contarle nada más sobre él. Frances, usted ha hablado mucho sobre derechos. Soy detective privado, hay un hombre de color al que buscan por el asesinato de Thomas en Nueva York. Ese es el motivo de que yo me encuentre aquí. Necesito ayuda desesperadamente, su ayuda.

Se levantó.

—¿Un detective privado?

Le enseñé mi insignia.

—Me alegrará ayudarle en lo que pueda, Toussaint… Touie.

—Hay algo más que tiene que saber —dije tomando precauciones—. No será seguro ni fácil. Recuerde que he dicho que buscan a un hombre de color por el asesinato. No voy a complicarla en esto, pero al mismo tiempo el ayudarme puede ser arriesgado.

—No me importa. Haré… —la amargura volvió a su rostro repentinamente—. ¿Usted?

Asentí.

—La Policía de la ciudad de Nueva York está buscando a un negro que encontraron junto al cuerpo de Thomas. Se trata de mí; me encontraba allí. Tiene que creerme cuando digo que yo no lo hice. Tanto en Nueva York como en Cotton Patch Corners, cuando encuentran a un hombre negro cerca de un cadáver siempre ocurre lo mismo: es el culpable.

Me estaba mirando con los ojos muy abiertos:

—Pero usted es un detective.

—Estaba siguiendo a Thomas. Frances, estoy seguro de que la respuesta al asesinato tiene que estar en Bingston. Tengo unas veinticuatro horas para regresar con la respuesta antes de que digan que el «negro» soy yo. ¿Quiere ayudarme?

Me miraba como si fuese a echarse a llorar de un momento a otro. De repente dio media vuelta y comenzó a meter los platos en el fregadero. Esperé un momento, sintiéndome casi enfermo, luego dije:

—Está bien, no la culpo de nada. Pero déjeme un poco de tiempo, no le diga a nadie que yo…

—Me gustaría darme ese paseo ahora. Voy por mi abrigo.

Subí para coger mi abrigo y sombrero. Frances me estaba esperando en la puerta, se había puesto un sencillo abrigo de paño muy usado y un gorro de lana muy feo. Se abrió una puerta en el piso superior y la señora Davis sacó la cabeza por encima de la barandilla para preguntar:

—¿Dónde vas, Fran?

—El señor Jones me lleva a dar un paseo —contestó a la vez que abría la puerta.

—¿A estas horas, Fran? Quiero hablar contigo un…

—Mamá, es todo completamente correcto. Acuéstate, por favor. Volveremos pronto.

Fuera estaba oscuro y hacía frío. Al abrir la puerta del coche me volví a mirar su oscuro rostro, tratando de recordar un poema que había leído una vez sobre «la noche que es oscura como yo». Medité si estaría engañándome; ¿quizás el paseo era a la comisaría? Pero sin saber el motivo tenía confianza en ella, aparte de que no podía elegir.

El coche estaba sucio. Había rechazado un lavado durante el camino y tuve que comer dentro.

—Perdone lo sucio que está el coche. Yo…

—Vámonos —dijo tiritando—, hace frío.

Entramos y salí del sendero conduciendo hacia ningún sitio, simplemente conduciendo. Abrí la calefacción. Después de un largo silencio, Frances preguntó:

—¿Puede contarme lo que sucedió, Touss… Touie?

—Naturalmente. Lo estoy deseando. Todo comenzó hace tres días, aunque me parecen muchos más. Hace tres días estaba yo sentado en mi oficina…

TRES DÍAS ANTES

2

Había empezado todo como un gran día. La verdad es que mientras recogía la cama mueble para convertir mi dormitorio en «oficina» no tenía idea de lo grande que iba a ser.

Comparto un piso antiguo, situado junto a la vía, con un bombero que se llama Ollie, y Roy, un fotógrafo que trabaja como cocinero en un restaurante rápido, con el fin de poder comer, lo cual no es precisamente una broma. Vivimos en el piso bajo de una casa arrendada que se encuentra en un lugar estúpidamente conocido como Sugar Hill[1]. Es un buen negocio, el dividir en tres partes los gastos nos cuesta a cada uno unos veinticinco dólares al mes, sólo un poco más de lo que se tiene que pagar a la semana por una habitación con «derecho a cocina» en casi todo Harlem. Yo tengo la habitación delantera, que me sirve también de oficina con ayuda de una sencilla, pero digna placa en la ventana que indica que soy investigador privado con licencia. Tanto Ollie como Roy son más jóvenes que yo y durante los fines de semana el piso está lleno de chicas y música. Yo no suelo ir a la caza de chicas; Sybil parece ser la única que me interesa, o que yo quiero que me interese.

Ese día, Ollie trabajaba el turno de mañana y, como está loco por los caballos, me había dejado seis dólares en la mesa con instrucciones para que apostase por un bicho llamado Dark Sue que participaba en todas las carreras. Había puesto el despertador a las siete, no porque tuviera que levantarme para trabajar, sino para cambiar el coche al otro lado de la calle: un juego diario entre los

guardias y yo desde que impusieron el aparcamiento alterno. Me duché y tomé café y un zumo con Roy, encontré al final un aparcamiento en la avenida Ámsterdam, pensé en lavar el coche, pero decidí que el polvo de un día más no le iba a hacer daño. Odio que me confundan con esos idiotas que pasan todos los momentos libres dándole brillo al coche, cuidándolo en realidad mejor que se cuidan ellos mismos. Entré en el *delicatessen* para comprar leche y pan y para poner la apuesta de Ollie y, con una inspiración, aposté dos dólares por el caballo más en boga, en mi propio nombre. Esta tienda siempre me asombra; aunque se trata de una tapadera del sindicato de apuestas, el tipo canoso que la lleva la conserva limpísima y bien aprovisionada, de hecho, era un buen negocio como *delicatessen*.

De vuelta a casa limpié el polvo de mis muebles de estilo moderno, que todavía conservaban su buen aspecto, puse la radio y abrí el correo. Tenía un extracto de cuentas del banco: mi cuenta corriente especial tenía solamente un saldo de sesenta dólares; una circular de la Oficina de Correos informándome que había sido aceptado para un trabajo como cartero y me daban dos semanas para contestar si quería el puesto o no. Había también un anuncio publicitario y una carta de una agencia del centro de la ciudad. Mi antiguo jefe, Ted Bailey, me traspasaba un trabajo para buscar a alguien. Siempre me daba casos «de color». Nunca supe si es que temía a los varios Harlem repartidos por la ciudad de Nueva York o que simplemente quería proporcionarme trabajo. Nunca había tenido un caso «blanco» de este tipo. Una mujer llamada James había comprado uno de esos compactos que son cocina y frigorífico por trescientos veinte dólares, por los primeros plazos había pagado ciento cincuenta dólares y luego había dejado el trabajo y abandonado su casa, llevándose la cocina-frigorífico con ella.

Ese era todo el correo. Me guardé en el bolsillo la carta de Ted, leí un periódico de la mañana que Roy había traído la noche anterior y pensé sobre lo que iba a hacer con el trabajo de Correos. No tenía deseos de aceptarlo, pero si se lo decía a Sybil pondría el grito en el cielo. Mientras estaba meditando sobre esto levanté los ojos hacia la ventana, las persianas necesitaban una limpieza, y vi parar un taxi y salir una mujer. No parecía pertenecer a la calle Ciento Cuarenta y Siete. No a causa de la forma ligeramente

asombrada con que miró alrededor, ni porque fuese blanca, con una corta melena a la italiana de color suavemente rojizo, sino porque iba vestida como van en Park Avenue, en el centro de la ciudad. Sus ropas eran sencillas, pero elegantes y caras; la delgada figura y el bonito rostro denotaban exquisitos y diarios cuidados. Entró en el vestíbulo y enseguida oí que llamaban a mi puerta con los nudillos. Cuando abrí, me miró abarcándome totalmente y muy despacio con fríos ojos que se detuvieron un momento en mi nariz rota. Materialmente me dio un empujón para entrar y con un aire como de corista se contoneó por la habitación.

—¿Es usted el señor T. M. Moore? —preguntó, hablando por la comisura de su delgada boca.

—Exactamente.

—¿Es usted sobornable? ¿Capaz de un doble juego?

—¿Cómo? —no parecía tener aspecto de tonta. A pesar de sus frases.

—¿Me vendería usted a la primera dama marrullera que se cruzara en su camino? Tengo un problema, ¿sabe? Con una rubia escultural engañada por una pelirroja también escultural. Pero el cerebro de todo es una nena de pelo gris que no es escultural, sino a lo marimacho, por parte de padre. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad? —se acercó a mí y me palmoteo el pecho y las caderas—. ¿Cómo? ¿Sin armas? Le van a denunciar al sindicato de chivatos privados por no llevar armas.

—Déjese de bromas, señora. Es demasiado temprano para empezar a liar el ovillo. ¿Qué es lo que quiere?

Sonrió; sus dientes eran muy blancos e iguales y no podía tener más de treinta y dos años. Con una voz decidida y controlada dijo:

—Perdóneme por favor, señor Moore. Es la primera vez que me encuentro en la oficina de un detective privado y, sencillamente, no pude resistir una broma.

No encontraba la gracia por ningún sitio, pero me senté a la mesa del despacho, de forma muy ejecutiva, y señalé la silla de estilo sueco a la vez que le indicaba:

—Siéntese.

—Gracias. Me gustan sus muebles, modernos, pero discretos. Me llamo Kay Robbens, se escribe con «e». Me recomendó Sid Morris que viniera a verle —cruzó sus esbeltas piernas y volvió a sonreír.

No tenía ni que decir que se lo estaba pasando bien, que el estar en la oficina de un negro era muy emocionante para ella.

Encendí de nuevo mi pipa con lentitud, y con cuidado de no mirar a sus piernas le pregunté:

—¿Necesita un detective privado? Asintió. Tenía los ojos levemente maquillados, un poco de azul tenue en los párpados; todo era delicado en su cara, que resultaba incluso bella al contemplarla bien.

Olfateó el humo de mi pipa y dijo:

—Deliciosa mezcla. ¿Qué es?

—London Dock.

—¿Puedo probarlo? —sacó del bolso una pipa diminuta como una joya y yo le alargué mi bolsa de tabaco sin parpadear. No pertenecía a la Park Avenue, era de la calle Ocho. Chupando su diminuta pipa, dijo:

—¡Qué agradable! ¿Lo compra en algún sitio especial?

—Lo encontrará en todas partes. ¿Le recomendó Sid mi tabaco?

Me lanzó su especial sonrisa otra vez, segura de que me estaba deslumbrando. De repente se levantó y fue a ver mi certificado de licencia del Ejército, colgado de la pared dentro de su marco y la pequeña vitrina sobre los libros que contenía las medallas de bronce y plata. Incluso echó una ojeada a los libros, luego se sentó de nuevo mirándome directamente sobre la pipa que sostenía entre los labios.

La escena estaba resultando algo aburrida.

—¿Piensa reclutar su propio Ejército? —le pregunté, pensando al mismo tiempo cómo se las arreglaba para mantener esos ojos tan claros y azules.

—Estoy pensando contratarle como detective, pero tengo que asegurarme plenamente de una cosa. Tanto si va a aceptar el trabajo como si no, todo lo que yo le diga tiene que permanecer estrictamente confidencial, ¿de acuerdo?

—Siempre respeto las confidencias de mis clientes.

—Estupendo. Me gusta su aspecto. Si le contrato será por un tiempo mínimo de un mes. Puedo pagarle cincuenta dólares diarios, además de gastos moderados.

Lo dijo de forma casual. Yo traté de parecer frío, pero ¡mil quinientos dólares! Me senté rígido como si hubieran tirado de mí hacia arriba, y logré decir aparentando naturalidad:

—Depende de lo que quiera que haga. Tiene que ser legal.

—Se trata de seguir a alguien. Debo saber dónde un… bueno, alguien… se encuentra en todo momento. Su trabajo consistirá en ver que no cambia de sitio, que puede estar a mi alcance en el momento en que yo quiera.

Lancé una ojeada a la gruesa alianza en su mano izquierda.

—Parece algo normal, señora Robbens, hasta ahora.

Sacudió la ceniza de su pipa y respiró profundamente. Su pecho era pequeño y compacto.

—Voy a contárselo y no olvide que debe tratarlo como alto secreto. Trabajo en el Departamento de Prensa e Información de Central Televising. Ahora tengo un puesto de relaciones públicas en un nuevo programa que va a empezar muy pronto. Se titula «Usted… ¡Detective!», y alcanzará todos los rincones del país. Es un programa con un gran presupuesto. Evocamos crímenes desconocidos, pero auténticos, y ofrecemos una recompensa si algún televidente consigue descubrir al criminal. Ya se ha hecho anteriormente; probablemente habrá visto cosas parecidas.

—Si ya se ha hecho, ¿por qué empezarlo otra vez?

Se rio con risa realmente cascabelera, como si fuera una chavala de quince años.

—Señor Moore, todo se ha hecho ya, realmente es «cómo» se hace lo que aporta una diferencia que se puede vender. Nuestro anunciante es un forofo de las historias de criminales y detectives. Un forofo que posee una gran compañía química con un alto presupuesto para publicidad, de forma que llevamos estudiando este asunto de criminales-detectives durante mucho tiempo. Va a ser pregrabado y ya tenemos algunos programas enlatados. En pocas palabras, la idea es desenterrar crímenes poco conocidos —sangrientos o de sexo—, mostrar las escenas reales del crimen, entrevistar a algunas personas que se vieron envueltas en el tema, la Policía, enseñar en pantalla algún cartel de esos de «se busca». El narrador es un actor con una barbilla de esas cuadradas a lo Dick Tracy. Será el Inspector Jefe y terminará el programa dando pistas, añadiendo algunas claves de su «archivo» y al final señalará con el

dedo a la audiencia ordenando a la vez a sus hombres que cojan al fugitivo. Suena bien, ¿no cree?

No sabía si asentir o no. Me encogí de hombros.

—Tenemos ya los medios para que la audiencia participe, con dos tapas de las cajitas se puede obtener una pequeña insignia y un montón de otras bobaditas. Si una persona que tiene una insignia envía información que conduce a un arresto, o lo denuncia a la Policía, puede obtener doble premio del que obtendría el que no hubiera enviado las tapas de las cajas. Para abreviar, es un programa combinado de aventura y premios.

—Y hace que cualquiera se convierta en un chivato.

La señorita Robbens arrugó su naricilla.

—Sí, es algo innoble, idiota, desagradable… pero ¡es mi trabajo!

—¿Y cuándo entro yo en escena? ¿Tengo que desenterrar casos para el programa?

—No, tenemos todos los que necesitamos, por ahora. Usted tiene que… —repentinamente vio la hoja de apuestas de Ollie sobre la mesa, chascó los dedos a la vez que consultaba el lujoso reloj en su delgada muñeca—. ¿Puedo telefonear a mi agente de apuestas? Tengo una corazonada para la cuarta carrera.

Alargó la mano y cogió el teléfono, sin esperar a darme tiempo a decir sí o no y llamó a un tal Jack:

—Soy Kay. Quiero un almuerzo de cinco dólares para las cuatro. Si no estoy allí, déjalo en mi mesa. Estoy obsesionada por Fast Bunny, que tiene aspecto de ganador, ¿de acuerdo? Gracias.

Tenía la sensación de que era una escena estrictamente montada para mí, aunque no sabía por qué razón tenía que querer impresionarme. Di una chupada a mi pipa y miré la hoja; las apuestas eran de seis a una para Fast Bunny.

Dejando el teléfono, volvió a dirigirme su fría sonrisa.

—Es una tontería. Butch y yo pasamos horas por la noche hablando de las carreras, pero resulta que siempre se me olvida apostar a tiempo. ¿Dónde estábamos?

—En el punto en que yo entro en escena.

—Lo siento, debería habérselo explicado primero. Ya le he dicho que soy la relaciones públicas del programa. Estamos preparando un gran dispositivo publicitario. A la tercera semana vamos a utilizar el caso de Robert Thomas, buscado por la Policía de Ohio

por asalto con violación de una pobre niña de dieciséis años. Un crimen brutal que sucedió hace unos seis años. Él vive y trabaja aquí en Nueva York, bajo el nombre de Richard Tutt. Usted tiene que tenerle bajo observación.

—¿Qué entiende por observación?

—Durante la próxima o próximas semanas, hasta que su caso sea televisado, todo lo que usted tiene que hacer es comprobar que va a trabajar todos los días y que no se marcha de la ciudad. No va a ser demasiado. Sin embargo, desde el instante en que la pantalla muestre el anuncio de «se busca» tiene que seguirle las veinticuatro horas del día, hasta que le pillemos, lo cual será…

—¿Hasta que ustedes hagan qué?

Su rostro mostraba sorpresa.

—Pillarle, enviarle a la cárcel. Ese será el gran negocio publicitario. A las pocas horas de televisar su caso tendremos preparado una especie de «fantoche» que como testigo falso delate a Tutt a la Policía, diciendo que fue como resultado de nuestro programa. No tengo que remachar el resto; nuestro anunciante hace mucha publicidad, saldremos en todos los periódicos del país y nuestro equipo aparecerá en las noticias de varias cadenas televisivas. Cuento con la publicidad para impulsar al programa hasta lo más alto.

—¿Cómo se enteró del paradero de Thomas?

—Hacemos un gran trabajo de investigación en todos los casos. Uno de nuestros escritores, el que prácticamente empezó el programa, consiguió la información sobre Thomas. Utilizamos su caso para la prueba del programa, por cierto. Ahora creo que comprende usted su trabajo: mantener a Thomas bajo vigilancia hasta que estemos preparados para darle el batacazo.

—Este Thomas… ¿es… quiero decir, de color?

Pareció sobresaltada.

—Oh no. Si acaso, se trata de un sinvergüenza sureño.

Me había visto en casos «blancos» antes de esto. Quiero decir que yo trabajaba los viernes y sábados haciendo de vigilante en unos almacenes donde Sid era el director de personal. Pero, el pasarme todo el día en un distrito de blancos tenía algunas

complicaciones. Pero por mil quinientos dólares ¡diablos!, hubiera intentado con sumo gusto saltar desde el Empire State Building. Lo que era extraño es que Central Telecasting, esta mujer, no se hubiera dirigido a una de las grandes agencias de detectives.

La señora Robbens adivinó mis pensamientos:

—Vine aquí por dos razones. En una gran agencia puede haber alguien que falle y no necesito decirle que si esto llega a la prensa antes de tiempo la publicidad nos explotará en la cara y arruinará el programa. Es por lo que se necesitaba una agencia de una sola persona. Usted me fue recomendado y creo que puedo contar con su discreción, incluso después de terminado el caso. De vez en cuando tenemos en el estudio cosas que necesitan investigación, y ésta puede ser su entrada en la Avenida Madison. Siempre he intentado ayudar a su gente, de forma que me sentí complacida cuando me dijeron que era usted negro —la sonrisa otra vez, ahora de tipo protector.

Bien, los blancos pueden decir con seguridad las cosas más molestas y ya me había encontrado con otros como ella anteriormente. Al fin y al cabo se mostraba protectora de una forma amable; la mayoría de las veces suelen ser de lo más desagradable.

—¿Aceptará el caso?

—Creo que sí —dije como si estuviera considerándolo.

Abrió el bolso y sacó un delgado y bonito taco de billetes de veinte dólares.

—Aquí tiene trescientos dólares como contrato. De ahora en adelante todo esto es secreto, incluso en nuestra oficina. Solamente mi jefe inmediato sabe acerca de la detención y el ángulo publicitario. A propósito, este dinero es de la caja pequeña. No me telefonee a Central a menos que sea algo terriblemente urgente. Estoy en la guía de teléfonos… Esta es mi dirección y teléfono particular. Llámeme todas las noches. Sobre las ocho.

—¿Por qué todas las noches?

—De ahora en adelante será el único contacto que mantenga con usted. No hace falta que me cuente detalles, solamente decirme si todo va bien. Sin embargo, incluso en mi teléfono particular no debe nunca decir que es un detective. En televisión nunca se sabe cuándo un teléfono está intervenido. ¿Está todo bien claro, señor Moore? ¿Qué quiere decir T. M., a propósito?

—No quiere decir «a propósito» —bromeé—, sino Toussaint Marcus, señora Robbens.

—¡Qué nombre tan encantador! Toussaint. ¿Por el patriota haitiano?

—Sí. Mi padre era un estudioso de la historia de los negros, señora Robbens.

—Hablando de nombres, resulta que es señorita Robbens. Te llamaré Toussaint y tú puedes llamarme Kay.

—Déjeme llamarla como yo quiera —dije, pensando en lo de «señorita». Mostraba una gruesa alianza, pero quizás en la Avenida Madison era mejor política ser soltera.

—¿Nos vamos Toussaint?

—Déjelo en Touie, por favor, ¿Dónde vamos?

—Al centro. Esta es la dirección de la compañía naviera donde trabaja Thomas. Te lo enseñaré y a partir de ese punto ya es cosa tuya.

—Está bien —felizmente mi portátil no estaba empeñado y pude mecanografiarle un recibo. A la vez que me ponía el abrigo bajé al vestíbulo, a la habitación de Ollie. Como era funcionario teníamos el apartamento a su nombre. Dejé ochenta dólares en su cajón con una nota diciendo que era por los dos meses de renta que debía y que el resto para las venideras.

A la vez que salíamos, un par de prostitutas que estaban cerca de la escalera nos miraron en silencio. La señorita Robbens dijo:

—Cogeremos un taxi. Con relación a tu cuenta de gastos, no seas extravagante. Sería diferente si el Central te hubiera contratado directamente, pero yo…

—No se preocupe —dije llevándola hacia mi Jaguar, que la dejó sin habla, por una vez. Conduje a través de la calle Ciento cuarenta y cinco, camino de la autopista West Side, dando gracias de que tuviera gasolina. Sentada en un asiento tan bajo se le subieron las faldas, mostrando sus muslos delgados y unas atractivas ligas negras. Los dos miramos hacia sus piernas por un momento. Me dije que tenía que hacer lo posible para que ella comprendiese para qué me pagaba. Además, no estaba demasiado interesado, Sybil tenía mejores extremidades.

Durante los quince o veinte minutos que tardamos en llegar a la calle Cuarenta y Uno me contó, sin razón alguna, los pormenores de su desgraciado primer matrimonio, incluso lo asqueroso que era su marido en la cama. Escuché con cortesía, deseando decirle que es cosa de dos el ser bueno o malo en la cama. Pero cerré la boca.

—… esa clase de macho idiota que criticaba el que yo tuviera una carrera., ¡Carrera! Es sólo un trabajo. Lo que se resistía a comprender es que en este mundo de gente que no es nada, todos quieren ser algo. Estoy segura de que lo comprendes.

—Temo incluso pensarlo.

Se volvió repentinamente en el asiento enseñando más cantidad de blancos muslos.

—¡No te rías nunca de mí! No lo resisto, ¡es el colmo de la grosería!

—No me río de usted, señorita Robbens. Y…

—Te dije que me llamaras Kay.

—Y bájate la falda. He visto piernas anteriormente, Kay.

No se movió, se quedó sentada en silencio durante un minuto. Mientras abandonábamos la autopista me preguntó:

—¿Por qué te compraste un Jaguar, Touie?

—Como decías, todo el mundo desea ser alguien —contestó, pensando que era una respuesta inteligente. Comprobé la dirección de la naviera en mi libro de notas. Sería perder el tiempo tratar de encontrar un aparcamiento libre, de forma que entré en uno de los vigilados y le pagué al hombre un dólar. La señorita Robbens enseñó las piernas al salir, pero yo sabía que no era eso lo que el guardacoches blanco estaba mirando.

Eran las once y quince cuando llegamos a la naviera.

—Thomas sale a comer a mediodía. Nos sobra mucho tiempo y tengo hambre.

—No hay nada más que restaurantes de mala muerte por los alrededores.

—No me importa —replicó caminando hacia la Avenida Octava y entrando en uno de esos bares grandes que son combinación de cafetería y despacho de bebidas. Había una docena de hombres alrededor del bar y en las mesas, todos blancos, naturalmente. Conseguimos otra ronda de «miradas» a la vez que pedíamos un par de hamburguesas y cerveza y nos sentábamos en una mesa. Dos

tipos vestidos como camioneros estaban en la mesa cercana y uno de ellos, un muchacho pelirrojo cercano a la treintena empezó a hablar de nosotros en un murmullo ronco. No necesitaba oírle para saber lo que estaba diciendo.

Robbens lo estaba pasando bien, parloteando acerca de que sitios como este le daban «una fresca sensación de equilibrio». Yo no apartaba los ojos del Rojo porque nunca se sabe lo que algunos blancos son capaces de hacer. Pueden incluso matarte.

Terminamos nuestras cervezas y la señorita Robbens culminó la situación sacando su pipa. Ahora nos habíamos convertido en una atracción circense. El Rojo soltó una risita y él y su colega empezaron a reír a carcajadas por algo que terminaba diciendo: «… a ella le debe gustar.»

Cuando Kay miró en dirección a su mesa y arrugó la nariz como si olfateara algo nauseabundo, supe que tendría que actuar en plan violento para ganarme el pan. Normalmente, yo dejo que cosas de este tipo me entren por una oreja y salgan por la otra, pero en este momento no podía tolerar que la confianza de mi cliente se sintiera defraudada. Me sentía furioso con el Rojo y con ella.

Mientras estaba pensando cómo actuar, el Rojo me hizo un favor levantándose para coger un café. Mientras regresaba a su mesa, le dije a la señorita Robbens en voz alta:

—Te traeré agua.

—No quiero…

Simulando mirar hacia Kay tropecé con el Rojo. Él debía de pesar unos setenta y siete kilos y yo más de cien, con lo que el choque le mandó al suelo patas arriba. Por desgracia no se echó el café encima, sino que lo derramó en el suelo.

—Lo siento, qué torpe estoy —le levanté y al ponerle de pie estrujé sus brazos clavando mis pulgares en sus músculos. A simple vista podía parecer que lo levantaba con facilidad, pero yo tenía las piernas bien afianzadas, ejerciendo toda mi fuerza. Trató dé mover los brazos y no pudo, a la vez que decía:

—¿Por qué no mira por dónde va?

—Le dije que era un accidente —hablaba con calma, esperando ver lo que hacía, vigilando al mismo tiempo a su colega en la mesa.

El Rojo no se sentía seguro de sí mismo; había sufrido una caída seria. Decidió no hacer nada. Sacudiéndose añadió:

—He perdido mi taza de café también…

Eché una moneda sobre el mostrador.

—Dele a este chico otra taza —y continué mi camino hacia la fuente para llevarle un vaso a Key.

Sacudió la ceniza de su pipa, me estrujó una mano y murmuró:

—Fue estupendo —se sentía feliz como un demonio.

—Mira —dije en voz baja—, vamos a dejar una cosa bien sentada. No conviertas todo en una cuestión de derechos civiles.

—¿Yo? Realmente. No veo por qué…

—Solamente estoy diciendo que cuando quiero una taza de café es eso lo que pretendo, no una escena. Cuando yo quiera probar algo, lo haré. No te estoy acusando a ti ni a nadie. Ni siquiera acuso a ese hijo de perra. Estoy simplemente haciendo una afirmación.

—No lo entiendo.

—Cuando tú quieres entrar en un sitio a comer no le das mayor importancia. Pero para mí en un restaurante blanco siempre existe una duda… Bueno, olvídalo.

—¿Olvidar qué? ¿Quieres decir que no deseas comer nada más que en los restaurantes de Harlem?

—Naturalmente que no. Quiero decir que en el futuro me indiques qué es lo que deseas, comida o emoción —iba a añadir que con la pipa ya le bastaba y que realmente no tenía necesidad de mí para llamar la atención. Pero sonreí como si hubiéramos estado bromeando y dije con voz normal:

—Nos quedan unos diez minutos, ¿no deberíamos irnos ya?

—Sí —contestó. Salió sin dejar de sonreír y fuera me dijo—. Esto me preocupa. Siempre he procurado tener consideración con los negros, pero tú eres demasiado quisquilloso.

—Yo hago también siempre lo posible para ser amable con los blancos.

—¿Por qué tienes que burlarte de mí? Ya te he dicho que no me gusta.

—No me estoy burlando, creo que la quisquillosa eres tú —y me dije a mí mismo que era mejor que me callara antes de que me quitara el caso. Ofreciéndole mi mejor sonrisa añadí—: Estamos peleándonos por nada. Vamos a trabajar. Van a sospechar si nos ven juntos frente a la puerta de la agencia de transportes. ¿Te conoce Thomas?

—No. He sido un buen detective. Aquí tienes toda la información que hemos conseguido, su dirección, edad, etc. Esta es una foto de hace seis años. No ha cambiado demasiado, excepto que ahora lleva el pelo a cepillo teñido de rubio pálido. Le puedes reconocer por la foto, pero si quieres te lo enseñaré.

—Para estar más seguros puedes señalarle con el dedo. Mira, nosotros estaremos al otro lado de la calle, pero no juntos. Cuando le veas, empiezas a caminar hacia la esquina, yo me acercaré a ti para pedirte fuego. Es ridículo, pero bastará. Sin mirar en su dirección, me dices cómo va vestido para yo asegurarme de que es el auténtico. Luego continúas andando y me esperas en la esquina. Te llevaré a tu oficina.

—No tienes que molestarte, tomaré un taxi. Me telefoneas a mi apartamento esta noche sobre las ocho y me dices cómo va todo.

—De acuerdo —repliqué, guardándome en el bolsillo los papeles que me había dado.

Me lanzó otra vez su sonrisa deslumbrante.

—Has hecho de esta mañana algo interesante.

—Me alegro. La gente sale a comer, empecemos.

Nos encontrábamos en el borde del distrito donde están las fábricas de confección y el lugar se empezaba a llenar de mujeres, la mayoría puertorriqueñas y/o negras. La señorita Robbens permaneció cerca de la entrada de un edificio como una modelo que esperase a alguien para ir a comer. Yo me apoyé en el escaparate de una pequeña cafetería, cargando mi pipa.

Al otro lado de la calle empezaba a formarse un constante río de hombres y mujeres que salían del edificio de la agencia, un modesto rascacielos ocupado por un par de docenas de otros negocios y fábricas de confección. La señorita Robbens caminó hacia mí e hicimos la escena de la cerilla. Me sentía ridículo; mientras me encendía la pipa me dijo con un susurro teatral:

—Es el que lleva la camisa azul. ¿Lo ves?

—Sí. Te telefonearé esta noche —se alejó y vi cómo paraba un taxi.

Era fácil seguir a Thomas, alto y fuerte con un rígido aire militar en su estilo y un rostro delgado y anguloso, excepto los labios que

eran finos y casi femeninos. Un rostro fácil de recordar a causa de la boca y la mandíbula fuerte y cuadrada. Debía de tener unos veinticinco años y si su pelo, de un rubio apagado, estaba teñido, se trataba de un trabajo bien hecho. Llevaba vaqueros de algodón, una camisa deportiva azul y zapatos bastos. Entró, junto con otros chicos jóvenes, en una casa de comidas. Crucé la calle y leí una nota manuscrita con el menú del día que habían pegado en el escaparate. Thomas estaba sentado en la barra, soplando una taza de café. Se había puesto un cigarrillo detrás de la oreja y pude ver que su mejilla derecha mostraba señales de viruela.

Me fui hasta la esquina y compré un periódico de la tarde, le eché una ojeada y a los veinte minutos me dirigí otra vez con paso lento hacia la casa de comidas. Thomas estaba apoyado contra el mostrador con el cigarrillo entre sus extraños labios y bromeaba con los otros muchachos. Teniendo en cuenta que se dedicaban a trabajos duros, la forma en que ahora se les veía relajados les hacía parecer pesos pesados entre dos asaltos. Me alejé al ver que salían. Cruzaron la calle para apoyarse ahora contra un camión aparcado y seguir charlando mientras tomaban un poco el sol. Yo permanecí en el vestíbulo de uno de los edificios cercanos fumando mi pipa y vigilando a Thomas hasta que volvió al trabajo a las doce cuarenta y cinco. La información de Kay decía que salía a las cinco, de forma que yo quedaba libre hasta entonces. La vida se presentaba maravillosa: tenía ante mí un mes entero de trabajo presentado en bandeja de plata.

Al volver al aparcamiento me encontré con un neumático desinflado. Quizá lo había hecho el guardacoches al verme con una mujer blanca o quizá se trataba de una válvula mal ajustada, según me dijo. El caucho estaba gastado y el hombre mantenía una expresión imperturbable. Como realmente el neumático no estaba cortado le dije que le pusiera una nueva válvula y lo inflase.

Sybil trabaja como telefonista del departamento internacional, es vigilante y tiene el horario partido, desde las once de la mañana a las dos y después vuelve a las ocho de la tarde hasta las once. Suele decir que así no tiene que madrugar y trabaja una jornada de seis horas, aunque le pagan por ocho. La llamé desde el teléfono público que tenían en los bajos del edificio y le dejé un recado a una chica para que le dijese que iría a recogerla a las dos. Llamé a

Sid para agradecerle que me hubiese recomendado a la señorita Robbens y tratar de esta forma de crear una conexión, pero me dijeron que había salido.

Como me sobraba una hora telefoneé a Ted Bailey, pero estaba ocupado tratando de encontrar a alguien en el Village, le dije que me esperase frente a su edificio dentro de unos minutos y que le llevaría al centro.

Cuando salí del Ejército en el 48 y fui a la Universidad de Nueva York con mi certificado de soldado, le dije a Sid que necesitaba un trabajo por horas y él hizo que Bailey me diese el empleo de vigilante en los almacenes. Sid es realmente una persona encantadora; era piloto y recuerdo que solíamos emborracharnos juntos en Roma en el 45 y seguimos siendo amigos desde entonces. Bailey poseía una agencia grande, tenía a siete hombres en los almacenes y le iba bien. Nunca me había tratado de forma distinta que a sus otros hombres, se limitaba a ser igualmente brusco con todos. Me volvieron a llamar al Ejército y cuando me licencié, con suerte de no tener que ir a Corea, los almacenes ya tenían sus propios guardias. Empleaban solamente a uno de los hombres de Ted para las horas puntas del viernes y el sábado. Ted dijo que no merecía mucho la pena y me ofreció el puesto y este fue el motivo de que yo empezara con mi propia agencia.

Cuando llegué, Ted me estaba esperando, por lo que no tuve necesidad de aparcar en doble fila. Tiene el aspecto de un paleto gordo y viste como tal. Realmente es un tipo duro y nada estúpido como detective. Me impresiona la forma que tiene de expresarse, a base de gruñidos como si considerase que hablar es perder el tiempo.

Al sentarse junto a mí me di cuenta de que continuaba utilizando zapatos pasados de moda con tacones altos.

—Vaya coche para un detective. Un investigador debería tener un trasto normal. Este se ve mucho. ¡Y madre mía!, ¡qué asientos!, parecen taburetes de cafetería. ¿Te llegó mi carta?

—Sí, gracias. Empezaré mañana. Estoy bastante ocupado ahora. ¿Dónde quieres que te deje?

—Me puedes dejar en Sheridan Square. ¿Así que estás ocupado, Toussaint? —nunca me llame Touie.

—Cosillas que he encontrado.

—Tienes suerte. Todo el maldito gremio está cambiando. Hoy día no puedes sacar para un filete a menos que sepas algo de mecánica. Acabo de contratar a un chico que ha salido de la escuela de ingenieros.

—De eso te quería hablar. Estoy pensando en ampliar mi agencia.

—¿Ampliarla a dónde? —sacó un cigarro y empezó a mascarlo —. ¿Por qué conformarte con pequeñeces? No hay dinero en Harlem para compensar el esfuerzo que haces.

—Eso es lo que quiero decir con ampliarla: marcharme de Harlem.

—Vamos, vamos. Hay demasiada gente en esto ahora. Poco trabajo. Cosas de divorcio, seguir a alguien, puestos de vigilante; poca cosa. Burns, Pinkerton, Holmes tienen los trabajos de vigilante copados. ¿Sabes por qué contraté a este ingeniero pagándole más de lo que yo me llevo? El único dinero que ahora se mueve es alrededor del espionaje industrial. Para eso necesitas gente y grabadoras y todo tipo de aparatos eléctricos y con todo eso no consigues más que para cubrir gastos a menos que consigas un «algo».

—¿Estás metido en eso del espionaje industrial?

Dio una vuelta entre los dientes al apagado cigarro antes de contestar.

—Realmente estoy metido en eso, pero en la cola del asunto. Toussaint, antiguamente si un tipo se mantenía sobrio y no le importaba trabajar horas y horas podía sacar muy bien para vivir, incluso algo más si no le importaba ser una rata o un chivato. De momento estoy con el caso de un… un pequeño fabricante que ha ideado algo de tipo barato. Su éxito depende de que el competidor, una compañía grande, saque su producto al mercado. Ya sabes, si mi cliente llega el primero la compañía puede sacar el producto a precio más bajo, por eso tiene que llegar a tiempo, antes de que los otros terminen la producción y acaben con él. Pero lo único que puede pagar es uno de los grandes.

—¿Y qué hay de malo en uno de los grandes?

—Lo que estoy intentando decirte es que ya no significa nada. Me lleva una semana y mucha pasta encontrar a uno de los ejecutivos importantes de la compañía grande. Entonces tengo que

contratar a alguna moza y ponerla a su alcance para que se vayan a la cama mientras otros, desde fuera, escuchan la conversación que mantienen. Tengo que pagar tres noches de amor y whisky antes de que el tío diga cualquier cosa que nos sirva para algo. Esto supone más de novecientos dólares. Dime de dónde saco para comer.

—¿Por qué lo has aceptado?

—No tuve más remedio; es la única forma de introducirte en el gran mundo de la industria. Tenías que ver el informe que entregué al final, impresionante, todo mecanografiado con mucho margen y dentro de una carpeta de las caras. Ese tipo juega al golf con uno de los importantes, un fabricante de lavadoras que está muy interesado en los nuevos modelos para el próximo año. Pero aquí me tienes entretanto enredado en un asunto menor, corriendo por sólo mil dólares de mierda. Déjame allí, delante del estanco. Me marcho.

Aparqué en doble fila y Ted salió del coche maldiciendo los asientos mientras se estiraba su atuendo.

—Todavía eres lo suficientemente joven para conseguir algo diferente. Si no hay nada aquí, en el centro, para nosotros los…, quiero decir, los que vivimos aquí, ¿qué vas a encontrar tú?

—No se me está dando mal.

—Seguro, durante este mes. El próximo a lo mejor estás expulsando a los borrachos de alguna sala de baile por unos céntimos. Toussaint, ocúpate del caso que te ofrecí.

—Así lo haré. Procura que no te suba la tensión Ted.

Conduje a lo largo de Anal Street, aparqué junto al edificio de teléfonos y encendí la pipa. La señorita Robbens me ha dicho que el estudio de televisión tenía otros trabajos de investigación; si le daba coba y me mantenía como su negro favorito durante una temporada ¿cuánto podría sacar de ello? Ted decía que lo importante eran los contactos; ella podría ser el mío. Lo primero que tenía que hacer era abandonar mi oficina-dormitorio e instalar algo impresionante. Iba a ser caro, pero merecía la pena.

Sybil salió con un grupo de mujeres y, como siempre, se mostró encantada al ver mi Jaguar esperándola y de la impresión que les hacíamos a las otras, todas blancas. Aunque mi negrura era un «problema» auténtico para Sybil, con las chicas blancas de la

compañía de teléfonos siempre ponía gran entusiasmo en besarme cuando iba a buscarla, para probar que ella era también negra y muy orgullosa de ello y todas esas cosas.

Abrí la portezuela y la contemplé mientras se dirigía al coche contoneando sus redondas caderas. No la había visto hacía dos días, hoy llevaba una mecha rubia en su cabello rojizo, según la última moda. Resultaba falso en ella.

Sybil era lo que mi viejo solía llamar «una blanca teñida»: con piel de un blanco cremoso y pelo «aceptable» (expresión ésta que hubiera hecho al viejo encaramarse rápidamente a la tribuna). Yo supongo que Sybil podía perfectamente haber «pasado». Tenía esa clase de color y facciones que encontradas en Harlem hacen pensar en una persona de color. Si se las encuentra en el centro de la ciudad se puede pensar que es una española, si es que se piensa algo. Cuando salíamos juntos yo solía recibir esa clase de «miradas» que me habían lanzado yendo con Kay. Supongo que la razón de que Sybil no pudiera «pasar» era a causa de sus anticuadas ideas sobre el color, por el prestigio que ella creía que su blancura le proporcionaba a Harlem.

Sybil se había convertido en una costumbre para mí. Llevábamos saliendo juntos unos tres años. Sus padres procedían de una de las islas y cuando era pequeña y vivían en Washington, D. C., Sybil había hecho todo lo posible para perder su acento; pero ahora tenía más empeño en conservarlo y hablaba como cortando las palabras. Tenía veintinueve años y había estado casada siendo muy joven. Trabajó en una fábrica de aviones, durante la guerra, para costear los estudios de medicina de su marido. Cuando el Ejército se encargó de su educación, el sinvergüenza se divorció de Sybil para casarse con una viuda de Chicago que poseía tierras. Sybil, como ya he dicho, era mi costumbre y por cierto una costumbre generalmente muy agradable. Nos llevábamos bien, aunque a veces sus fingimientos me molestaban. Como, por ejemplo, las pocas veces que me daba cuenta de cómo se sentía a causa de la oscuridad de mi piel, o cuando se negaba a venir a mi habitación, aunque Roy y Ollie estaban enterados de lo nuestro.

Nos besamos, su boca estaba fresca y la rodeaba una agradable aureola de perfume.

—Esto es una sorpresa, Touie.

Cruzamos Canal Street camino de la autopista y le dije:

—Estaba en el centro trabajando en un caso. Algo grande, cariño. ¡Voy a ganar quinientos dólares! —Conforme recorríamos la autopista sobre el Hudson encrespado y frío, le conté todo lo que pude sobre el caso. También le hablé de mis ideas sobre la apertura de una oficina auténtica en la ciudad y quizá sobre ir a una escuela con el fin de aprender a utilizar esos aparatos eléctricos.

Sybil opinaba que debería pagar mis deudas, poner el resto en el banco y olvidarme de fantasías. Pero por otra parte estaba contenta de que fuera a tener ese dinero y nos sentimos bien hasta que cometí dos equivocaciones. Quiero decir que, mientras conducía a lo largo del Hudson en mi Jaguar con una bonita chica junto a mí me sentía un hombre afortunado… hasta que empecé a bromear sobre la pipa de la señorita Robbens. Como le había pasado a Kay, el asiento bajo del Jaguar hacía que las faldas de Sybil se levantaran mostrando sus fuertes muslos. Le di un pellizco diciendo que tenía mejores piernas que todas las chicas de la Avenida Madison. Sybil se bajó la falda para cubrirse, diciendo:

—No me interesan las piernas de esa chica. Ya sabes que no me gusta hablar de sexo.

—¡Por amor de…! ¿Qué he dicho de sexo? Estamos solos aquí y entre nosotros…

—¡Touie!

—Sybil, a veces te comportas como una estrecha.

—Touie Moore, ya te he advertido muchas veces esa clase de charla.

—Sí, ya lo sé —dije, deseando añadir: «demasiadas veces», pero me callé.

Llegamos a su «apartamento», una sola habitación en realidad, en el sótano de un edificio de piedra oscura, desde el que se veía el río si se sacaba la cabeza por la ventana de forma que peligrase el cuello (por esto pagaba setenta y dos dólares al mes). Me quité la chaqueta y la corbata al tiempo que le contaba lo de Correos. Eso lo estropeó todo.

—¡Oh, Touie, querido! —exclamó, poniendo toda su alegría en un apretado abrazo—. Eso sí que es una noticia. ¿Cuándo empiezas?

—No lo sé —la besé. Acaricié su cabello suave pensando, sin saber por qué cuántas generaciones de violaciones habrían sido

necesarias para producir su piel cremosa—. No sé siquiera si lo voy a aceptar.

La sentí ponerse rígida antes de desprenderse de mis brazos.

—¿Por qué no? Se trata de la administración, de lo que siempre estamos hablando.

—Seguro, suficiente para un negro. A la oficina principal de correos le llaman La Cabaña del Tío Tom. Sybil, cielo, este asunto de la televisión ha cambiado todo. Es mi oportunidad para tener una gran agencia.

—Pareces un niño influido por los detectives —dijo con frialdad a la vez que se quitaba la chaqueta. Llevaba una sencilla blusa a rayas y una falda que resaltaba su figura rellena. Sybil ponía mucho interés en la ropa, quizá porque tenía la loca idea de que una mujer de color tiene que demostrar que sabe vestir. El problema, sin embargo, era que a veces las «ultimísimas» modas no habían sido diseñadas para la figura sólida de Sybil.

Al colgar mi chaqueta saqué la cartera.

—¿Cuánto te debo, cielo?

Quitó el biombo japonés de delante de la cocina y empezó a hacer café.

—Treinta y cinco dólares.

Le di cincuenta dólares extra, a la vez que le decía:

—Para que te compres algo.

Muy complacida me lo agradeció con un ligero beso, se guardó el dinero y continuó con su tarea culinaria. Yo empecé a hacer mi especialidad: una ensalada mixta.

Sybil empezó a freír huevos y salchichas a la vez que tarareaba algo para sí misma. Me daba cuenta de lo que estaba pensando. Como si yo fuese un chiquillo nervioso que necesitara tranquilizarme, me dijo un poco después:

—Touie, ésta es tu verdadera oportunidad, de forma que vamos a dejarnos de bobadas. No vas a ganar mucho durante unos años, pero incluso de esta forma serán casi cuatro mil y con eso y mi trabajo podemos muy bien tener un nuevo piso, quizá uno de esos que están construyendo en la calle Ciento Veinticinco, es una zona interracial incluso. Compraremos muebles nuevos y otro coche. O quizá una casa en St. Albans con…

—¿Tiene algo malo mi Jaguar?

—No, pero con el tiempo compraremos otro. Cariño, ¡se trata de seguridad! Lo sabes tan bien como yo.

—Una buena agencia de detectives puede significar mucho dinero.

—Está bien, habla de ello y te desahogas. Sé realista, por favor; te metiste en el negocio éste por pura casualidad. ¿Qué es lo que sabes realmente del tema?

—Te lo he dicho, una de las cosas en que voy a utilizar el dinero es en estudiar esos aparatos eléctricos. Nena, el negocio de detective privado ha cambiado, Ahora hay que decirle a CBS lo que NBC está tramando. Se puede hacer mucho dinero. Ted Bailey me ha estado explicando el tema hoy.

—Y… ¿supongo que esas compañías están esperándote para darte el trabajo? A ti…, un negro.

—Estoy seguro de que el trabajo de hoy lo he conseguido porque precisamente soy negro.

No me gusta que la gente blanca, ni siquiera Sybil, me llamen negro.

—Touie Moore, desde que te conozco has estado mal de dinero. Si no estuvieras viviendo en ese cuchitril con esos otros dos tipos hubieras dormido en la calle más de un día. El único trabajo auténtico que tienes es el de los almacenes los fines de semana, lo cual te proporciona unos veinte a la semana. Matón, vigilante, ¿puedes caer más bajo? Vamos a ver, el pasado año pagaste impuestos por mil setecientos dólares. No comprendo cómo insistes en continuar con esa licencia. Tienes buen aspecto, vistes bien, podrías ganar el doble como dependiente de comercio. Me dijiste que Sid te había ofrecido un trabajo de ese tipo. Pero no, Dick Tracy tiene que seguir jugando a policías y ladrones.

—Al menos he disfrutado de tiempo libre que ahora va a resultar rentable.

—¿Qué tiempo libre? Hasta las tantas de la noche en los cabarets, peleando con borrachos que te vomitan encima. Tú realmente te presentaste a las pruebas para la Administración porque en el fondo sabes que el trabajo de detective es un callejón sin salida.

Preparé la mesa de bridge mientras ella sacaba los platos y abrí una botella de cerveza.

—Sybil, no estoy diciendo que me ha sido fácil o que lo voy a conseguir. Pero tampoco voy a echar a correr y comprometerme para acarrear correo el resto de mi vida. Tengo que pensarlo mucho.

—De acuerdo, pero hay poco que pensar. Y vamos a dejar de discutir mientras comemos, es malo para la digestión.

Comimos mientras escuchábamos música en la radio, yo me sentía hecho un lío. Podía comprender su punto de vista; ¡diablos!, había estado ayudándome económicamente durante años. Pero no podía quitarme de la cabeza la idea de la agencia como si la señorita Robbens no hubiera estado nunca en mi oficina.

Mientras yo fregaba los platos, Sybil se metió en ese armario que ella llama vestidor, en el sitio que antiguamente había sido la despensa de la casa. Yo seguía sentado en el sofá, encendiendo mi pipa, cuando Sybil salió con un algo ligero lleno de encajes, que se ajustaba al cuerpo para mi beneficio. Se acercó, pisando como un gatito maltés, se sentó en mis rodillas, me quitó la pipa de la boca con suavidad y me besó ardientemente.

Sybil y yo éramos muy compatibles, pero en ese momento me dejó frío. Estaba dispuesta a proporcionarle un tratamiento completo. La quité de mis rodillas y la senté junto a mí. Abrió los ojos muy sorprendida, quizá muerta de risa.

—Vamos a hablar con seriedad. ¿Sabes una cosa? También podemos utilizar ese dinero para casarnos.

—Nos casaremos el día que seas cartero.

Fumé furiosamente. Si no puedes casarte con un doctor o un enterrador, hazlo con un funcionario y métete en la rutina.

—Te pedí que te casaras conmigo hace un año, ¿por qué dijiste que no? Dímelo honradamente.

—No estaba segura de estar enamorada de ti.

—Querida, no has salido con ningún otro durante este tiempo, de forma que eso me suena raro. ¿Era porque soy oscuro?

Se encogió de hombros.

—Touie, ¿qué estás intentando que te diga? Está bien, cuando te conocí, al principio admito que no me gustó la idea de que fueras tan oscuro. Pero realmente no fue ése el motivo de decirte que no, ni ahora lo es tampoco. Touie, ya sabes lo difícil que es para la gente como nosotros encontrar trabajos decentes, y cuando alguna

chica lo consigue tiene que tener cuidado, hay muchos hombres que se casarían con ella solamente para tener gratis la comida.

—Eso es una gilipollez.

—Touie Moore, ¡no hables así en mi casa! Y además no lo es. Ya sabes lo que sufrí con el idiota de mi marido. Parece que cuando un hombre no logra encontrarse me encuentra a mí. No quiero…

—Yo no soy tu ex marido.

—Ni yo quiero que lo seas nunca. Supón que nos casamos ahora, tú te mudarías aquí y siempre que yo conservase mi puesto de trabajo tú podrías jugar a los detectives el resto de tu vida. No quiero decir que seas un vago, Touie, porque no es verdad. Pero nunca llegaríamos a ningún sitio.

—¿Dónde está «ningún sitio», Sybil?

—Sabes lo que quiero decir: con dos salarios fijos se puede vivir bien. Touie, casi tienes treinta y cinco años. Ya es hora de que hagas algo. Ya lo sé, la guerra arruinó tus oportunidades en el fútbol profesional y los cinco o los siete años como oficial del Ejército fueron unas agradables vacaciones. Este trabajo es el primero que te han ofrecido en la Administración ¡y no puedes pasar de largo!

—Parece como si estuviese viviendo de la beneficencia.

—¿Quieres que hablemos con honradez? No estás muy lejos de ello. Ollie paga tus rentas, yo te doy de comer. El Jaguar, tus trajes, todo es una fachada.

Me hirió como una puñalada en el vientre.

—¿Y cómo le llamas a vivir en ese agujero, el ir a esos sucios clubs, los bailes de borrachos, también una fachada? Sybil, lo principal es que estamos juntos. El matrimonio es algo más que un negocio a medias.

—Esa clase de frases van bien para las películas, Touie, para las películas de blancos. ¿Qué hay de malo en querer vivir en un apartamento nuevo? Dios sabe que he vivido en muchas casas viejas y en apartamentos ruinosos.

—Nada. También me asquean los apartamentos ruinosos. Si mi agencia llega a ser grande, si le damos la oportunidad, podríamos vivir bien.

—Eso es un sueño, un trabajo en Correos es auténtico —bostezó y se estiró levantando los brazos, bajo el camisón de encaje sus

pequeños senos se movieron de forma perezosa—, no discutamos, Touie. Dios mío, si te hace feliz puedes conservar la agencia para tu tiempo libre.

Me sentía demasiado nervioso para sentarme. Anduve por la habitación flexionando mis músculos. El problema es que Sybil tenía razón; yo tenía un concepto romántico del matrimonio. Pero ella estaba convirtiéndolo en algo frío. Ahora que había conseguido el trabajo en Correos me aceptaba como un socio de pleno derecho.

Sybil me observaba con los ojos entrecerrados. Con un movimiento felino se estiró sobre el sofá con los brazos bajo la cabeza.

—Piénsalo durante un día o dos y verás cómo tengo razón. Ven aquí, músculos. Ven aquí.

Era demasiado ridículo.

—Me siento demasiado nervioso para dormir.

Me lanzó una sonrisa con la que decía que me estaba portando tontamente y que ya sabía yo que iba a ir hacia ella.

—Entonces dame algo para taparme. Dormiré un poco. Tengo horas extraordinarias esta noche.

La tapé con una manta y me di la vuelta para mirar por la ventana. Me volvió a llamar con voz queda, pero unos minutos más tarde se había dormido. Sybil era capaz de dormir en cualquier momento. Di la vuelta al televisor y lo puse durante un rato. Me sentía asqueroso. Quizá no era amor, pero quería casarme con ella. ¿Era malo desear alguna emoción en vez de una asociación de salarios? ¿Era una niñería? Podíamos incluso disfrutar un viaje de novios cuando Sybil tuviera vacaciones, volar a Los Ángeles y ver a mi madre, que vivía con mi hermana mayor y el estirado dentista con el que se había casado.

Me acerqué al armario de Sybil y cogí papel. Escribí una corta nota a mi madre incluyéndole dos billetes de veinte. Era la primera vez que le enviaba dinero en un año. No tenía sellos. Busqué en silencio en el bolso de Sybil y encontré uno. A las cuatro me lavé un poco, pensé en afeitarme, me cambié de camisa y me marché. Después de comprobar que el Jaguar estaba cerrado, tomé el Metro en dirección al centro. Tenía que acompañar a Robert Thomas a su casa y acostarle. En Nueva York es imposible seguir a nadie en coche.

Estaba realmente metido en algo turbio. No era el pensar en Sybil lo que me hacía sentirme enfadado.

Otro leve pensamiento había estado todo el rato en mi cerebro: siempre había rechazado los trabajos de delator y aquí me encontraba haciendo… ¿qué? Un idiota sabueso humano siguiendo a un tipo que se había torcido años atrás pero que ahora parecía haberse enderezado. Yo iba a hacer que le enviasen otra vez a la cárcel… ¿Por un sentido de justicia? No, en absoluto; solamente para vender más cereal y cremas para el acné o lo que fabricara el anunciante ése de la televisión.

3

El seguir a alguien a la hora punta de las cinco no es un dulce precisamente. Thomas llevaba una vieja guayabera sobre su camisa azul de sport y un gorro de lana. Se le veía apresurado. Después de tomar un sándwich y un café rápidamente en el mismo sitio donde había comido, echó materialmente a correr hacia el Metro. Este iba muy lleno y yo logré estrujarme en el mismo vagón que él, pero en el otro extremo. Mirando por encima de las cabezas de los otros pasajeros conseguía mantener el gorro de lana dentro de mi ángulo de visión.

Thomas-Tutt no iba camino de su casa. Salió en Brooklyn y subió corriendo las escaleras de un viejo edificio oscuro donde sólo se veían las luces de una escuela profesional, situada en el segundo piso. Tomé nota de la hora y dirección, crucé la calle y me apoyé en otro edificio. Casi todos los establecimientos de los alrededores estaban cerrados y el distrito permanecía en silencio, vacío de gente, especialmente de gente de color. Empecé a fumar mi pipa. Aunque no podía ver a Thomas, sí veía a otros jóvenes trabajando en el piso segundo. Se trataba de algo relacionado con electricidad, ya que se veían resplandores y chispas.

Se acercaba un joven policía, balanceando su porra. Parecía italiano. Traté de recordar por qué no me había presentado al examen para policía. Seguramente había que ser más joven. Me miró como por casualidad y me di cuenta de lo que estaba pensando: ¿qué hace este negro por aquí? Sólo que no debía estar pensando en la palabra «negro». Si yo hubiera ido mal vestido, probablemente me lo habría preguntado.

Me fumé otra pipa, pensaba en Sybil y trataba de aclarar mis sentimientos hacia ella, hacia nosotros. Eran más de las siete y

estaba empezando a cansarme de estar de pie. No tenía por qué hacer esto, pero deseaba saber todo lo que pudiera acerca de aquel hombre. El policía volvió a pasar y acercándose me dijo:

—Parece que hace frío.

—Sí, es cierto —repliqué, sintiendo la rigidez rápida de mi interior, una acción refleja. No quería tener que exhibir mi insignia dorada.

—¿Esperando a alguien?

Asentí.

—Quizá no conozca usted este distrito; hay un bar de los que abren toda la noche, un par de tiendas más abajo. Sentiría menos frío.

Me relajé repentinamente.

—Gracias. Estoy esperando a un amigo que va a esa escuela.

—No salen hasta las ocho. Es una escuela de soldadura. Una buena profesión.

—Entonces a lo mejor espero tomándome un café. Gracias, agente.

El lugar tenía una triste luz en el escaparate; éste era el motivo de no haberlo visto antes, y había un viejo, más triste incluso que la luz, detrás del mostrador. Tenía la cara muy arrugada, pero su calva era muy lisa. Me senté en el primer taburete y pedí un trozo de pastel y café. Era un pastel casero, de forma que pedí el plato del día —«pot roast»—, que estaba bastante bien. Pude ver la entrada de la escuela al otro lado de la calle a través del cristal sucio. Tomé otro café y le pagué al viejo. Cogí un periódico de la tarde que había en el otro lado del mostrador. Ni el caballo de la señorita Robbens ni el mío habían ganado.

No me estaba portando muy bien como detective. Mientras leía el periódico llegaron las ocho y Thomas y otros siete chicos salieron de la escuela, hablando en voz alta y, ¡maldición!, ¿cómo no se iban a dirigir en línea recta a este lugar? Lo último que yo quería es que me viese, pero no tenía tiempo de marcharme. Pedí un tercer café y seguí leyendo el periódico. Entraron en panda, bromeando con el viejo, y Thomas se fue al servicio. Cuando salió no quedaba vacío nada más que uno de los taburetes, naturalmente el que estaba junto al mío.

No se sentó; en vez de eso, se quedó detrás de los otros chicos y

pidió pastel y café. En el turbio espejo en la pared, detrás del mostrador, vi a uno de los estudiantes que mostraba una sonrisa a la vez que preguntaba:

—¿Qué te pasa, Tutt? Siéntate, Rebel.

—Seguro, ¿qué apuestas a que me siento? —comentó Thomas con un ligero acento sureño.

Mis hombros y caderas no son los adecuados para los taburetes de una cafetería, por lo que se tuvo que estrujar y rozarse conmigo para poder sentarse. Traté de hacerle sitio, alejándome todo lo que pude de él y no reaccioné cuando me clavó el codo en el hombro algo más de lo que yo consideraba necesario.

Estaba materialmente encajado y casi no podía llevarme la cuchara a la boca. Continuó murmurando, casi en voz alta, algo así como: «…nos quitan el sitio» y una vozarrona desde el otro extremo le provocó un:

—No comes nada, Rebel, ¿estás desganado?

Yo continuaba con la cara tapada por el periódico, tratando de ignorarlos, y esto probablemente les envalentonaba. Finalmente, Thomas se echó algo de café encima y me dio un codazo en las costillas al alargar el brazo para coger una servilleta, a la vez que decía con voz desagradable:

—En el lugar de donde yo vengo esto no pasaría.

Todo se quedó en silencio y yo miré por encima del periódico, le vi tomar otra cucharada de café y guiñando un ojo a los otros, a la vez que hacía como que se le caía, lo derramó en mi manga.

Hubiera sido peor no hacer nada, de forma que me puse de pie y empujándole contra el chico del taburete siguiente le dije:

—Relájate, ahora estás en el norte y además ya no vas descalzo —era lo peor que podía haber hecho, pero realmente no pude contenerme. Si empezábamos una pelea y llamaban al agente, hubiera tenido que mostrar mi insignia, lo cual hubiera sido el fin del negocio. Supongo que lo que debería haber hecho era marcharme.

Hubo otro momento de absoluto silencio: quizá mi tamaño hizo que el bocazas dejase de sonreír. Pero yo ya había cometido mi equivocación; ahora Thomas no tenía más remedio que hacer algo.

—¡Maldito negro! —dijo, y se levantó alzando el puño derecho. Le cogí la mano y se la retorcí detrás de la espalda. Yo no dejaba de

mirar hacia sus compinches. El dolor hizo a Thomas doblarse en dos y cuando trató de darme una patada le levanté repentinamente y le solté. Cayó al suelo y se le fue el gorro.

—Eso no fue muy inteligente —dije—. Te supero mucho en tamaño. Pórtate bien y tranquilo. No busco jaleo.

—¡Te mataré! —el acento sureño había desaparecido de su voz.

—Si te levantas, muchacho, te vas a hacer daño.

La mano derecha se le fue al bolsillo trasero, empezó a levantarse, pero luego pasó la mano por su pelo rubio y se sentó. El bocazas dijo:

—No se ponga a escandalizar, hombre; no quiso hacerle nada.

—Ya lo sé, por eso no quiero que se levante y se haga daño. O que vosotros tengáis una mala idea y tratéis de hacerme algo—eché una moneda sobre el mostrador por la última taza de café—. Ha sido todo una broma, muchachos —y me marché.

Estaba tan enfadado conmigo mismo que hubiera podido llorar. ¡Moore, el superpolicía, tirando por la borda mil quinientos dólares! Pero, diablos, no podía permitirle que me llamara lo que me había llamado.

Me dirigí a la estación de metro y vi que no había nadie. Con toda seguridad Thomas me vería si me quedaba por allí. Salí y tomé un taxi. Thomas vivía en la calle Veinticuatro Oeste, según la información que me había dado la señorita Robbens. Le dije al taxista que me llevase a la estación de la calle Veintitrés. Había mucha gente por allí, la mayoría blancos, esperando que llegasen los periódicos de la madrugada. Me situé en una puerta, en un lugar oscuro al otro lado de la calle, cerca de la entrada del Metro, e hice una nota de lo que había pagado por el taxi. Trataba de convencerme a mí mismo de que el incidente de la cafetería no había salido demasiado mal, había oído el timbre de su voz y eso podía ser útil. Pero realmente me daba cuenta de lo tonto que fui. Si Thomas volvía a verme podía pensar que yo era un auténtico policía y huiría. Aquella escena de matón había sido una estupidez por su parte también. ¿Supongamos que la Policía nos hubiera detenido a los dos y hubiera descubierto que él era un hombre buscado? Debió de ser por eso por lo que había permanecido

sentado sin atacarme con la navaja.

Le vi salir del Metro, iba solo. Se paró en un quiosco, habló con el viejo encargado y compró un ejemplar de *Popular Mechanics*. Había una cafetería de esas que pertenecen a una cadena, en la esquina un poco más abajo de donde yo me encontraba. Thomas entró en ella. Por lo visto al chico le gustaba ese tipo de comida. Pasé cerca de la cristalera. No estaba comiendo, sino hablando con una de las camareras que llevaba un uniforme blanco. Parecía tener unos diecinueve años, una de esas chicas pálidas y de aspecto delicado que se ven entre los blancos pobres. Pálida y delicada por no haber recibido una alimentación normal cuando era niña.

Por la forma baja e íntima con que hablaban y la sonrisa en ambos rostros pensé que podría ser su chica. Después de unos minutos él acarició levemente la mano de ella y se marchó, anduvo una manzana, entró en su calle y después subió corriendo las escaleras de un edificio pequeño donde había un viejo letrero que decía «Habitaciones». Miré las ventanas sin ver ninguna luz. Realmente no sabía si su habitación era exterior o no. Empecé a pensar cómo había logrado Kay toda la información incluyendo el apartamento y el número de habitación. Estaba seguro de que Thomas no iba a salir aquella noche, leería su revista en la cama.

Volví a la cafetería y bebí un vaso de agua. Todas las camareras llevaban su nombre en unos rótulos sujetos al uniforme. La chica se llamaba Mary Burns. Crucé la calle y encontré una cabina de teléfonos en un estanco. Naturalmente había mucha gente con el nombre de Burns, incluyendo uno que vivía muy cerca y del cual tomé nota. Podía tratarse de la casa de sus padres. Era un poco más de las nueve cuando llamé al apartamento de la señorita Robbens. Se oía música y voces cuando se puso al teléfono. Le conté lo que había hecho, pero no el problema de la cafetería, y en voz baja me dijo:

—No tienes que trabajar tanto todavía, pero me complace verte tan meticuloso.

—Esto hará que las cosas vayan mejor cuando salga el programa en antena y tenga que pegarme a él. Mañana me limitaré a llevarle a trabajar, comprobar que sale y luego llamarte.

—Eso está bien, Touie. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Nada.

—Tengo gente en casa, gente interesante. ¿Por qué no te acercas?

—Bien, yo… —me pasé la mano por la cara. Aunque sólo me tengo que preocupar por esa «sombra de barba» típica de las cinco de la tarde, un día sí y otro no, hoy necesitaba afeitarme.

Ella tomó mis dudas en otro sentido:

—No importa nada, son gente liberal —me tranquilizó en voz baja, quizá sin darse exacta cuenta de lo que decía.

—No estaba realmente pensando en «eso». Necesito afeitarme.

—Oh, no te preocupes. ¿Vas a venir?

—Sí —si yo esperaba que Robbens me proporcionase contactos en la Avenida Madison, tendría que mantenerme cerca de ella.

Ya fuera, y sin pensarlo mucho, miré a mi alrededor buscando una barbería. La única que vi estaba cerrada, realmente no hubiera importado que estuviese abierta. Cuando tenía diecinueve años me encontraba un día en el centro y me enteré de que una compañía tabacalera estaba contratando vendedores negros para trabajos durante la temporada de verano. No logré que me afeitaran en el centro de la ciudad y mientras fui a Harlem y volví todos los puestos de trabajo estaban cogidos. De forma que ahora compré una maquinilla y unas hojas en el estanco, tomé un autobús hasta Penn Station y me afeité en el servicio de caballeros. Mientras iba en el coche, cruzando la ciudad para llegar a la casa de la señorita Robbens, en la calle Treinta y Siete, apunté el precio del taxi y después de pensarlo un poco anoté el dólar que me había gastado en la maquinilla.

Kay vivía en una casa restaurada de piedra oscura y juzgando por el número de estas casas pensé que este tipo de reconstrucción debía de ser la mayor industria de la ciudad de Nueva York. Cuando me abrió la puerta, por medio del portero automático, me metí en el diminuto ascensor, donde apenas cabía, y llegué al tercer piso. Kay estaba esperando en la puerta, iba vestida con unos ajustados pantalones de ante, un sweater azul oscuro de cuello alto que favorecía mucho sus pequeños senos y hacía resaltar su bien perfilado rostro y el cabello cobrizo. Llevaba un cinturón de monedas de plata y unas extrañas zapatillas de cuero con diminutas

campanillas. Me condujo a un salón decorado en un estilo sueco moderno, que incluía la chimenea encendida y una especie de papel extravagante que más parecían manchas de colores violentos.

Había una pareja en el suelo delante de la chimenea, un tipo desparramado en el sofá y una mujer mezclando unos cócteles. Todos me miraron con un interés estudiado, como si hubieran estado aburriéndose unos de otros antes y ¡he aquí que entra un nuevo motivo de conversación! Me pregunté cuál de los dos hombres sería su marido. Después de colgar mi abrigo y mi sombrero, Kay me presentó. La pareja que estaba en el suelo eran marido y mujer y él era escritor. También estaba ahora dedicado a tostar rodajas de patata en el fuego; utilizaba un palo de madera muy largo e iba comiéndose las rodajas cuando las retiraba de las llamas. Se llama Hank. No llegué a enterarme del nombre de la mujer. El tipo del sofá se llamaba Steve McDonald, y Kay dijo:

—Steve, es el chico canoso que está de moda en el Central. Él ha ideado un nuevo espectáculo para el que yo estoy haciendo la publicidad. Y, por último, aunque sea realmente la primera, está Bárbara, compartimos este gallinero.

Steve era uno de esos hombres que parecen un vaso de agua largo, tenía la complexión ligera de un corredor y el pelo a cepillo tan corto que parecía que se lo habían pintado sobre el estrecho cráneo. Tenía la costumbre, como pude comprobar después, de abrir mucho los ojos para dar énfasis a cualquier cosa que estuviese diciendo. De todas formas, no parecía preocupado por no arrugar su gruesa chaqueta de sport y pantalones de franela al tumbarse.

Bárbara era una chica de aspecto aseado, tenía una figura juvenil, pero su cara cansada parecía no tener color y su cabello cuidadosamente cepillado era gris sedoso, probablemente teñido, y le iba mal a la cara.

—Hola Touie, Kay me ha hablado de ti. ¿Qué quieres? ¿Un scotch o ron caliente con mantequilla?

Antes de que pudiera contestar Kay dijo:

—Touie tiene que probar el ron.

—Como quieras —replicó Bárbara, echando ron en una taza maciza, después puso un trocito de mantequilla y un polvito de algunas especias. Se aproximó a la chimenea, arrodillándose junto a Hank, y cogió una pequeña marmita de cobre de la que vertió un

poco de agua caliente en la taza. Llevaba un sencillo vestido estampado y cuando se inclinó vi que sus caderas eran hermosas y bien formadas. Con el rabillo del ojo observé a Steve, el del sofá, miraba también las caderas de Bárbara. Me lanzó una mirada y sonrió.

Cogí la bebida caliente y Hank golpeó la alfombra a su lado, a la vez que decía:

—Siéntate. No todas las noches puede uno volver a la historia y tomar una copa con el general Toussaint.

—Estuvimos en Haití el año pasado —añadió su mujer.

—Voy a probar esto —dije, sentándome en un taburete forrado con piel de cerdo.

Todos me miraban con curiosidad amistosa. Bebí un trago; sabía a sopa con un «algo».

—Touie fue capitán del Ejército —anunció Kay—. Tiene medallas que lo prueban.

—Mi agente de prensa —dije, deseando que cerrase la boca.

Steve se incorporó sobre un codo y me saludó en plan sorna:

—Capitán, las tropas están haciéndose al sol. ¿Cómo le gustarían, bien hechas o un poco sangrantes?

—Eres un vulgar bastardo —dijo Bárbara.

Steve la miró abriendo mucho los ojos.

—No sé, pero creo que fue bastante ingenioso. ¿No lo crees, Louie?

—No está mal —repliqué tomando otro trago del bebedizo.

—Su nombre es Touie, como ya sabes muy bien —dijo Bárbara, como si mantuviese una lucha especial con este Steve—. ¿Te gusta el ron caliente?

—Sí —mentí—. Ya lo había probado en París —añadí, para meterme en el ambiente.

—Estuvimos en París en el cincuenta y tres —afirmó la mujer del escritor, volviendo la cabeza en mi dirección.

Había un tocadiscos de alta fidelidad colocado sobré una librería, se oía un suave jazz. La mujer del escritor se chupó los labios como si fuera a darme un mordisco, pero se contentó con decir:

—Yo es que adoro los discos de Bessie Smith, aunque están fatal hechos; en nuestro tocadiscos se oyen todos los arañazos.

Kay encendió su pipa y se sentó en el suelo y el escritor, mordisqueando una rodaja negra de patata, dijo:

—Yo no puedo escucharla, se me revuelve el hígado cada vez que me acuerdo que murió desangrada, porque no la quisieron aceptar en un hospital de blancos. Puedo oír el dolor en su voz.

—Es que su voz es embrujadora —intervino Steve.

Entonces me di cuenta de que iban a jugar entre ellos a «ese buen muchacho», como dice un escritor negro, cuando comenta este entretenimiento de salón. Quiero decir que existe cierto tipo de blancos que adoran entrar en la «cuestión» o el «problema» racial y creen que deben siempre discutirlo cuando hay negros cerca.

Supongo que es mejor que hablen de ello que hacer lo que muchos blancos, que prefieren olvidar que existamos. Pero hacía mucho que no me encontraba en esta clase de reuniones.

La mujer de Hank empezó diciendo que los negros deberían emigrar en masa desde el sur, de forma que pudieran utilizar el poder del voto «consolidado», aunque ignoro lo que quiere decir.

Steve y Kay inmediatamente se lanzaron en plancha, luego Hank y Bárbara se zambulleron también. Yo terminé mi bebida y me las arreglé para tomar un whisky solo en vez de brebaje tibio de antes. Yo era un «problema» callado y educado y pensé lo que disfrutaría Sybil en un sitio así. Realmente estaban hablando tanto que se olvidaron de mí, excepto Bárbara, que me miraba de vez en cuando, como si me vigilase. Finalmente, Kay terminó uno de sus discursos y empezó a rellenar la pipa. Steve me dirigió una mirada y me preguntó:

—Touie, ¿no crees tú que los negros estarían mejor todos juntos en el norte?

—No lo sé —contesté, lo que pareció desalentar a todos. Supongo que era mi obligación ser un experto en relaciones raciales.

—Realmente —dijo Kay— a pesar de las diversas formas de discriminación que tenemos aquí, los negros tendrían muchas más oportunidades, oportunidades legales, para luchar por sus derechos.

—Jamás he estado en el sur —dije, escogiendo mis palabras para no perder a un cliente—, pero hay una cosa. Dudo si la media de los negros sureños tiene el dinero necesario para marcharse con su familia a ningún sitio.

—¡Qué tontería! —exclamó la mujer de Hank con voz casi enfadada—. Si realmente quisieran irse encontrarían el medio de alguna forma.

—La historia completa de los Estados Unidos hubiera sido distinta si los negros se hubieran ido al oeste después de la guerra civil —dijo Kay.

—No —contestó Hank—. Les prometieron cuarenta acres y una mula, ¿cómo se iban a ir? El problema fue que los republicanos los vendieron y forzaron la Reconstrucción.

Hubo otra batalla de frases y entonces Kay me preguntó:

—Touie, ¿qué piensas tú?

No tuve más remedio que bajarme de las nubes y preguntar a mi vez:

—¿Por qué no una emigración en masa de blancos sureños y dejarles a los negros en sus casas? Sería más fácil, los blancos son minoritarios.

Steve dijo que eso no tenía sentido y Hank y su mujer no se sintieron muy seguros de que yo no me estuviera burlando de ellos. Kay rio y me guiñó un ojo. Al notarlo, Bárbara se mordió un labio.

Siguieron charlando sobre lo mismo, ahora tras otro tema: la raza blanca era minoritaria en el mundo. Luego, la conversación pareció decaer o quizá es que simplemente se encontraban cansados. La mujer de Hank dio un salto, de pie tenía una bonita figura, y dijo:

—¡Maldita sea! Son las once. Nuestra niñera es una cría de instituto y no la dejan estar fuera hasta tan tarde —golpeó a Hank con la punta del pie—. Vamos penco, dijiste que ibas a trabajar esta noche. De verdad que no sé cómo se las arregla, pero trabaja hasta bien entrada la mañana.

Steve volvió a hacer su gesto con los ojos a la vez que decía:

—Quizá las horas primeras de la mañana le prestan un aire fantasmagórico. Un día de éstos voy a intentar sacar una obra para la televisión sobre tu última novela. Habrá que limpiar un poco la parte del sexo, pero me gusta la trama.

Hank se levantó sacudiéndose, eructó, se frotó el vientre y dijo:

—¡Esas malditas patatas! Inténtalo pronto, Stevie, me hace falta el dinero. Estoy trabajando ahora en una historia que debería ir a la televisión. Tiene que ver con escándalos de números —me miraba

como si yo fuese el mismo señor Dígito.

—Touie podría ser una mina de información para ti, Hank: es detective —dijo Bárbara.

Se hizo el silencio como si la habitación se hubiera oscurecido, todo el mundo me miraba con renovado interés, excepto Kay, que dirigió una furiosa mirada a Bárbara.

—¡Bien, el detective negro! —comentó Steve con ojos desorbitados—. No lo tomes a mal chico.

—Dime, ¿eres policía? —preguntó Hank.

—No. Yo… bueno, trabajo en Correos, pero a veces hago algunas tareas de vigilante. Expulso a gente en los cabarets, cosas así.

—Sí —se apresuró a añadir Kay—. Touie ha sido futbolista.

Steve bostezó

—Quizá deberíamos comer juntos algún día. Estoy trabajando en una serie de crímenes auténticos.

—Es solamente una forma de ganar algún extra. Si te voy a decir la verdad, no he tocado el tema desde hace meses —contesté, esperando estar mintiendo de forma aceptable.

Mientras Kay les traía sus abrigos, Hank y su mujer tomaron una última copa. Yo bebí un trago de ron solo y Steve encendió un puro y recorrió la habitación. Mirándole de cerca parecía mayor de lo que había creído a primera vista. Tenía los dientes manchados y líneas de cansancio alrededor de los ojos. Muy bien podía haber estado en los cuarenta.

Cuando Hank y su mujer se marcharon me senté en el sofá con Kay a mi lado. Bárbara puso otro disco. Steve continuaba andando por la habitación, echando humo y nervioso.

—Las historias de suspense de Hank son una porquería —dijo—. Se lo tiene muy creído. Es algo así como Truman Capote, pero con pistola.

La atmósfera había cambiado bruscamente. Kay comentó:

—Esta crítica nos llega sin grabación previa desde la tierra de nunca jamás. ¿O se trata sólo de alguno de los desahogos de Steve McDonald?

—No desperdicies tu pequeño talento —dijo Steve soplando el

humo en dirección a ella—. Nadie está escuchando el discurso.

—Yo pienso que sus libros poseen una acción inteligente y sutil —contestó Kay desafiándolo con un gesto de la nariz—. Tú tienes celos porque él publica.

—¡Cojones con la publicación! Justo al terminar la guerra, cuando eché el resto escribiendo mi novela, pensé que había llegado. El maldito libro obtuvo buena crítica, pero nunca llegaron a venderse ni los malditos quinientos que me adelantaron. ¡Diablos!, cualquier programa de televisión llega a alcanzar un millón de veces más de audiencia. Tengo que prestarte el libro un día, Kay.

—Yo lo he leído —dijo Bárbara—. Es forzado y vacío.

—¿Qué es lo que una maestra de instituto puede saber acerca de literatura? —contestó Steve tirando el puro a la chimenea—. He tenido un día malo; vámonos a disfrutar del ritmo caliente del combo en el Steam Room.

—¡Estupendo! —exclamó Kay—. Puedo con unas pocas copas más.

—¿Y por qué salir? Tenemos de todo aquí —dijo Bárbara.

—Es más divertido engancharse en un night club. Vamos Touie.

—Tengo que levantarme temprano —empecé a decir pensando qué es lo que querría decir con eso de «engancharse».

—Todos tenemos que levantarnos temprano. Veremos el espectáculo de la medianoche y luego lo dejamos. ¿Vienes, Bobby?

Bárbara, que por lo visto era también Bobby, dijo con voz cansada:

—Bueno…, está bien, iré.

Kay se echó por los hombros una capa de visón como si se tratase de una toquilla vieja mientras que Bárbara se ponía un sencillo abrigo de paño y una boina. Ambas se pintaron los labios y se quitaron el exceso de pintura con pañuelos de papel que luego dejaron sobre la mesa, Steve cogió los papeles diciendo:

—Esto es igual que el test de Rorschach. Odio a las mujeres cochinas —y tiró los papeles al fuego.

Mientras me ponía el abrigo, Kay llevó a Bárbara a un aparte y le murmuró algo al oído. Oí a Kay diciendo:

—No seas boba y tan estúpidamente vulnerable, ¡por favor! —se la veía enfadada y casi estrelló la pipa sobre la mesa. Yo me sentí

realmente mal: Sabía muy bien por qué Bárbara se sentía «estúpidamente vulnerable». Probablemente no quería exhibirse en público conmigo.

El ascensor era tan pequeño que tuvimos que hacer dos viajes. Kay se las arregló para estrujarse contra mí. Usaba un tenue perfume, pero yo me sentía demasiado furioso para prestarle atención. Me sonreía mientras me pasaba los dedos por el brazo.

—Bárbara casi la arma, cuando dijo aquello de que yo era detective.

—Está en uno de sus momentos de malhumor. Pero tú contestaste muy bien —sus dedos acariciaban mis bíceps—. Me fascinan los músculos.

—¿Qué quisiste decir con eso de «engancharse»?

—¿Engancharse? Oh, emborracharse, enrollarse…, ¿qué creías que era?

—Es sólo curiosidad —salimos al vestíbulo para esperar a Steve y Bárbara. Un matrimonio anciano entró en ese momento y nos dirigieron la «mirada» mientras esperaban el ascensor. Kay acarició mi brazo otra vez, murmurando:

—¿Cómo te mantienes en forma?

—En el gimnasio, y deja de tocarme como si yo fuera un caballo —casi estuve a punto de decir un semental.

—¿No te gusta?

—Si me permites utilizar el tópico, te diré que no mezclo nunca placer y trabajo.

—¿Estás trabajando ahora?

—Vamos a no complicar la relación entre patrono y empleado —enseñé los dientes como si estuviera bromeando, mientras pensaba cómo le podría decir, sin herir sus sentimientos, que no me apetecía irme a la cama con ella.

Se unieron a nosotros Steve y Bárbara. Mientras esperábamos un coche, Kay me preguntó que dónde estaba el Jaguar y eso empezó una discusión sobre coches hasta que llegamos al Steam Room. Desde fuera parecía más bien un almacén grande con una cristalera opaca. Me sentía muy nervioso al entrar, pero se me pasó cuando vi que los de la banda eran de color y que había una pareja de negros en una mesa. Nos quitamos los abrigos y miré a mi alrededor. El techo era bajo con murales en las paredes, luces tenues; la orquesta

interpretaba un suave jazz. Yo conocía Birdland, Café Society y alguno de los otros sitios de moda, como Sybil solía llamarles, dentro y fuera de Harlem. Pero este lugar tenía un auténtico aire de intimidad, algo de película. Las mesas que rodeaban la plataforma de la orquesta no estaban apretadas entre sí y nadie nos miró cuando nos dieron una cerca de la plataforma.

El camarero nos repartió los menús. Yo fui el único que lo miró. No había ningún mínimo especificado para las consumiciones, pero realmente a tres dólares el trago, necesitaban establecer un mínimo. Ellos pidieron gin-tonics; pero yo tomé un whisky irlandés solo. Las chicas dijeron que tenían que ir al servicio y Steve comentó:

—Nunca falla; en el momento que una mujer llega a cualquier sitio tiene que ir a desaguar.

—Mañana pediré a la librería que te envíen un libro de biología —contestó Kay a la vez que se marchaba.

Escuchamos la música durante un rato. Era muy dulce, como un antiguo combo de Nat King Colé.

Steve me dijo algo sobre escribir una novela sobre jazz algún día. Yo hubiera querido comentarle que hubiera encontrado tema suficiente para un libro en las dificultades que un músico de color encuentra durante una gira por el sur, pero no dije nada. Bebimos y contemplamos a una chica que realmente parecía poner «todo» en la danza.

—¡Madre mía! Vaya un motor diésel que tiene esa chica —comentó Steve—. ¿Te gusta ir de pantalla?

—¿Pantalla?

Me dirigió una de sus típicas miradas y se burló:

—Chico, se nota que no hace mucho que conoces a Kay. Ella y Bárbara son lesbianas desde hace años —añadió, como un crío que contase un chiste verde—. ¿No las has visto discutir antes de salir? Bobby no quería que Kay trajese su pipa.

Me reí, pero de mí mismo. Me encogí de hombros a la vez que decía:

—Este es un país democrático, y sobre gustos no hay nada escrito.

Se frotó la nariz con su delgado dedo:

—Tienes razón. Gracias por ponerme en mi sitio. ¿Jugaste mucho tiempo al fútbol? —preguntó, cambiando de tema.

Volvieron las chicas y me dije a mí mismo que Steve debía de haber estado bromeando: ¡tenían ambas un aspecto tan femenino! Kay me preguntó:

—¿Bailas?

—Bueno, pero no lo hago muy bien —dije poniéndome de pie.

La tomé en mis brazos y nos deslizamos de forma lo suficientemente suave como para hacer ver que estábamos bailando.

—Siento haberte dejado solo con Steve —me dijo.

—¿Por qué? ¿Tiene el sarampión?

—¡Dios mío! ¿No te has dado cuenta, Touie? Es más raro que una moneda de seis centavos. ¿De qué te ríes?

—Me estás haciendo cosquillas con el pelo en la barbilla.

—¿Por radar? Nos separan muchos centímetros —dijo poniendo su cabeza en mi hombro—. ¿Te gusta este sitio?

—Sí.

—Espero que lo apuntes en tu agenda.

—No te preocupes.

Después de tomar otra ronda bailé con Bárbara y noté que llevaba una alianza igual que la de Kay. Me hizo trabajar duro, aunque sin dejar de mirar a Steve que bailaba con Kay. Steve bailaba bien. Cuando me vio que la observaba me sonrió diciendo:

—Lo siento, pero no puedo aguantar a ese presuntuoso. Como ha conseguido un programa de televisión actúa como si hubiese conquistado el mundo. Y esa manera de vestirse en plan juvenil, con ese corte de pelo y el uniforme universitario… el muy idiota. No sé por qué Kay se empeña en tenerle siempre a su lado. ¿Has tenido la desgracia de leer su libro?

—No.

—Basura. Naturalismo en el peor estilo —frotó su cabeza gris en mi corbata—. ¿Cuánto mides?

—Alrededor de un metro noventa.

Me contó entonces lo buena que había sido en atletismo en sus tiempos de Universidad y estuvo hablando hasta que nos sentamos. Steve se estaba limpiando la cara con una servilleta y comentó:

—Esto se está convirtiendo en una sauna. ¿Eres aficionado a los baños turcos, Touie?

—No he estado nunca en uno.

—No, supongo que no —dijo, y llamó con la mano al camarero. En vez de una copa, yo pedí un emparedado. Empezaron las atracciones. La principal era una chica alta con una mirada ausente en un rostro empolvado como una máscara mortuoria. Llevaba las cejas pintadas como dardos. Empezó a cantar con voz desafinada una canción sensual, y después de la segunda canción noté que la melodía rozaba una zona sensible, o quizá es que ya me encontraba algo bebido.

El sándwich tenía una guarnición extravagante de patatitas y aceitunas. Me impresionó, me pareció el más elegante que me había comido en mi vida. Le presté más atención que a la rodilla de Kay rozándome la pernera del pantalón.

Comí despacio, escuchando la extraña canción, y luego miré alrededor de la mesa. No podía comprenderlos del todo, a ninguno: eran como un poco falsos. El Steam Room también era falso. Pero ya se me había pasado el mal humor que Sybil me había causado. Me había olvidado de la pelea en la cafetería, incluso del asunto de Thomas. Este momento era importante. Tenía que admitir que, falso o no, me gustaba.

No me produjo mucha impresión descubrir que me agradaba jugar al Negro de compañía… bueno, por lo menos durante un rato.

DOS DÍAS ANTES

4

Estaba entre las sábanas antes de las dos, entre mis propias sábanas. Insistí en compartir con Steve la cuenta, que había sido de treinta y un dólares, aunque Kay me había musitado:

—Déjale que lo pague él, viene de una familia podrida de dinero.

Acompañamos a las chicas a casa y dejé a Steve junto a la calle Sesenta y cinco mientras yo seguía hacia el norte de la ciudad, en taxi, como un millonario.

El despertador me sacó de un profundo sueño a las seis. Me puse rápidamente unos vaqueros y una vieja camisa y me encontraba junto a la casa de Thomas cuando éste salió a las siete treinta y cinco. Le seguí hasta la calle Veintitrés, donde se paró a desayunar, y a las ocho y veintiuno le vi entrar en el edificio de la agencia de transportes silbando alegremente.

Conduje hasta casa y tuve suerte de encontrar aparcamiento. Tomé un vaso de leche, cogí una nueva copia de Jet que había traído Ollie y me dormí leyendo.

Me desperté después de la una y al salir de la ducha me sentí hambriento. Sybil telefoneó mientras me vestía; se me había olvidado que era su día libre. Quería que la llevase a un salón de belleza en la calle Ciento veintiséis para arreglarse el pelo y, finalmente, me preguntó lo que realmente estaba deseando:

¿Me había decidido a aceptar el trabajo de cartero? Le contesté que había tiempo para pensarlo y que en ese momento sólo tenía hambre. Me dijo que estaba preparando la comida, de forma que fui

hasta su casa, pero decidí no contarle nada de lo de la noche anterior.

Sybil tenía un aspecto descansado y estaba bonita, como primaveral. Se había pintado los labios de un rojo lascivo. Deseaba besarla, pero no lo hice. Me encontraba todavía molesto por su manía de condicionar el porvenir a mi aceptación del puesto de cartero o si no… Pero me sentía demasiado bien para argumentar. Cuando la llevé a la calle Ciento veintiséis me quedaban dos horas libres y pensé ir a nadar un rato en el gimnasio, luego recordé que podía hacer algo del trabajo de Ted Bailey.

En la carta me decía que esa mujer, James, tenía cincuenta y dos años, que había trabajado en un hospital y que su última dirección era un edificio destartalado de apartamentos en la calle Ciento treinta y uno. Había muchas anotaciones escritas a lápiz junto al timbre de la casa: un timbrazo para Flatts; dos, para Adams, y uno, Stewart, probablemente en el último piso, que necesitaba un concierto de diez timbrazos. Desde luego no había nadie de nombre James, pero algunos estaban tan borrosos que era difícil leerlos.

Bajé al sótano y toqué el timbre. Contestó a la llamada una adolescente con labios pintados de un rojo brillante, pantalones estrechos y una camiseta sobre la cual llevaba una camisa masculina a cuadros que no lograba ocultar su pecho prominente. Masticaba chicle y parecía muy segura de su figura juvenil y bonito rostro, como si los demás tuvieran el deber de opinar que ella era la chica más llamativa del lugar. Yo me figuraba que la señora James no se había movido de la casa, sino que había acordado con la patrona que le dijese al cobrador que se había mudado. Había cambiado efectivamente su lugar de trabajo, pero una persona que posee un compacto de cocina-frigorífico no puede ir de un lado a otro fácilmente.

Cuando pregunté por la señora James, la chica me demostró lo bien que se le daba hacer globitos antes de inquirir:

—¿Quién es usted?

—Soy un amigo suyo, voy a estar en la ciudad solamente un día.

—Pues se fue hace un mes.

—¿Sabes dónde? No tengo demasiado tiempo y me gustaría verla.

Se encogió de hombros y los dos miramos a cierta parte de su

anatomía, que pareció danzar.

—No, creo que a algún sitio en Long Island —no mentía bien.

—Lo siento. Tengo que darle algún dinero. Telefoneé al hospital, pero me dijeron que se había ido. Ahora no se lo puedo enviar por correo tampoco. Bueno, a lo mejor me la encuentro algún día por ahí.

La señorita Bonito Cuerpo Moreno me largó una mirada muy estudiada a través de sus largas pestañas.

—¿De qué ciudad dice usted que viene, buen mozo?

—He llegado de Chicago. Un primo de la señora James vive allí.

—Bien… —sus ojos brillantes me recorrieron despacio y decidieron que mi ropa era cara—, le voy a decir un secreto: vive aquí. Son cinco timbrazos. No volverá a casa hasta las cuatro. No quiere ver a una de esas compañías asquerosas de crédito, por eso le mentí antes. Puede usted volver aquí o llamarla esta noche al Boulevard Hospital que está en el Bronx. Empezó a trabajar allí la semana pasada.

—Gracias. Y, oye bonita, ¿sabes que crecen cosas preciosas por estos lugares?

Volvió a inflar el chicle con placer.

—Bueno, hombre, pero no crece el buen humor. Esto es Big Apple[2], grandote —cerró la puerta con una pequeña reverencia. Los niños de hoy día saben cómo llamar la atención.

Conduje a lo largo de la calle Ciento veinticinco, encontré sitio para aparcar y puse una moneda en el parquímetro. La calle Ciento veinticinco es algo así como la avenida principal de una ciudad de provincias; si se espera un rato siempre se ve a un conocido. Apenas había sacado mi pipa cuando dos tíos se acercaron al Jaguar diciendo:

—Touie, ¿cómo van las cosas?

—Ya veis, por aquí —contesté estrechándoles la mano y pensando quiénes podrían ser. Resultó que habíamos estado juntos en el Ejército. Dejé el Jaguar y los llevé al bar de Frank, donde les invité a cerveza, mientras charlábamos sobre la tierra prometida y los viejos tiempos. Me marché después de la segunda cerveza, luego volví a la calle Treinta y uno y toqué el timbre cinco veces. Una

mujer bajita de color café y de ágil aspecto me abrió la puerta al momento. Tenía el rostro avejentado y las manos estropeadas, pero sus ojos eran jóvenes y su forma de hablar excitada como si fuera una chiquilla. Cuando le pregunté:

—¿Es usted la señora James? —se apresuró a decir:

—Usted debe de ser el muchacho de Chicago que me dijo Esther, el amigo de mi prima Jane. ¿Cómo está mi prima? Siempre estoy pensando en escribirle, pero… perdone, por favor, pase.

El estrecho pasillo necesitaba pintura, había una alfombra deshilachada en las escaleras de madera, una trampa en caso de incendio. Parecía que estábamos solos, de forma que le dije:

—No conozco a su prima, señora James —y le enseñé mi insignia—. Negarse a pagar la cocina-frigorífico es igual que robar.

Pareció envejecer en la fracción de un segundo, se encogió a la vez que se apoyaba en la pared, como si yo la hubiese golpeado en el estómago. El rostro se volvió de un moreno enfermizo, pero después de un momento sus ojos se enfurecieron a la vez que reaccionaba, parecía hervir.

—¡Malditos lameculos! ¡Esos tipos de la ciudad siempre pueden arreglárselas para encontrar a uno de los nuestros para que haga de Judas! Yo nunca…

—¡Cállese! —exclamé, los dos tratábamos de hablar en voz baja, la de ella era como un silbido.

—¿Por qué? —preguntó levantando el rostro—. ¿Por qué tengo que callarme? ¿Vas a pegarme? Inténtalo. ¡Yo sería la última mujer de color a la que pegarías!

—Tranquilícese, señora James. Yo me limito a cumplir con mi trabajo. Déjese de grandes palabras acerca de esos «hombres» y de que alguien la está amenazando. Si usted tuviese una tienda y alguien intentase timarla, sería la primera en poner el grito en el cielo. Escúcheme, sé que es una persona decente y trabajadora, y yo estoy seguro que nunca hubiera pensado en robar, pero…

—¿Robar? ¡Esos de la compañía sí que son unos ladrones! Ya he pagado trescientos veinte dólares por la cocina, más el interés y el pasaporte. Cincuenta dólares de entrada y veinte al mes. Y ahora escúcheme: al mes siguiente, entiéndalo bien, ¡al mes siguiente!, después de haberla comprado, veo una cosa exactamente igual en Macy ¡por ciento cuarenta dólares!, ¿qué le parece? Me acerco a la

compañía y, ¡maldita sea!, ellos la están vendiendo por doscientos sesenta. Bien, me decidí, yo tengo que trabajar mucho y no estoy como para regalar dinero. Les había pagado ciento cincuenta dólares, además de esos impuestos asquerosos y desde luego no pienso darles nada más.

—Señora James, ¿por qué se mete en esas compras a crédito? Es más barato comprar algo directamente en una tienda.

—¡Habla como si yo tuviese la cabeza de chorlito! ¿De dónde voy yo a sacar ciento cuarenta dólares de una vez? Tengo que comprar a plazos. ¿Cree que me sobra algo de lo que me pagan en el hospital? ¡No dice más que tonterías, chico!

Me sentía mal y al mismo tiempo furioso, furioso contra ella. La mayoría de esas compañías de crédito ganan el dinero liando a los pobres. Sentía que esta mujer fuera tan estúpida; seguramente hubiera podido ir a unos grandes almacenes y haber comprado el trasto. No sé por qué, pero sucede que los que menos tienen siempre acaban pagando más. De todas formas, no era asunto mío, de forma que le dije:

—Mire, señora James, vamos a hablar racionalmente. No tiene usted que decirme cuánto trabaja, ni que seguramente paga demasiado por su habitación, por la comida y por todo. Pero nadie la obligó a comprar esta cocina-frigorífico. Es verdad que no ha hecho una buena compra, pero usted es una persona adulta y ha firmado un contrato. No tengo que recordarle que la Ley está del lado de los otros. Ellos pueden llegar hoy y llevarle la cocina y usted no tendrá un apoyo legal. Es un lío, pero se metió en él con los ojos bien abiertos. Ahora tiene que decidir qué es lo que va a hacer: perderlo todo o ponerse al día en el pago —las palabras me sabían amargas conforme las iba pronunciando. Ella empezó a llorar con pequeñas y dolidas lágrimas.

—Cualquiera tiene derecho a vivir decentemente y a sacarle a la vida un poco de alegría y…

—Un ladrón que amenaza a alguien con una pistola podría decir lo mismo.

—¡Yo no soy una ladrona! No se le ocurra llamarme eso. ¡Jamás he hecho nada malo en mi vida! Usted es… es un negrazo bastardo —sus ojos húmedos me miraban furiosamente al añadir—: No había insultado a nadie así en mi vida, si no es verdad que me quede

muda, pero se lo llamo a usted que tiene la piel tan negra como la mía.

No me hubiera sentido peor si me hubiera escupido en la cara.

—Señora —murmuré— yo me limito a hacer mi trabajo, una rutina…

—¿Trabajo? ¿Es un trabajo torturar y ayudar a que engañen a su propia gente? Los tipos de la ciudad se llevan la tajada mientras usted rebuzna sobre su trabajo y se lleva las sobras. Está bien, dígales que les enviaré el dinero mañana, me pondré al día. Y ahora, ¡quítese de mi vista!

—¿Cuánto debe todavía?

—Unos ciento setenta dólares. Váyase. Ya le he dicho que lo voy a pagar.

—¿Cuánto puede pagar hoy?

—¿Qué es lo que quiere? ¿Mi sangre?

—¡Por el amor de…! ¡Déjese de tonterías! Estoy intentando ayudarla. Quizá pueda llegar con ellos a un arreglo.

—Bien, aunque no tenía intenciones de pagar he ido guardando el dinero de los plazos. Supongo que les podría dar cien dólares al final de la semana.

—¿Hay por aquí un teléfono?

Me señaló el vestíbulo. Había un teléfono público detrás de la escalera. Telefoneé a Bailey y le dije:

—Ted, estoy con la señora James. Está muy mal. Se encuentra enferma y sin trabajo. No creo que pueda trabajar en unos meses. Debe ciento setenta dólares, pero piensa que una amiga le puede prestar cien, si la compañía acepta. De lo contrario se tendrían que llevar el compacto que ya no está en buenas condiciones. Esos cien son lo único que tiene en el mundo, todo lo que puede reunir. Aconsejo que lo acepten. Lo puede pagar dentro de un día o dos.

Ted me dijo que preguntaría y me llamaría, le pedí que se apresurase y que recordase a la compañía que ya habían conseguido ventaja en la venta, que el compacto se estaba vendiendo ahora por la mitad de lo que le habían pedido a esta señora.

Encendí la pipa y esperé en el estrecho pasillo sin que ninguno de los dos hablase. La señora James me miraba con ojos sombríos, aborreciéndome con toda su alma, a mí y a mi elegante traje. Eran las cuatro y diecisiete. Si seguía haciendo el tonto con este caso

poco importante iba a perder a Thomas a su salida.

Al final se llamó Ted y dijo que de acuerdo. Quería hablar con la vieja y ella le dijo que enviaría el dinero por correo al final de la semana.

—Sí, sí. Lo comprendo. Naturalmente. ¡Sí! —cuando colgó, dando un golpe, le dije:

—Ahora, señora James, cuando vaya a pagar asegúrese de que le dan un recibo donde ponga «totalmente abonado». O si lo envía por correo, diga en el banco que le den un cheque y en el respaldo usted escribe «Último pago por el compacto de cocina-frigorífico, según lo acordado». La próxima vez que vaya a comprar algo tómese tiempo suficiente para pensar qué es lo que va a hacer y luego no se queje.

—¡Váyase! Ya ha terminado su trabajo.

—Me he arriesgado por usted y le he ahorrado setenta dólares, señora James.

—¿Está esperando la propina?

—Desde luego que no, pero por lo menos… Hice lo que pude. Comprendo la situación en que se encuentra, en la que nos encontramos todos.

—Gracias. ¡Gracias por nada!

Me encogí de hombros, me puse el sombrero y me dirigí a la puerta. Se quedó al pie de la escalera, mirándome, todavía como si yo fuera una basura. Salí, cerrando de un portazo y conduje hacia el centro. Había mucho tráfico y ya eran más de las cinco cuando llegué a la agencia de transporte. Me dirigí hacia Brooklyn maldiciendo camino de la escuela de soldadura, pero luego cambié de parecer y aparqué en doble fila delante de la cafetera de la calle Veintitrés. Thomas estaba cenando dentro, su camarera revoloteando alrededor de su mesa, ambos reían y charlaban.

Me sentí un poco mejor hasta que legó un policía preguntando qué era lo que estaba haciendo. Era viejo, con un rostro blanco lleno de venillas rojas y una obvia dentadura falsa. Al hablar, la parte inferior se le movía, le dije que estaba esperando a un amigo y me contestó que no podía estar en doble fila en la calle Veintitrés ¿no lo sabía? Contesté que lo sentía y puse el Jaguar en marcha,

pero él me pidió el carnet. Si hubiera tenido la cabeza de celofán no hubiera visto con más claridad las ideas barajándose en su cerebro de gallina: un tipo de color en un coche caro, tiene que tratarse de un robo. Le enseñé el carnet y mi chapa de registro, rezando para que a Thomas no se le ocurriese mirar por la cristalera. El guardia gruñó:

—Le multaré la próxima vez que le pille aparcando en doble fila —y me devolvió el carnet.

—No lo dudo.

—¡Póngase chulo y le multo ahora mismo!

—Pero ¿quién se está poniendo chulo? Usted me dijo una cosa y me he limitado a contestarle —dije, escurriéndome hacia dentro; toda la furia que había sentido en casa de la señora James hervía en mi interior. Sacó su libro de notas y amenazó:

—Voy a tomar nota de su nombre y de la matrícula, listo. Puede estar seguro que no se me va a olvidar —su labio inferior se movía como el del muñeco de un ventrílocuo.

Cerré el pico; no existía razón para que me complicase en una multa. Cuando terminó de garrapatear le pregunté:

—¿Puedo irme?

—Sí —gruñó otra vez.

Encontré un sitio para aparcar en la Novena Avenida y retrocedí andando para situarme frente a la cafetería, diciéndome a mí mismo que era idiota por hablar con el policía; si me veía ahora podía empezar otra batalla verbal.

Thomas tardó bastante en comer y a mí me estaba entrando apetito. Finalmente él y la señorita Burns comprobaron sus relojes y él salió y subió a su habitación, yo me paré en la esquina, desde donde podía observar su casa sin ponerme en evidencia. Salió a las siete, con camisa y corbata bajo la guayabera y muy bien cepillado su cabello rubio. Recogió a su chica frente a la cafetería y cruzaron la calle para entrar en el cine.

Telefoneé a Kay, pero Bárbara me dijo que no estaba, por lo que le dejé el recado de que todo estaba bajo control. Bobby no hizo preguntas. Llamé a Sybil para preguntarle si le apetecía comida china, pero me dijo que ya había comido y que me haría una cena, que llevase cerveza.

Después de dar varias vueltas alrededor de la casa de Sybil. en

círculos cada vez mayores, encontré un lugar donde aparcar, compré un par de botellas de High Life. Sybil me sirvió un plato recalentado de estofado, arroz pasado, pan de ajo y ensalada. Tenía rulos en el pelo, lo cual es algo que odio, pero por lo demás se encontraba de buen humor y no mencionó Correos ni una sola vez. Yo no dejaba de pensar en la señora James y se lo conté a Sybil, la cual me comentó:

—¿Qué puedes esperar de los negros de clase baja? —sólo que no dijo la palabra «negros», de forma que me sentí hervir y ella vino a sentarse en mis rodillas y empezó a besarme dulcemente, preguntando entre besos:

—¿Qué le pasa a mi Touie grandote?

Desde luego era un procedimiento diabólico, pero efectivo. Yo miraba su cara bonita mientras acariciaba su hermoso cuerpo y, pensando en el trabajo de televisión, me preguntaba a mí mismo el motivo de sentirme tan enfadado.

Después de que yo fregara los platos, bebimos cerveza y vimos televisión. Empezamos a jugar a las cartas mientras esperábamos el combate que iban a retransmitir. Sobre las once, después de las noticias, cuando nos acomodábamos para ver una película inglesa, sonó el teléfono. Sybil contestó y dijo que era para mí. Era Ollie.

—Sabía que te encontraría allí, viejo. Mira, te acaba de llamar una mujer que dice que es la señorita Robbens. Que era muy importante que te localizara en seguida. Le dije que sabía dónde estabas y ella me dio este recado para ti: que tienes que encontrarte con ella en la habitación de Tutt, dentro de la habitación, exactamente a las doce.

—¿Dentro de la habitación? Ollie, ¿seguro que lo has entendido bien? ¿Dentro de la habitación?

—¿Tú también? Voy a tener que despedirme como secretaria privada. Mira, escribí el recado y ella me lo hizo incluso repetir por teléfono. Parecía nerviosa, no dejaba de preguntarme si era seguro que te podía localizar. Le dije que no se preocupara, que te daría su recado. ¿Lo has entendido, sabueso? Exactamente a medianoche en la habitación de Tutt. Piensa que no te queda mucho tiempo.

—Sí. Tienes razón. ¿Tengo que entrar en la habitación? —oí suspirar a Ollie.

—Ya te lo he dicho, tomé nota de todo, se lo leí a ella luego. Te

lo estoy leyendo ahora, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. Gracias, Ollie.

Colgué y llamé a Kay. Contestó Bárbara con voz medio dormida. Me dijo que Kay había salido, que no la había visto desde la mañana. Repentinamente preguntó con nueva vivacidad:

—Touie, ¿no has visto a Kay esta noche?

Le dije que no y colgué. Mientras me ponía la corbata y los zapatos, Sybil inquirió:

—¿Qué pasa?

—No lo sé.

—Pareces preocupado.

—Y lo estoy. Algo ha pasado en este asunto de la televisión de la Avenida Madison, algo que no acabo de entender —seguía pensando que si Kay quería que nos encontrásemos en la habitación de Thomas era que el secreto había dejado de serlo y que el montaje publicitario se había esfumado…, y que yo había perdido el trabajo.

—Si estuvieras trabajando en Correos no tendrías que marcharte a perseguir a nadie a medianoche o…

—Vamos, vamos, cielo —le dije besándola—, quizá vuelva luego.

—No, no lo hagas, no me despiertes; tengo que tener tiempo mañana para ir de compras antes de entrar a trabajar.

—Te llamaré entonces como siempre a la telefónica.

Eran las once y dieciocho cuando salí a buscar el coche, pero tomé un taxi en Broadway, no iba a poder jugar al escondite buscando un sitio donde aparcar en el centro. Saqué mi agenda, Thomas-Tutt tenía la habitación 3 del piso 2F. ¡Maldición! Si perdía el trabajo tendría que devolver parte de lo que me habían dado y me quedaban menos de cincuenta dólares, aunque Kay había dicho que un mínimo de un mes. Desde luego, desde un punto de vista legal, no tenía por qué devolver ni un céntimo, pero quería conservar la buena voluntad de Kay. Si había habido un chivatazo, ¿por qué decirme que fuese a la habitación de Thomas? Kay podía haberme telefoneado que todo se había terminado y se acabó. O ¿el citarme en la habitación quería decir que todavía estaba trabajando?, o…

Me senté bien derecho a la vez que el chico del volante corría por la autopista sobre dos ruedas. Esto sólo podía significar una cosa: ¡Thomas se había esfumado!, se había olido el asunto y yo había tenido la culpa. Yo y mi gran agencia de detectives no éramos capaces de hacer un simple trabajo de seguimiento. Pero, ¡demonios!, ella me había dicho que solamente tenía que comprobar dos veces al día dónde se encontraba hasta que su caso fuese televisado. Yo le había visto meterse en el cine con su chica hacía unas pocas horas y, a menos que fuese más inteligente de lo que parecía, no se estaba preparando para marcharse. Y además ¿cómo lo iba a saber Kay? ¿o tenía a alguien más siguiendo a Thomas? ¿o me estaba siguiendo a mí?

Pagué el taxi junto a la esquina. Faltaban todavía siete minutos para las doce. La casa y el bloque estaban silenciosos. Me detuve un momento frente a la casa. ¿Por qué exactamente a medianoche? Dos borrachetes de mediana edad salieron y me dirigieron la «mirada habitual», pero con ojos algo vidriosos. Doblaban la esquina y se volvieron a mirarme, murmurando algo, a la vez que yo subía las escaleras de entrada.

Me paré frente al piso 2F, un pasillo oscuro y tortuoso que olía a comida rancia y a diversos sudores humanos. Harlem no tiene el monopolio de casas deprimentes. Probé el pestillo, no estaba cerrado. Otro pasillo más estrecho y más sofocante todavía, con puertas a ambos lados. Un sucio «3» de metal sobre una de ellas, la más cercana a la salida. Escuché y no oí nada, pero se veía luz a través de la ranura inferior. Golpeé suavemente, esperé unos segundos y luego di la vuelta al pestillo, la puerta se abrió. Supongo que en el momento en que vi la desordenada habitación me di cuenta de todo. Pero me costaba trabajo creerlo.

Se trataba de una habitación pequeña, sólo había una cama y una cómoda metálica cuyos cajones habían sido sacados y el contenido revuelto. Thomas parecía estar dormido en la cama, con las mantas sobre su cabeza. Tuve la repentina y angustiosa idea de que la persona que estaba en la cama pudiese ser Kay. Cerré la puerta y salté sobre los pantalones de Thomas y sobre la chaqueta que estaban en el suelo y entonces me di cuenta de la sangre todavía húmeda en la almohada grisácea. En el suelo había un par de tenazas también manchadas de sangre.

Retiré la ropa de la cama y pude ver la aplastada nuca de Thomas. Tenía la cara vuelta hacia abajo y había sangre en la cabeza y los hombros, sangre húmeda todavía. Incluso había salpicado la fea pintura rosa de la pared detrás de la cama.

Me quedé inmóvil, sujetando por largo rato las ropas con la punta de los dedos, sabiendo que tenía que pensar en algo rápidamente y asustado de lo que me estaba viniendo a la mente. No era necesario ser detective para darse cuenta de lo que esto significaba.

Creo que permanecí allí unos segundos, o quizá fueron minutos. Oí pasos en la escalera, en la entrada primera. En el fondo de mi mente, la única porción de mi cerebro que se mantenía alerta, esperaba esos pasos. Dejé caer la manta a la vez que se abría la puerta; apareció un policía blanco de rostro grueso. No estaba esperando un muerto, pero cuando se fijó en la ensangrentada cama sacó la pistola del bolsillo de su grueso abrigo azul, como si tuviese las manos articuladas. Con voz profunda dijo:

—Mantenga las manos a la vista, arriba, ¡negro hijo de perra! Te he cogido con las manos en la masa —se trataba probablemente de mi imaginación, pero yo diría que se sentía casi feliz pensando en un ascenso.

Lo que yo había imaginado desde que me llamara Ollie se presentaba ahora claramente: me habían preparado el escenario. Ahora sentía la mente clara y pensaba con rapidez. La Policía se enteraría de la pelea en la cafetería cuando fuesen a preguntar a la escuela, el policía de Brooklyn se acordaría de mí y también el que quería multarme a la hora de la cena. Y los dos borrachos que me habían visto entrar en la casa unos minutos antes. Me habían pillado bien.

Mantuve los brazos arriba, los hombros levantados. El policía estaba solo, probablemente era el de la vigilancia del distrito. Exactamente a medianoche. La coordinación era sencilla, una llamada telefónica a la policía a las doce menos cinco diciendo que había jaleo en la habitación 3 del piso 2F y vienen y me detienen. Lo habían preparado a sangre fría.

Me estaba mirando fijamente, esperaba que yo dijera algo, pero no me molesté en hacerlo. Todo se reducía a un policía blanco y a mí, que era negro y además él llevaba en sus manos la «diferencia».

Hubiera sido estúpido tratar de explicar nada… lo mejor era permanecer quieto y callado.

En aquel instante se me vino a la memoria algo que mi viejo solía decir: «La vida de un negro es como basura, porque no tiene derechos que el hombre blanco crea que se deben respetar. Esta es la ley, la Decisión de Dred Scott, hijo mío. No te olvides de eso.»

Lo estaba recordando, sabía que a un movimiento mío me mataría inmediatamente.

—¿Por qué no os quedáis en Harlem, ladrones, allí es donde pertenecéis? ¿por qué venís aquí a robar y matar a la gente? —su voz era chillona y se veía la ira en su rostro blanco al dar un paso en mi dirección.

A una distancia precisa levantó la pistola para golpearme en la cabeza. En el momento en que alejó la pistola de mi rostro yo, con una acción refleja, sujeté rápidamente por la muñeca la mano con que sostenía la pistola. Golpeé con mi rodilla derecha su ingle y con esa misma mano le golpeé la mandíbula.

No pudo ni disparar al techo; cayó al suelo como un fardo, quejándose con la boca abierta, tratando de respirar. Salté sobre él, cerré la puerta y bajé las escaleras lo más silenciosamente que pude.

AYER

5

La calle estaba vacía. Traté de evitar que mis temblorosas piernas emprendieran una carrera al dirigirme a la Séptima Avenida. El reloj de un escaparate indicaba que eran las doce y nueve minutos. Anduve una manzana, paré un taxi y le dije que me llevase a Gran Central Station.

Estaba claro, me lo habían preparado todo muy bien, había sido una trampa perfecta. No me preocupaba solamente el asesinato. Para la Policía yo había cometido un crimen peor: había pegado a un agente. Me hubieran vuelto loco a palos en la comisaría, antes de cargarme incluso con el asesinato. Era una trampa en la que no había ni un resquicio de escapatoria. No tenía ni la más ligera coartada. Juzgando por la sangre todavía fresca, habían matado a Thomas diez o quince minutos antes de que yo llegara. Todo preparado, hasta los más pequeños detalles. Habían acabado conmigo. Como si estuviese muerto. Y con la paliza que le había dado al agente me podía considerar más que muerto.

Lo peor de todo es que yo sabía quién era el asesino, pero eso no me ayudaba. Naturalmente, tenía que ser Kay. Todo encajaba: la elección de un detective de color, sabiendo que aceptaría; el gran secreto; el haberme pagado dinero de la «caja pequeña»; ni siquiera hubiera podido probar que estaba trabajando para ella. Pero, ¿qué podía tener Kay contra Thomas? ¿Era mentira todo aquel montaje televisivo?

Al llegar a la estación y pagar al taxista, comenté que esperaba llegar a tiempo de coger el tren para New Haven. La Policía

empezaría enseguida a comprobar todos los taxis.

Crucé la estación y después bajé por Lexington, camino de casa de Kay. Estaba confuso realmente. De alguna forma no lograba encajar la idea de Kay asesinando de esa manera, aplastando la cabeza de un hombre con unas tenazas. Hubiera podido imaginarla con una pistola, pero no acercándose lo suficiente como para darle en la cabeza. Esto no era lógico, pero todo lo demás acusaba a Kay. Me estaba arriesgando al tratar de verla. Podría entrar en su casa y encontrarla llena de policías: naturalmente, me estaría esperando y me habría tendido una trampa. Pero difícilmente podría verme más comprometido de lo que ya estaba ahora y tenía que verla, enfrentarme con ella. Se trataba de mi única esperanza: esos asesinos que tan cuidadosamente preparan todo, algunas veces lo hacen demasiado bien y se equivocan.

Me quedé parado en la esquina, no había nadie cerca de su casa. Anduve rápidamente camino de la entrada. No podía arriesgarme a tocar el timbre para que abriesen. Se trataba de una puerta antigua. Sujeté el pestillo con una mano y me retiré un poco para darle, justo bajo ese picaporte, un golpe de cadera. Se abrió con un ruido apagado que pareció aumentar en el silencio. Esperé; las puertas de los apartamentos del piso bajo no se abrieron. Entré. No se había estropeado mucho la cerradura, logré cerrarla. Tomé el diminuto ascensor hasta el piso de Kay y toqué el timbre.

No se oía nada. Llamé nuevamente con un timbrazo prolongado. Hubo un rumor de pies en zapatillas que se aproximaban a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Bárbara.

—Soy Touie.

—¿Quién…? Oh, es muy tarde —dijo abriendo la puerta.

La empujé y cerré. Llevaba un pijama rojo muy fino y parecía cansada, quizá algo bebida. La cogí y la hice sentarse en la silla más próxima, diciéndole:

—Estate quieta un momento —recorrí el apartamento, conservando las puertas abiertas para ver si se acercaba al teléfono. Bobby se encontraba sola.

Cuando volví al salón, ella estaba intentando esconder un cigarrillo con manos temblorosas.

—¿Qué significa esto?

—¿Dónde está Kay? —pregunté, ya junto a ella.

—Eso es lo que yo quisiera saber. No, realmente no quisiera saberlo.

La cogí por los delgados hombros y la sacudí;

—No te hagas la lista, ¿dónde está?

Bobby se rehízo y trató de retirar mis manos mientras preguntaba:

—¿Qué derecho tienes a ponerme las manos encima?

Bajo otras circunstancias hubiera sido para reírse. Volví a sacudirla.

—¡Maldita seas!, a ver si se te pasa la borrachera. Estoy en un aprieto ¿Dónde está Kay?

—Tomé unas pastillas para dormir hace un rato; no tengo las ideas muy claras. Realmente no sé dónde está Kay. ¿Qué problema tienes, Toussaint? ¡Qué nombre tan bonito! Me gustaría tener un nombre…

—Han matado a un hombre y la Policía me está buscando a mí, ¿entiendes eso? ¡Asesinato! Kay me tendió una trampa.

Los ojos de Bobby brillaron, se puso casi normal.

—¿Kay? Oh, no. Kay puede ser tonta o egoísta, pero no es mala. ¿Se trata de verdad de un asesinato?

—Sí, ¡maldita sea!, de verdad.

—¿A quién han matado? —abrió los ojos y trató de ponerse en pie a la vez que decía— ¡Kay no! —y levantó la voz para gritar.

La volví a sentar.

—Déjate de tonterías y despiértate. Se trata del chico que Kay me pidió que siguiera, le han matado. ¿Qué sabes acerca de ese asunto de la televisión?

—Todo. Siento haber estado a punto de estropearlo la noche pasada. Kay se enfadó mucho conmigo, como si yo…

—Bobby, escúchame. No tengo tiempo para charlar. No tengo tiempo para nada. ¿Dónde está Kay?

—Con uno de esos que llaman hombres.

—¿Con quién? ¿Con su marido?

Me dirigió una mirada sostenida y luego, echando la cabeza hacia atrás, rompió a reír histéricamente. La sacudí con fuerza y dijo:

—Está con ese escritor marica, Steve. Yo soy su marido —dijo

esto último con cierta dignidad en su voz. Sus ojos parecían orgullosos al mirarme y añadió sobriamente—. Sí, soy lo que en nuestro mundo se conoce como el macho. Y ahora, ¿qué tontería es esa de que Kay te ha tendido una trampa?

—Dejó un recado en mi oficina para que fuese a la habitación de Thomas a medianoche y le encontré muerto; unos segundos después entró un agente. Todo encaja: la razón de que Kay me contratase a mí sabiendo que un negro es fácil de localizar. Todo un montaje. Pero voy a encontrarla y le sacaré la verdad, sabré si…

—¿Quieres decir que Kay mató a ese hombre? —interrumpió Bobby estrujando el cigarrillo en el cristal de la mesa.

—Tú lo estás diciendo, no importa la manera en que lo expreses.

—Pero… eso es ridículo. Y además Kay no fue la que te eligió para este trabajo, fui yo.

—¿Tú? No quieras cubrirla. Bobby, no quiero ponerme bruto, pero no es momento de bromear.

—No estoy bromeando. Te estoy diciendo la verdad. Fui yo quien conoció a tu amigo Sid en una fiesta y no sé por qué me habló de ti. Kay me había contado ese asunto de la publicidad, de que iba a contratar a un detective. Estaba muy emocionada… y… yo sabía que estaba nerviosa. Yo lo he visto otras veces. De vez en cuando se va con un… hombre. Desde luego, vuelve corriendo a mí, después de una o dos noches, pero vivo en una pesadilla pensando que quizá no regrese. ¿Puedes comprender lo que amo a esa chica?

—Déjate de historias de amor, ¿cómo me encontraste?

—No. Tú no puedes comprender lo que Kay significa para mí. Simplemente, me limité a hablarle de ti, sabiendo muy bien que a ella le gustaría que fueses… negro. Me puse muy contenta cuando te vi anoche, tus músculos, tu… virilidad. Eras perfecto para el asunto.

—¿Asunto? ¿De qué diablos estás hablando?

—Querido Toussaint, ¡qué hermoso nombre!, creo que es obvio. Cualquier relación entre Kay y tú solamente podría ser temporal, no llegaría nunca a nada… tú eres negro.

—Bien… ya me has contado suficiente, ¿dónde está Kay ahora?

—Dondequiera que esté es culpa tuya. Estuvo sobándote toda la noche de forma provocativa, pero tú no reaccionaste. Ahora está pasando la noche en algún hotel con ese tipo horrible, Steve. Eso es

lo que me preocupa, a Kay le suelen gustar los tipos duros.

—¿En qué hotel?

—Te aseguro que no lo sé.

Volví a sacudirla.

—¡Maldita seas! Esto no es un juego. ¿En qué hotel?

La verdad es que mientras la sacudía veía agitarse sus pechos, pero su voz dura, casi una voz de hombre, me gritó:

—¡Quítame las manos de encima! Te he dicho que no lo sé. Si lo supiera, ¿te imaginas que me iba a estar aquí sentada? Iría y la traería a casa arrastrando.

Anduve por el salón pensando. Si Bobby me estaba diciendo la verdad, y sentía que era sincera, esto desbarataba mi idea de que Kay me había preparado una trampa. Pero, si no era Kay, ¿quién era y por qué a mí? ¿Quién había podido saber que yo estaba siguiendo a Thomas? Se suponía que todo era alto secreto, sólo Kay y su jefe… y Bárbara.

—¿Cómo se llama el jefe de Kay?

—No lo sé, algo así como Brooks Algo. Kay le llama B. H. —movió la cabeza—. Olvídate de él; ha estado en St. Louis inaugurando una nueva estación para Central. Kay dijo que la había telefoneado desde allí esa tarde.

—Dijiste que no habías visto a Kay desde ayer por la mañana.

—Me llamó a la escuela durante la hora de la comida, para decirme que… me iba a abandonar —Bobby empezó a llorar.

Me quedé allí escuchando su llanto por alguna razón estúpida. No sonaba fingido. Las cosas parecían sencillas cuando llegué aquí. Ahora yo era un idiota con una sola salida: encontrar a Kay y obtener la verdad de ella, pegarle si era necesario. ¿Y ahora?… No podía quitar a Kay de la lista, no hasta que no supiera dónde se encontraba cuando mataron a Thomas. Pero yo estaba seguro de que ella lo había preparado todo y ahora resultaba que no era así. ¿Ahora…? Me daba cuenta de que la única manera de salvar la cabeza era encontrar al asesino antes de que la Policía me encontrase a mí. Me sentía confuso: en parte aliviado e incluso animado con la idea de que Kay no me había traicionado y un poco asustado al darme cuenta de que me encontraba solo. Yo no era

realmente un detective, sino un forzudo, un fanfarrón, bueno para asustar a mujeres como la señora James. Y nadie sino yo, un detective medio burro, podía salvar mi vida.

Empecé a recorrer la habitación otra vez, tratando de pensar con lógica. Por lo poco que había visto a Tutt-Thomas parecía ser un tipo trabajador que había dejado atrás su pasado. Esto no quería decir que aquí no estuviera metido en un lío, pero no parecía probable… Estaba fichado, por lo tanto tendría cuidado. Si hubiera estado haciendo algo bajo cuerda, ¿para qué sudar en la agencia y yendo a una escuela profesional? No tenía mucho tiempo libre para meterse en líos. Era un hombre de costumbres fijas, un paleto, un provinciano… Solamente un punto podía tener sentido: algún antiguo conocido le había matado por venganza. Pero, ¿qué tenía yo que ver en esto? Y si era un antiguo conocido, ¿por qué había esperado tanto tiempo? Quizás acababa de encontrarle o quizás era alguien que acababa de salir de la cárcel un día o dos antes y había ido a matarle. Pero, ¿cómo iban a saber nada de Kay y de mí? Desde luego, Kay había dicho que ya habían entrevistado a gente en la ciudad natal de Thomas. Seguro que el tipo había estado esperando encontrar a Thomas hacía tiempo y esa idea de la televisión le dio una pista. ¿Supongamos que estaba siguiendo a Kay y a Thomas? Eso tenía sentido. Sin saberlo, Kay le había llevado hasta mí y hasta Thomas; desde ese punto de vista no era necesario ser un genio para cargarme a mí con el crimen.

Me sentí mejor, como si hubiera conseguido algo. Pero existía un cabo suelto que necesitaba atar.

—La escena era terrible —dije—. La cabeza de Thomas estaba abierta y toda la habitación revuelta.

Bobby no contestó, se había secado los ojos con la manga. Está bien, yo no estaba actuando inteligentemente, no la había cogido en mentira. Dejé de jugar a ser listo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Thomas?

—No lo vi nunca. Yo… —alzó los ojos para mirarme—. ¿Estás loco, Touie? ¿Primero acusas a Kay y ahora a mí?

—Mira: sólo hay cuatro personas que sabían que me habían contratado para seguir a Thomas. Kay, yo mismo, B. H. y tú.

—¡Por el amor de Dios! He estado en casa toda la noche. Lo sabes, tú me llamaste esta tarde y otra vez hace apenas una hora.

Después de llamarme la segunda vez, me tomé las pastillas para dormir.

Era suficiente para mí, aunque no fuera algo definitivo. No me imaginaba a Bobby con el coraje necesario para matar. Moví las manos.

—Tengo que considerar todos los ángulos, Bobby. Kay dijo que el programa de la televisión tenía un informe completo sobre Thomas, ¿te contó los detalles?

—Muy poco, me dijo algo de una violación. No me interesaban esos detalles sórdidos. Tiene algunas carpetas en su mesa. Kay trabaja algunas veces aquí por las tardes y por las noches.

La seguí hasta la habitación. En una mesa ovalada de ébano junto a una ventana había una máquina de escribir sobre una estantería cerca de la mesa. Ella empezó a mirar en la estantería y me dio una gruesa carpeta con una etiqueta muy bien mecanografiada que decía «TUTT-THOMAS».

Era un historial completo, nombres, fechas, entrevistas e incluso unas cuantas fotografías. Lo enrollé y lo metí en mi bolsillo. Me sentí casi feliz; realmente podía utilizarlo. Eso quería decir que tendría que ir a su ciudad natal, Bingston, en Ohio, y muy de prisa. No era mala idea tampoco, sería peligroso para mí quedarme en Nueva York.

—Me voy ya, Bobby, ¿puedo confiar en ti? ¿Vas a telefonear a la Policía tan pronto me marche?

—Seguro que no.

—Mi vida está en peligro, aunque te parezca melodramático. Necesito tiempo. ¿Crees que puedes convencer a Kay y al estudio de televisión que no digan nada de Thomas durante unos días?

—Kay tendrá que hacer lo que diga Central, pero como conozco a la televisión y el miedo que tienen a una publicidad adversa, sé que no harán ningún ruido a menos que no tengan más remedio. Toussaint, siento muchísimo que te veas metido en esto. De verdad que no creo que tú hayas podido matar a nadie.

—Gracias. —Íbamos caminando hacia la puerta.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Hubiera querido pedirle dinero, pero no me atreví.

—Bárbara, si esto se complica, si me cogen, nuestra historia será que yo pasé por aquí para estar un rato y que robé la carpeta

mientras tú estabas en el servicio. Eso te dejará fuera del asunto. Puedes hacer una cosa, busca a Kay y trata de que no diga nada —luego añadí una pista falsa—. Me limitaré a permanecer en la ciudad, escondiéndome, de forma que Kay no trate de buscarme.

Me estrechó la mano en la puerta y empezó a llorar otra vez al decir:

—Buena suerte, Toussaint. Ve con Dios.

Me sentía nervioso mientras bajaba en el ascensor. Miré la calle arriba y abajo, pero repentinamente me eché a reír y empecé a andar descaradamente hacia la Tercera Avenida y me puse en la parada del autobús. Me sentía bastante seguro. La Policía estaría buscando «un negro»; pero para los blancos todos somos lo mismo, lo cual me protegía. Excepto mi tamaño, que se ajustaba a la descripción del «negro corpulento» al que los periódicos acusan de todo por nada. No estaba en un gran peligro. Aunque el policía ya habría dado la descripción de cómo iba vestido.

Durante el camino hacia el centro leí los papeles de la carpeta con cuidado y tomé nota de lo que parecía importante. Decidí no arriesgarme a ir a casa. Solamente tenía treinta y ocho dólares encima. Necesitaba dinero, pero dudaba que Ollie conservase todavía lo de la renta que le había dejado. Me bajé en la calle Ciento cuarenta y nueve y me fui camino del Drive.

Tuve que tocar el timbre de Sybil cuatro veces antes de que viniera a la puerta en su camisón transparente, preguntando:

—¿Estás mal de la cabeza, Touie? Son casi… ¡las tres de la mañana! Te dije que me tenía que levantar temprano…

—Cariño, estoy en un aprieto. No te lo puedo contar… es mejor que no lo sepas. Pero tengo que marchame a Chicago y necesito dinero.

—¿Un aprieto? ¿Con esa mujer de la Avenida Madison?

—No me hagas preguntas, cielo. No tiene nada que ver con ella. Sybil, tengo que tomar un avión rápidamente. ¿Cuánto me puedes prestar?

Trató de despertarse.

—Tengo todavía los ochenta y cinco dólares que me diste.

—¿Nada más? —se acercó a un cajón y sacó su monedero; caminaba medio dormida.

—Sabía que era demasiado que tú me dieras dinero. Toma, aquí

tengo siete, ocho, nueve dólares más. Eso suma noventa y cuatro dólares. ¿Cuándo voy a volver a verlos?

—Pronto. Ahora, cielo, si viene la Policía y… —sus ojos se abrieron, repentinamente despiertos, al decir:

—¿Policía? Touie, ¿en qué clase de lío te has metido?

—No me hagas preguntas. Y para bien de todos no cuentes nada de esto. Pero si la Policía te interroga les dices la verdad. Que te he pedido dinero y que me he ido a Chicago y Canadá. Ahora tengo que darme prisa. Adiós, bonita.

—¿Pero…? Son noventa y cuatro dólares los que me debes Touie Moore.

—No te preocupes por ellos —le lancé un beso y me fui hasta donde había aparcado el Jaguar.

Conduje a través del puente de George Washington, casi esperando que hubiera controles. Me proveí de gasolina, aceite, agua y unos cuantos mapas de carreteras en la primera gasolinera que encontré. Sabía que iba a ser fácil encontrar mi Jaguar, el de la gasolinera lo recordaría. Pero no podía hacer otra cosa, excepto robar un coche o unas placas con otro número de licencia.

Pero yo no sabía cómo robar un coche. Hubiera sido sencillo coger las placas de matrícula de algún coche aparcado, pero podía ser un problema todavía mayor; si me paraban por haber saltado un semáforo o algo así y tenía que enseñar el carnet me pillarían. Lo mejor era mantenerme en el Jaguar. Si podía obtener algo de ventaja, la Policía no iba a poder descubrir la identidad de Thomas al momento y no sabrían nada acerca de mí hasta pasados dos días o así. Para entonces me podía considerar atrapado si no lograba alguna pista. ¡Diablos! El dinero que tenía no me duraría más de una semana.

A las cuatro y veinte de la madrugada empecé a cruzar Nueva Jersey hacia Pensilvania y Ohio. Conducía con cuidado, no muy de prisa y el Jaguar cortaba la carretera en la silenciosa oscuridad mientras yo pensaba cuánto tiempo podría conducir éste o… cualquier otro coche. Tenía la radio puesta, pero el asesinato no era lo más importante de las noticias. La mayor parte del tiempo conservé mi buen estado de ánimo, aunque de vez en cuando tenía

la duda de que yo no era un detective, sino que simplemente estaba huyendo.

A media mañana paré nuevamente para llenar el depósito, luego me metí en una carretera desierta de segundo orden y estuve andando para relajar las piernas que sentía agarrotadas. Hacía un día frío y soleado y era agradable caminar por la hierba y el polvo y llenar mis pulmones de aire limpio.

Estuve conduciendo hasta las doce y luego paré en un pequeño restaurante de carretera. Había varios camiones aparcados fuera, de forma que pensé que la comida sería buena. Detrás del mostrador una mujer, con cara de luna y el pelo blanco muy desordenado, estaba sirviendo a los camioneros. Cuando me senté en el taburete gritó como una gallina:

—¡No, usted no puede! Yo no admito aquí a los de color. ¿No ha visto el letrero? —señaló con su grueso dedo a una nota marcada por las moscas donde se leía: RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN.

Nos encontrábamos en Pensilvania, de forma que le dije:

—Eso es sólo un letrero. Aquí existe una ley de derechos civiles —yo no estaba seguro de que la hubiera o no y me encontraba demasiado cansado y nervioso para pensar con exactitud.

—Yo me guío por una ley mucho más importante: la ley de Dios. Si Él hubiera querido que usted fuese blanco nos hubiera hecho a todos iguales. Y ahora, ¡fuera!

Uno de los camioneros soltó una risita y me entraron unas ganas terribles de pegarle, tantas que pensé que iba a explotar. Pero eso era lo último que me convenía ahora. De forma que me puse de pie y le dije a la vieja bruja:

—Me equivoqué por culpa suya. Pensé que era un restaurante de color. Quiero decir que, al verla a usted con esa cara y ese pelo tan duro, apuesto cualquier cosa a que tiene tanta sangre de color como yo mismo. Es por eso por lo que entré, fue al verla a usted.

Salí mientras ella chillaba. Me sentía avergonzado de haber dicho semejante estupidez, pero yo también tenía necesidad de herir. Hay una cosa segura, como dice la canción, cuando te vas de Manhattan no vas a ningún sitio.

A la vez que daba la vuelta al Jaguar para enfilar la carretera, salió uno de los camioneros, distinto al que había soltado la risita, y

me dijo:

—Espere un momento Mac —se acercó al Jaguar y yo salí rápidamente, sabiendo que ya no iba a poder controlarme. Se trataba de un tipo pequeño, de complexión fuerte y con pecas en la cara. Llevaba un termo bajo el brazo y me lo alargó a la vez que decía:

—La vieja no está en sus cabales. Si quiere un poco de café caliente, tengo el termo lleno y le invito.

—Muchas gracias. Pero creo que podré tomar una comida decente en algún otro sitio. Gracias de nuevo.

—Como quiera. Seguro que es usted músico, ¿verdad?

—Sí. Voy camino de un trabajo ahora —contesté sentándome otra vez al volante y diciéndole adiós con la mano.

Paré en la ciudad más próxima y compré pan, queso y una botella de leche, y comí en el coche a partir de entonces. Los blancos están locos, pero yo hubiera estado peor todavía si me hubiera metido en una pelea precisamente ahora.

HOY

6

Íbamos conduciendo por polvorientos caminos vecinales, aunque con cuidado. Un Jaguar deportivo no está hecho para semejantes carreteras, Casi me había agotado de tanto hablar y ahora esperaba que ella dijese algo. Su silencio me ponía nervioso. Al entrar en una carretera ya empedrada me preguntó:

—¿Me dejas conducir? Nunca he llevado un coche extranjero.

Paré y cambiamos de sitio. Conducía con fría precisión y, al cabo de un rato, preguntó:

—¿Qué puedo hacer para ayudarte Touie?

—Lo primero que quiero es que comprendas dónde te estás metiendo. Me buscan, de forma que el ayudarme te convierte en cómplice de un crimen, o cualquiera que sea el término legal.

—No te preocupes por eso. Yo lo único que sé es que eres músico y que yo te estoy enseñando la ciudad.

—No va a ser tan sencillo una vez que empiecen a interrogarte.

—Hablas como si esperases que te cojan, Touie.

—Estuve pensando mientras venía aquí —dije, extendiendo mi mano sobre la rodilla—. No debo engañarme. La Policía de Nueva York es buena, muy buena. Me imagino que ya me han identificado y habrán enviado órdenes de captura por correo. Bonita, necesito tu ayuda, la necesito mucho, pero al mismo tiempo no quiero perjudicarte.

—Quiero ayudarte. Con respecto a todo lo demás, creo que no nos debemos adelantar a los acontecimientos —y se metió en un camino polvoriento y lleno de baches.

—Conduce despacio, se puede romper la transmisión con alguna piedra.

Condujo durante unos cientos de metros y luego se detuvo.

—¿Por dónde empezamos?

—Contéstame a unas pocas preguntas. ¿Ha abandonado May Russell la ciudad recientemente?

—No, que yo sepa.

—¿Te hubieras enterado?

—Sí y no. Realmente hace varias semanas que no la he visto, pero en un sitio pequeño el que alguien haga un viaje es un acontecimiento, de forma que me hubiera enterado.

Eso no quería decir nada. Podía haber volado a Nueva York y luego volver en menos de una tarde.

—Y… ¿sus clientes? ¿Se ha ausentado alguno de ellos de Bingston hace poco?

Sonrió. Tenía la boca pequeña y sus gruesos labios parecían formar un constante puchero.

—Si vamos a hacer caso de los rumores, todos los blancos de la ciudad son clientes de May. No me he enterado de que nadie haya abandonado Bingston desde hace meses. Pero mañana te acompañaré a ver a alguien que te puede decir todo lo que quieras saber sobre May. También te puede contar muchas cosas sobre Porky Thomas. ¿Qué hacemos mientras tanto?

Saqué los papeles de la televisión y los puse bajo la luz del tablero.

—Cuando Thomas iba a la escuela, con una pedrada produjo una conmoción a un tal Jim Harris, ¿dónde está Harris ahora?

—En América del Sur. Se marchó de Bingston hace años, fue a la universidad y se hizo ingeniero petroquímico. Sé que está todavía en Sudamérica. Mi padre colecciona sellos y coge los de las cartas que Harris envía a su familia, que sigue aquí.

—Bien, en el año cuarenta y ocho Thomas estuvo en la cárcel junto con Jack Fulton por robo. En el cuarenta y cinco, él y Fulton estuvieron en un reformatorio. ¿Conoces a Fulton? —Frances asintió.

—Murió en Corea. Su nombre figura en la placa de bronce junto al asta de la bandera de la escuela. ¿Qué más?

Taché el nombre de Fulton. Pero el problema era que quedaba

muy poco más.

—No tiene nada que ver, pero supongo que Thomas habría evitado el servicio militar también. ¿Le llamaron a filas?

—No lo sé. ¿Qué otra cosa hay?

Parecía como si estuviésemos jugando a los acertijos. Volví a guardarme los papeles en el bolsillo.

—Eso es todo. ¿Estás segura de que nadie, quiero decir, nadie que conociera a Thomas de verdad se ha marchado de la ciudad en el último mes o dos?

—Nadie se marcha de Bingston o viene. Mi padre lo sabría si alguien se hubiera marchado o… ¡Se me olvidaba! Las hermanas McCall, un par de solteronas maestras de escuela. Vendieron su casa hace dos meses y se fueron a California, pero no creo que te interesaran. Aunque cuando Porky tenía unos diez años se supone que pellizcó el trasero de Rose McCall.

—Era un gamberro completo. Mira, ¿puedes acordarte de alguien que fuera amigo de Thomas, o de alguien que le odiase?

—¿Odiarle? Mucha gente le despreciaba. Yo misma. Era un bichejo asqueroso, pero no creo que la mayoría de la gente le prestase suficiente atención como para odiarle. Pero este amigo que vamos a ver mañana te contará más cosas acerca de esto. ¿Qué más?

—Eso es casi todo, hasta que veamos a ese amigo. No te quedes tan defraudada, a mí también me gustaría tener algo más que preguntar.

—Es que tengo el cerebro lleno de televisión. Creí que íbamos a tomar huellas dactilares y… cosas de esas —puso el Jaguar en marcha y condujo muy despacio. Dimos un giro en la carretera y nos encontramos con una casa y un granero que se destacaban a la luz de la luna. Paró el coche.

—Touie, yo no quiero decirte lo que tienes que hacer, pero creo que deberías librarte de este coche. No lo ha visto mucha gente, pero estoy segura de que va a ser una sensación en Bingston. Esta es la granja de mi tío Jim. ¿Suponemos que hemos tenido avería mientras yo te estaba enseñando los alrededores?

—Como quieras, pero, ¿cómo volveremos a Bingston?

—Le pediré a mi tío uno de sus cacharros. Tu Jaguar estará a salvo aquí. Y no te olvides de que eres el señor Jones.

—De acuerdo, señorita detective —saqué una pequeña llave inglesa de la caja de herramientas y me agaché para desconectar los cables debajo y detrás del cuadro de instrumentos, con cuidado de no perder los tornillos y tuercas.

Anduvimos hacia la casa que estaba en tinieblas. Se trataba de un edificio de dos pisos muy destartalado. Un par de perros vinieron a ladrarnos. Frances me dijo:

—Quédate quieto, no te harán nada —empezó a hablar a los perros dulcemente, como a niños, y ellos agitaron sus largas colas y se acercaron a olisquearme de arriba abajo.

Apareció una luz oscilante en la ventana más alta y al abrirse apareció el cañón de una escopeta, seguido por la cabeza anciana de un hombre de color que preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, tío Jim, Frances.

—¡Dios mío!, ¿pasa algo en casa? Bajo en un minuto —cerró la ventana y le oí gritar «Es Frances», y la casa se llenó de ruidos y luces que oscilaban.

—¿No ha llegado todavía la era de la electricidad aquí? —pregunté como si fuera cosa de mi incumbencia.

—Esa es la lucha de esta casa. El viejo Jim es roñoso, tiene la manía del ahorro. Cree que lo que es bueno para él es suficiente para la familia y el resto de esa vieja…

Se encendió la luz en la habitación que teníamos delante, se abrió la puerta y apareció un montón de gente. Un viejo bajito y fornido que llevaba gafas con cristales enormes y una calva adornada con rizos grises. Se había puesto unos pantalones de trabajo sobre una anticuada ropa interior de felpa. Cerca de él surgió una mujer gruesa de oscuro y redondo rostro envuelta en una bata vieja que apretaba contra su cuerpo. Detrás se veía a un joven en camiseta y pantalón de faena y una bonita muchacha de color bronce con un pijama azul brillante y zapatillas también azules. Todos los demás estaban descalzos. Me miraban con asombro, a la vez que la mujer preguntó a Frances:

—¿Qué pasa, niña? ¿Ha muerto alguien? —tenía un diente frontal de oro.

—No pasa nada, tía Rose —contestó Frances mientras entrábamos—. Este es el señor Jones, es un músico que está de paso para Chicago. Está parando con nosotros y le estaba enseñando los alrededores cuando se nos estropeó el coche.

—¿Estabais conduciendo a estas horas de la noche? —se extrañó la señora.

—¡Cállate! No hay ninguna ley que prohíba conducir a cualquier hora —dijo el tío Jim. Su voz era profunda y su apretón de manos fuerte. Me presentó a los otros. El joven era su hijo Harry y la muchacha de azul la mujer de éste.

La señora dijo que iba a hacer café y Frances les preguntó si podíamos dejar mi coche en el granero hasta que lograse los repuestos y les pidió que nos prestasen otro coche.

El tío Jim contestó que le parecía bien. Harry se calzó y se puso una vieja guerrera militar con una insignia de las Fuerzas Aéreas en el hombro. Salimos juntos a empujar el Jaguar hasta el granero. Al ver el coche suspiró:

—¡Qué maravilla! —y gritó—. ¡Ruth, madre, padre, venid todos a ver esto!

Sonreí en la oscuridad. Era como si se tratase de una estampa que repentinamente hubiese cobrado vida. La familia entera desfiló, ya calzados, y miraron el Jaguar por todos lados bajo la luz de la luna. Tuve que explicarles lo de siempre: el precio de un coche de este tipo, cuando es nuevo, la gasolina que gasta por kilómetro, la velocidad que puede alcanzar. Después, entre Harry y yo, gruñendo y sudando, lo empujamos cuesta arriba. Frances, a nuestro lado, movía el volante. Era algo agotador, ya que el granero estaba en una pequeña colina. El tío Jim abrió la puerta y pudimos meterlo dentro. Habla un Dodge bastante nuevo en el granero y en el patio trasero vi cinco o seis coches viejos como si fueran chatarra. Los dos estábamos sudando y resoplando. Me limpié la cara y encendí la pipa. Harry contemplaba todavía el Jaguar.

—Gracias por ayudarme —le dije—. ¿Dónde estuviste con el Ejército?

—Tuve suerte, no dejé los Estados Unidos. La mayor parte del tiempo estuve en California. Allí conocí a Ruth y nos vinimos juntos para acá. Al principio no le gustó mucho.

Había tenido «suerte» según él. Pensé lo que hubiera opinado de

la granja y de Bingston si hubiera tenido la fortuna de que le hubiesen enviado a Europa.

Mientras volvíamos camino de la casa le pregunté:

—He leído algo sobre un tal Robert Thomas, ¿le conocías?

—Solía ver mucho al pobre Porky. ¿Qué ha hecho ahora?

—Dice el periódico que le han asesinado en Nueva York.

—¿Han matado al pobre Porky? No hemos bajado al pueblo desde hace días y no tenemos ningún periódico, tampoco he oído nada de eso en la radio. No es que haya mucho de interés en los periódicos, pero esto…

—Creí que lo sabíais. Me han dicho que solías tratarle.

—Cuando éramos niños. Diría que hace que no veo a Porky… casi diez años. Después de que una vez le di una paliza no volví a tener ningún problema con él.

—Dice el periódico que era un tipo duro —comenté, parándome a encender mi pipa, apretándola bien, intentando perder el tiempo antes de regresar a la casa.

—No era realmente malo. Un niño blanco como Porky que no tenía nada, se sentía importante metiéndose con los chicos de color. Yo le veía en el bosque muchas veces; siempre estaba vagabundeando, robaba huevos, para poder comer, ¿sabes? La primera vez que le pillé robándonos los melocotones me insultó. Yo era muy grande para mi edad, de forma que le di una paliza y empezó a llorar. Nunca olvidaré cómo lloraba. Le dije que no me importaba que robase la fruta, pero que no tenía derecho a insultarme. Después de aquello solía venir de vez en cuando y yo le conseguía comida caliente. Siempre llevaba cigarrillos. Solíamos sentarnos en el campo y fumábamos. Desde luego, cuando creció no volví a verle mucho. ¿Y dices que ha muerto? ¡Caramba!

—¿Tú crees que todos le tenían manía en el pueblo?

—No. ¿Quién se va a acordar de él o…?

Nos sorprendió la luz al abrirse la puerta trasera y tía Rose nos llamó:

—Harry, ¿qué estáis haciendo ahí fuera con este frío? He preparado algo de comer.

Entramos en una enorme cocina que tenía una vieja bomba junto al fregadero, una mesa antigua redonda y el fogón de carbón más grande que había visto en mi vida. El café se estaba

terminando de hacer, los huevos se freían en la sartén y Ruth cortaba rebanadas de pan caliente de maíz. Yo tenía la impresión que esta era la primera vez que la familia había estado levantada después de medianoche desde hacía mucho tiempo. Habíamos convertido aquello en un acontecimiento.

—El señor Jones dice que ha leído que han matado a Porky Thomas —dijo Harry—. Viene en los papeles.

Frances me lanzó una mirada inexpresiva y el tío Jim comentó:

—Supongo que la gente estará contenta ahora. Siempre decían que terminaría mal. ¿Le pilló un coche?

—Le asesinaron, padre. En Chicago.

—Dice el periódico que ha sido en Nueva York —corregí.

Ruth, que estaba poniendo la mesa con diligencia, comentó:

—Si hubiese electricidad podríamos tener un televisor y todo. Nos enteraríamos de lo que pasa.

—Jim dice que lo va a pensar después del verano. Así que vamos a sentarnos y no discutamos eso —dijo la señora, terminando la conversación.

Comimos un montón de cosas mientras me preguntaban sobre Nueva Orleans y Chicago. Querían saber si tendría que pedir a Inglaterra los repuestos del coche y el viejo tocó la tela de mi traje y se le veía con ganas de preguntar el precio, pero no se atrevió. Toda esa charla intrascendente y la luz de queroseno que parpadeaba sobre nosotros prestaban un aire irreal a la escena. Especialmente la forma de mirarme de la vieja, con desagrado manifiesto, como si yo fuese el novio de Frances.

Nos marchamos una hora más tarde, Frances conducía un viejo Chevrolet con tapicería rota que olía a gallinero. Dije que volvería en un día o dos a recoger el Jaguar y nos estrechamos las manos como si hubiese sido una fiesta nocturna.

—Estaré en casa mañana a la hora de la comida para recogerte —dijo Frances—. Te llevaré a ver a Tim; él te podrá contar todo lo que quieras saber sobre May, Russell y Porky. Se trata del hermano de May.

—Entonces ¿es blanco?

—Naturalmente.

—Por la forma en que hablabas —dije, moviendo la cabeza— cuando veníamos hacía pensar que huías de los blancos como de la

plaga.

—Tonterías, hay blancos buenos. El problema es que los malos ¡son tan malos!

—Tendré que explicar por qué hago preguntas. Podemos decir que soy un periodista y que estoy preparando una historia sobre el asesinato de Thomas. No, es muy pronto para eso. Creo que seguiré con la historia de que soy músico. Me dedico a hacer el tema musical y ese tipo de cosas para el programa de televisión, de esta forma…

—No tienes que preocuparte, no hay que darle explicaciones. Ya te he dicho que no hay problemas con Tim.

Su voz era seca. No podía comprender qué quería decir con que no había problemas con Tim, pero no se lo pregunté. Cuando llegamos a casa de los Davis había luz en el piso bajo. Frances comentó con voz cansada:

—Lo que me figuraba. Mamá está levantada esperándome.

—Bueno, muéstrale la espalda para que vea que no tienes pajitas enganchadas en la ropa.

Me miró con rabia, conteniendo la respiración, o quizá es que solamente se encontraba sorprendida.

—Perdona, no quería salirme del tiesto. Ha sido una broma, y por lo que veo no muy graciosa.

Se echó a reír y su rostro serio se iluminó con nueva vida.

—Creo que sí tiene gracia. Acuérdate de mañana, levántate tarde. No vendré a recogerte hasta las doce.

—De acuerdo. ¿Cuánto me dijiste que hay desde aquí a Kentucky?

—Depende. Por la carretera principal unos treinta kilómetros. ¿Por qué?

—¿No importa que me lleve el coche?

—No creo. ¿Qué tienes que hacer en Kentucky?

—Tengo que telefonear a un amigo de Nueva York y preguntarle cómo van las cosas. Si luego localizan la llamada no quiero que nadie piense en Bingston —contesté, sabiendo que sonaba a estupidez. Con un mapa, la Policía se daría cuenta de la distancia entre Kentucky y Bingston.

Entramos en la casa. La señora Davis estaba dormitando en uno de los sillones de cuero y no nos oyó. Se parecía mucho a la vieja de la granja, si hubiese tenido también un diente de oro se las hubiera podido tomar por gemelas. Dije adiós con la mano a Frances y subí. La oí como la despertaba diciéndole:

—Vamos, mamá, vete a la cama. Estoy en casa sana y salva. Estuvimos tomando un bocado en casa del tío Jim, el coche del señor Jones se estropeó.

—Ya digo yo siempre que esas cosas llamativas no son buenas — murmuró la vieja.

Me desnudé y me tumbé en la cama sintiéndome completamente despierto. Encendí la pipa y pensé en lo anticuado que era Bingston, y eso que no era el sur realmente. Aquel policía preparado para romperme el cráneo por una tontería tan simple como una taza de café y que, sin embargo, al preguntarme acerca del coche se había puesto tan amigable. Y una chiquita como Frances, amarga y dura a su manera, pero arriesgando el cuello para ayudarme. ¿Por qué? ¿Cuál podía ser su razón? Y aquella granja…, con su mundo propio. ¿Cómo podría una chica joven como la mujer de Harry ser feliz viviendo en el campo, sin electricidad y seguramente sin agua corriente Y Harry, ¿Cómo podía haber regresado a la nada después de ver California y esas ciudades grandes cuando estuvo en el ejército? Si hubiera visto París, Londres, Roma, ¿hubiera vuelto? Sybil hubiera enloquecido a la insinuación de vivir en un sitio así. Yo también seguramente. Pero, de alguna manera, se trataba de un mundo mucho más limpio que Harlem o cualquier gran ciudad. Aquí no había ninguna señora James acosada por acreedores o timada, o programas de televisión capitalizando la desgracia de nadie para vender productos. Kay y Bobby hubieran parecido habitantes de otro planeta en la granja.

En cierto sentido el tío Jim era inteligente: fuera periódicos, fuera televisión y seguramente la radio sin pilas la mayor parte de los días. Apenas veía rostros blancos tampoco. Quizá merecía la pena vivir con olor a gallinero y tener lámparas de queroseno. Me recordaban a un matrimonio de color que conocí hacía tiempo, eran unos maestros de mediana edad. Tenían, y a lo mejor tienen todavía, un apartamento en el Bronx. Todos los veranos se marchaban a París y durante el invierno, en el momento que

regresaban a su apartamento, hablaban solamente francés, comían platos franceses y leían los periódicos de París… Tan pronto como entraban en su casa dejaban de ser negros viviendo en el Bronx: estaban otra vez en París. Sin darse cuenta, el tío Jim había conseguido lo mismo en su granja, había…

Entonces, todo se agolpó repentinamente en mi memoria, como cuando en un partido no te das cuenta de que vienen por ti y recibes el golpetazo de la tierra que parece absorberte. Estaba allí tumbado, pensando en la granja y en Bingston como si fuese un turista, un simple espectador…, *como si no me estuviesen persiguiendo por asesinato.*

El miedo se apoderó de mí de tal forma que sufrí un calambre y tuve que correr al servicio en paños menores. ¿Qué es lo que estaba haciendo aquí en Bingston realmente? ¿Jugando a detectives o jugándome la vida? ¿Estaba la respuesta al crimen en esta ciudad dormida? Realmente, ¿había alguna respuesta? ¡Maldita sea! Si por lo menos no hubiera pegado al policía. Supongamos que le hubiera dejado detenerme y le hubiera contado mi historia. Después de todo, ¿qué motivos podía yo tener para matar al tipo aquel? Con sus medios humanos y sus laboratorios, la Policía podía haber encontrado al criminal. Al menos hubiera habido profesionales trabajando en el caso.

Pero ¿se hubieran puesto a trabajar en él? Ni hablar, hubieran dicho que yo tenía rencor a Thomas por aquella pelea en la cafetería y que había ido a matarle. Cualquier cosa tiene sentido para los blancos cuando se trata de alguien de color. Un jurado tampoco me hubiera hecho caso. ¿Adónde quería llegar con tanto pensar? Nadie se queda quieto si le van a golpear con una pistola. Había pegado a un policía blanco y ahora me encontraba en esta extraña ciudad provinciana, con poco dinero y perdiendo el tiempo en filosofar acerca de una granja. No estaba haciendo nada útil para mi seguridad. Pero el problema era que no sabía cómo protegerme. Yo era sólo un tercera jugando en la liga de los de primera.

Volví a mi habitación y apagué la luz. Con sorpresa empecé a adormecerme y me quedé como un tronco. La siguiente cosa que vi fue la luz del sol dándome en la cara. Eran las nueve de la mañana y me sentía lleno de vitalidad. Me lavé y estuve pensando en afeitarme con la anticuada navaja del cartero que colgaba junto al

armarito de las medicinas, luego me vestí y bajé la escalera.

La señora Davis, con un viejo vestido estampado, estaba limpiando el polvo. Se había puesto una extravagante cofia de encaje. Me dijo que hacía mucho que se habían ido el señor Davis y Frances.

—Aquí no dormimos demasiado.

Yo podía haberle dicho que no tenía ni idea de que en realidad se pasaba la vida durmiendo, pero en vez de eso me tomé uno de esos desayunos que sólo se encuentran en el campo: unas mil calorías en forma de salchichas, huevos y bollos empapados en almíbar y mantequilla. Con mucha corrección, la señora me preguntó cosas acerca de mi familia, sobre mi nariz rota, cuánto tiempo iba a quedarme, si había estado casado alguna vez. Estaba tomando café conmigo, contándome también los problemas que le daba Frances.

—Esa niña tiene unas ideas tan raras, quiero decir, que no hace nada para arreglarse el pelo, ni usa polvos.

Tenía sencillamente ganas de hablar con alguien y me contó cosas del primer hijo que había perdido porque ella había seguido trabajando demasiado tiempo y las esperanzas que tenía en el que estaba en la universidad e iba a entrar en la Facultad de Medicina cuando terminase su servicio militar.

Cuando me levanté de la mesa, a las diez, me comentó:

—Supongo que me pagará por adelantado, como le debo un dólar, me tiene que dar tres más por el día de hoy completo.

Le di los tres dólares y le dije que me iba a dar un paseo por el campo y que volvería a las doce.

—Tendré la comida preparada. Tenga cuidado, por favor, señor Jones. Recuerde las costumbres de aquí. Ya sabe usted…

Le contesté que ya las sabía. El viejo Chevrolet se movía como el sonajero de un niño y todavía apestaba, pero el motor parecía marchar bien. Me paré en el «centro» para comprar un periódico y una muda interior, una maquinilla y un cepillo de dientes y me marché camino del viejo Kentucky. No había nada nuevo en el periódico, una repetición de lo del día anterior. Eso no significaba nada, la Policía da únicamente las noticias que les vienen bien a ellos.

Hacía un día claro, casi cálido diría yo. Como un idiota me

sentía casi feliz. Me quité el abrigo y lo sacudí y traté de limpiar el sucio asiento del coche con el periódico y le metí marcha. Estuve conduciendo una media hora a través de un bonito escenario. Pasé algunos bares de carretera, pueblos con una sola tienda, mientras me preguntaba en qué lugar me encontraría. Vi una gasolinera y me acerqué a preguntarle al chico blanco:

—¿Puede decirme cómo llegar a Kentucky?

Se me quedó mirando, quizá maravillado de mi corbata Countess Mara.

—Usted debe ser nuevo aquí, muchacho.

—Sí…, señor —casi me atraganté con la palabra. ¿Sería igual de desagradable para los chicos en el ejército «señorearme» a mí?

—Está usted en Kentucky, ¿dónde va?

—Bueno…, a Louisville.

—Mejor que se dé prisa, muchacho, tiene usted un buen trecho por delante —dijo, y empezó a darme instrucciones.

Me puso veinte litros diciendo que eran un dólar y sesenta y cinco centavos.

Al sacar mi cartera eché una ojeada al contador y vi cómo su cara larga se ponía roja.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿No se fía de mí?

Casi rompí la cartera de lo fuerte que la agarré. Después le dirigí una sonrisa falsa al darle un billete de cinco dólares a través de la ventanilla.

—Estaba mirando a ver si tenía usted teléfono por aquí, jefe —se podía ver una cabina cerca de la oficina; hubiera tenido que estar ciego para no verla.

—¡Oh! —contestó con alivio. Me dio el cambio y añadió—: Continúe por este camino durante un rato; se encontrará con una carretera sin urbanizar a la derecha, después de algo más de un kilómetro y medio. Tuerza a la izquierda por esa carretera unos doscientos metros. Allí hay un almacén para los de color.

—Gracias, señor —contesté, y me fui.

El «almacén» para los de color era una chabola ampliada con sucias ventanas, daba la impresión de que un ligero vientecillo se podía partir. Dentro, en la parte trasera del mostrador, se veían

hileras de conservas, un tocadiscos de los que necesitan moneda, un teléfono de pared, dos mesas bastas y, contra la pared, una bañera llena de hielo en la cual nadaban botellas de cerveza y soda.

Un tipo delgado con una cara pequeña y aguda y piel de un moreno claro, que llevaba un mono de mecánico muy usado, estaba apoyado en el mostrador jugando con una botella de gaseosa vacía. Detrás del mostrador había un hombre de unos sesenta y cinco años y más de ciento cincuenta kilos de peso. Lo tenía bien distribuido y lo acarreaba como un jugador de rugby sus almohadillas. La cara era del tamaño de una calabaza, de un moreno sucio con una cicatriz, como un navajazo, en la parte inferior de una mejilla. El pelo grasiento era una plasta en su enorme cráneo, bajo un gorro de punto y la camisa de lana a cuadros y los pantalones que llevaba puestos debían ser de hierro para poder aguantar la carga de su gordura.

Cuando entré, el flaco se limitó a mirarme por el rabillo del ojo, mientras que el gordo preguntaba:

—Nuevo por aquí, ¿no es así, muchacho?

—Sí, soy nuevo y ya he oído eso de muchacho suficientes veces esta mañana. Cámbieme un dólar, voy a telefonear.

Me miró de arriba abajo y no se movió. Después de un rato dijo:

—No me gusta que los muchachos de color entren en mi almacén diciéndome que haga esto o lo otro. ¿Qué es lo que busca, una paliza?

En la décima de un segundo pensé sacarle de detrás del mostrador y partirle la cara; luego me relajé y me puse a pensar. Claro, estoy hablando de esta forma porque es un hombre de color, pero, sin embargo, me he comportado como Charlie McCarthy llamándole «señor» a aquel blanco de la gasolinera. Era muy fácil, demasiado fácil, vengarme ahora en este sucio tipo de color. Puse un dólar en el mostrador y le dije:

—Tranquilo, yo no le conozco a usted y usted no me conoce a mí, de forma que no se ponga duro conmigo por nada. Sólo he entrado para llamar por teléfono, ¿o no tiene cambio?

—Claro que tengo cambio de un dólar. Puedo cambiarle también un billete de cien cualquier día de la semana, ¿y usted?

—No —contesté pacientemente.

—Eso es lo que me figuraba. Nunca he visto a un tipo con traje

elegante que tenga la cartera llena —decidió que había dicho todo lo que su cabeza era capaz de pensar, metió la mano en el bolsillo y puso cuatro monedas sobre el mostrador. Me acerqué al teléfono, preparando todo el cambio que tenía. Ya había pensado cómo hacerlo. Hablaría con Sybil a través del teléfono público que tenían en el salón de descanso de los empleados, de la misma forma que solía llamarla para decirle que la iba a buscar. Me parecía que de esa forma no iban a poder localizar la llamada. Con el Gordo y el Flaco, que ni siquiera se molestaban en simular que no escuchaban, pedí el número a la telefonista, hablando lo más bajo que podía. No había pasado ni un segundo antes de que contestara una chica. Cuando pregunté por Sybil me dijo que estaba trabajando, le pregunté si podía hablar con ella y me pidió que esperase, que iba a ver.

Unos segundos más tarde, la misma chica volvió a decirme que todavía estaba tratando de localizar a Sybil. Esperé unos minutos. La operadora indicó que avisara cuando hubiese terminado. El montón de grasa detrás del mostrador comentó, como si no hablase con nadie:

—Seguro que es una llamada muy cara. Elegante. No había visto nunca a un hombre que hablara menos —soltó una risita ahogada como si fuera un rebuzno—. Todo eso por tanto dinero.

Al final oí la aguda voz de Sybil:

—¿Quién es?

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo?

Con voz enloquecida, histérica, pero baja, contestó:

—Touie Moore, ¡me van a echar del trabajo por tu culpa! ¡Anoche vino la Policía a mi casa! —se atragantó al pronunciar la palabra—. Además, estoy segura de que un coche me ha seguido esta mañana cuando venía… Irrumpiendo en mi casa… Si se entera la compañía.

—Cálmate, Bonita. ¿Qué preguntaron esos chicos, qué querían?

—Me preguntaron si yo sabía dónde estabas y cuándo te había visto por última vez. Eso es todo.

—¿Es eso todo? ¿No dijeron nada más? ¿Dijeron por qué, o, mejor dicho, para qué querían hablar con este hombre?

—¿Por qué estás hablando en clave? Ya te he dicho lo que dijeron. En mi vida había estado tan azarada. Creía que podías ser

tú y estaba desnudándome todavía cuando abrí la puerta. ¡Tenías que haber visto cómo me miraban!

—¿Qué les dijiste?

—¡La verdad! Que no te había visto desde el día anterior, que no tenía idea de dónde estabas. Touie, no sé en qué lío te has metido, pero si tuvieras un trabajo normal en correos…

—¿No lo sabes? Querida, ¿no has leído los periódicos ni has visto la tele como haces siempre?

—Eres un asqueroso, ¿no te fías de mí? Tú tienes tu…

—No, no, por favor. No lo preguntaba por eso.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? Hablas como en acertijo.

—Estoy en un teléfono público.

—¿Cuándo nos vamos a ver?

—No lo sé. Espero que pronto. Te llamaré.

—Escúchame, Touie Marcus Moore, me devuelves mi dinero. ¡Todo! Debía de estar loca cuando dejé que te lo llevases. Dios sabe lo que estarás haciendo con él.

—Estoy comprando un pozo de petróleo para Kim Novak, ¿qué otra cosa iba a estar haciendo con el dinero? Te llamaré otra vez. Ahora tranquila y no te preocupes.

—¡Tengo noventa y cuatro razones para preocuparme!

—Adiós por ahora, guapa.

Colgué sin poderme explicar lo sucedido. ¿Por qué no había dicho la Policía nada sobre el crimen? ¿Por qué no había salido en el periódico o en la radio? Si habían ido a casa de Sybil era porque sabían cosas mías. Entonces, ¿por qué ese secreto? Diablos, ¡si Sybil pudiera pensar en algo que no fuese su dinero! Podría enterarme de algo por ella. Pero no sabía nada. ¿Cómo habían podido identificarme tan pronto? ¿Kay? Era difícil adivinar de qué lado se encontraba. Tenía que haber sido el mismo que había preparado todo para que me cogiesen junto al cadáver… Una sola palabra: q-u-i-e-n, que podía costarme la vida; K-a-y, otra interesante palabra; aunque la que yo realmente necesitaba era SOS.

La operadora llamó nuevamente para decir cortésmente que debía otros ochenta y cinco centavos. Aquí se habían equivocado; no habían descubierto la forma de que las operadoras supieran si

estaban hablando con alguien de color y poder olvidarse de la educación. Le dije que tenía que conseguir más cambio. Coloqué otro dólar en el mostrador y el Gordo que estaba apoyado sobre él me preguntó:

—¿Cómo sabe que tengo más cambio, Elegante?

—El teléfono es suyo. Puedo marcharme y olvidarme del tema —contesté con calma. No iba a dejar que me apabullara ese tipo obeso.

Se puso finalmente en movimiento y me dio el cambio. Mientras yo ponía las monedas en la ranura me comentó:

—Mucho dinero por hablar. ¿Alguna guapa chica?

—Era mi madre —contesté dirigiéndome a la puerta.

El «Mantecas» tenía un cómico aspecto y cambió de expresión al decir:

—Lo siento, muchacho. No debía haber hablado así. Sin rencor.

Le dije adiós con la mano y cerré la puerta. Mientras volvía a Bingston pensaba que lo que me había dicho Sybil no tenía sentido. Desde luego estaban procurando que no apareciese en los periódicos; los policías no querían decirle que me buscaban por asesinato. Pero, por lo que me había comentado, se habían comportado como si no tuviera importancia, como si se tratase de una infracción de tráfico. ¿Quizá no era por el asesinato? Narices, seguro que me querían coger por pegarle al agente, seguro que les interesaba eso más que el crimen. Pero ¿cómo habían encontrado «al negro» con tanta rapidez? ¿Quién estaba organizando esto si no era Kay? Después de todo, yo sólo tenía la palabra de Bobby de que había sido ella, y no Kay, la que me había elegido. Bobby hubiera dicho cualquier cosa por proteger a Kay. Pero, incluso si se trataba de Kay, ¿qué posible relación podía existir entre ella y un tipo como Thomas?, y… yo no tenía tiempo de enterarme de nada relacionado con su jefe, el tal B. H. … Esa coartada de su ausencia de la ciudad podía ser un cuento. Pero ¿qué tenía que ver un alto ejecutivo de televisión con un don nadie como Thomas? Desde luego podía existir una respuesta a eso, ya que en ese grupo era difícil distinguir entre «ellos» y «ellas». No sabía cómo había logrado Kay toda la información sobre Thomas. ¿Supongamos que hubiera sido su jefe el que realizara la investigación? ¿Se había entrevistado con Thomas y se había insinuado? Puede que Thomas le despreciara…

Eso podría ser un motivo.

Esto parecía encajar un poco, porque esa opinión mía de que Thomas era un tipo trabajador que llevaba una vida poco interesante no quería decir nada. Solo le había visto unas cuantas veces, realmente no sabía nada de él. Pero si B. H. era un homosexual y había conocido a Thomas, ¿cómo es que Kay no había sospechado de él? ¿O no se había enterado? Y, además, ¿por qué iba yo a pretender que arriesgase su puesto de trabajo por mi causa? Incluso Sybil no pensaba más que en su asqueroso dinero.

Sólo había una cosa segura: si la Policía sabía algo acerca de mí, me había comportado más inteligentemente de lo que yo creía al abandonar Nueva York.

Llegué a casa de los Davis antes de mediodía, me lavé y afeité. Frances llamó a mi puerta. Tenía muy buen aspecto con sus pantalones ajustados, una sencilla blusa de estilo italiano cuyo escote le dejaba los hombros al aire, unos hermosos hombros, nada huesudos. Llevaba zapatos rojos tipo ballet y el cabello en un apretado moño con una especie de diadema de perlas alrededor, las perlas destacaban en la negrura. Se había pintado los labios cuidadosamente con un rojo suave. Yo miraba sus labios cuando me preguntó:

—¿Te han dado el nombramiento de coronel de Kan-Tuck?

—Estuvieron a punto de multarme a causa de que me agoté de tanto decir «señor». ¿Vamos a ver a ese Tim Russell?

—En cuanto termines. Te espero en el coche.

Mientras me colocaba la corbata y la chaqueta oí a la señora Davis preguntarle por qué se había puesto el traje nuevo y a Frances pedirle que se callara. Al salir yo, se encontraba ya al volante del Chevrolet. Al sentarme, Frances lo puso en marcha y me preguntó:

—¿Has encontrado algo nuevo?

—No.

—He hablado con mi padre, nadie ha dejado la ciudad recientemente.

Al salir, un muchacho alto y delgado con pantalones de mecánico, botas pulidas y chaquetón a cuatros saludó a Frances; pero la mano pareció quedar suspendida en el aire, y su rostro, de un moreno pálido con recortado bigotito, mostró sorpresa. Ella movió la mano también, saludando, al dar la vuelta a la calle.

—Frances, yo… —gritó el chico—. ¡Espera!

—No tengo tiempo —contestó ella tomando velocidad—, es Willie.

—¿Tu novio?

—Caramba. ¿habla el detective? No, no es mi novio. Salgo a veces con él. Tengo que salir con alguien. Es que como soy algo difícil de conseguir supongo que él piensa que le apetece casarse conmigo.

—Es un chico guapo.

—Willie es como el premio gordo para las chicas de color en Bingston; todo un partido, y él lo sabe. Fue paracaidista, el único en Bingston, y eso le hace importante, tiene un puesto de trabajo fijo conduciendo un transporte de carbón y gana bastante. Cree que todo lo que tiene que hacer es abrir la boca y cualquier chica se pondrá a dar volteretas de alegría. No creo que pudiera soportar la idea de casarme con él. Aunque a veces…, cuando ya se han cumplido los veinticinco, Willie puede representar lo mejor del mundo…, visto desde aquí.

No quise interferir, de forma que me limité a preguntar:

—¿Qué tengo que decirle a ese Tim? Quiero decir, ¿qué excusa pongo para hablar con él?

—No tienes que decirle nada. Sabe que estás en un aprieto, no hará preguntas. Fue uno de los pocos blancos que nos ayudó en nuestra lucha para poder sentarnos en butacas en el cine… Es… yo creo que lo que se podría llamar el radical de la ciudad. Se trata de una buena persona. Hubo un tiempo en que me creí enamorada de él.

Me volví para mirarla.

—¿Y luego?

—Nada. Yo…, nosotros no hicimos nada. Ahora está casado. Pronto me di cuenta de que mis sentimientos por Tim eran una chiquillada. Había confundido la admiración con el amor.

—¿Y eso fue antes o después de que se casara?

—Antes. ¡Deja de tomarme el pelo! —lo dijo igual que cuando Kay me pidió que no me riese de ella.

—Perdona.

Atravesamos la calle principal y unos minutos más tarde entramos en un terreno enlodado que no podía haber sido un campo de béisbol. Pasamos delante de una pequeña tribuna, muy estropeada por la intemperie, y Frances se dirigió hacia un grupo de árboles en el otro lado del campo y se detuvo junto a una furgoneta de reparto aparcada. El muchacho que se encontraba al volante representaba unos veintitrés años. Su pelo amarillo, cortado a cepillo, me recordaba el de Thomas, su rostro era enjuto y curtido, con ojos azules muy agudos. Parecía un peso medio. Llevaba camisa sport y una sucia guayabera de ante.

—Hola, Tim —saludó Frances—. Este es el señor Jones.

Dijo «hola» y sacó la mano por la ventanilla para dármela. Quizá era un luchador; tenía como un mordisco en su nariz chata y una cicatriz en la ceja izquierda.

—¿Qué es lo que quiere saber de mi hermana? —su voz era seca y sin matices.

—Sobre el problema que tuvo con Porky Thomas.

—Yo nunca le llamé así —dijo, y su mirada se endureció—. No era un… ¿Usted no será uno de esos de la televisión que estuvieron aquí hace uno o dos meses?

—No.

—Ya les dije entonces que no iba a desenterrar ninguna basura para ellos. Lo mantengo todavía.

—¿Cómo reaccionó su hermana May con la gente de televisión?

Se pasó la mano por el corto cabello.

—Oiga, mire. Yo no estoy de acuerdo con May la mayoría de las veces, pero trato de comprenderla. May…, bueno, le estuvieron dorando la píldora. Dijeron que era una joven promesa de la canción; ella siempre había querido ser cantante. Le grabaron la voz y dijeron que saldría en las pantallas de televisión de todo el país. Me han dicho que cooperó con ellos.

—¿La ve usted mucho?

—No. No es que seamos enemigos. Es que ya no somos amigos. Esa es la diferencia.

—¿Abandonó ella la ciudad hace unos días?

—No, no ha salido nunca de Bingston. Sólo va a Cincinnati a hacer compras.

—Pero, desde que no la ha visto, podía haberse marchado…

—Sé que no lo ha hecho. Yo creía que me iba a preguntar cosas sobre Bob Thomas.

—Sí. ¿Sabe de alguien de aquí que tuviera alguna razón para odiarle?

—No lo suficiente como para matarle. Después de todo, hace años que se fue. Se olvidaron de él y del odio que le tenían.

—¿Cómo reaccionó usted cuando leyó que le habían matado?

—¿Yo? No sé; creo que lo sentí. Vivíamos en una chabola al final del pueblo, un sitio que se llama Hills[3]. Bob vivía allí con su madre, nunca llegué a conocer a su padre. Allí había otras familias pobres. Ahora es un vertedero de basuras; entonces también lo era, pero no de forma oficial. Los montones de basura hicieron que lo llamaran Hills. Éramos una siete u ocho familias, blancos y de color —dirigió sus ojos a Frances—. ¿Fran, has vuelto a hablar con la señora Simpson?

—No desde hace más de una semana.

Él jugueteó con su pelo otra vez.

—Es malo para su salud. La señora Simpson sigue viviendo allí. Estamos tratando de que se cambie… Bueno, usted lo que quiere es saber cosas de Bob. Es…, era varios años mayor que May y que yo. Pero siempre estábamos juntos, cazando ratas con tirachinas, construyendo chozas…, cosas de críos. A veces, cuando su madre no aparecía durante unos días, comía con nosotros. Mi madre se murió cuando yo era un bebé y mi padre era un borracho. Creo que hizo lo posible para educarnos a May y a mí lo mejor que pudo, sólo que era demasiado para él y se perdía por el trago. Lo que estoy intentando decir es que… éramos un grupo de críos salvajes, hambrientos y siempre en harapos. Cuando yo tenía nueve años se vino a vivir con nosotros un tío nuestro. Trabajaba como mecánico, él me enseñó lo que sé de coches. Lo más importante es que empezamos a comer todos los días… Le cuento estos detalles porque me ha dicho Fran que usted quisiera tener un cuadro completo.

—Sí, eso es lo que necesito exactamente —contesté, pensando si el enamorado Willie la llamaría también Fran.

Tim me miró durante un segundo como si me estuviera estudiando; parecía que me iba a preguntar por qué, pero no lo hizo.

—Bob solía comer con nosotros muchas veces. Su madre tardaba cada vez más en volver a casa. Trabajaba como camarera en una tasca de Cincinnati. Eran los últimos años de la Depresión y cada vez se le ponía más duro el ganarse el pan. May crecía y se estaba convirtiendo en una auténtica belleza. Tenía quince años cuando nuestro tío se marchó… Señor Jones, esto me cuesta mucho contárselo; voy a decirlo en pocas palabras. Mi padre murió aquel invierno de congelación y nosotros, los chiquillos, nos dedicamos a robar en los campos de los granjeros, vivíamos como animales. Cuando May empezó a traer dinero a casa yo era demasiado joven para sospechar cómo lo conseguía. Bob estaba loco por ella y por aquel tiempo sus relaciones iban bien…, creo que es así cómo se dice. Supongo que ya sabe que estuvo un tiempo en el reformatorio después de que su madre desapareciera y…

—¿Qué le pasó a su madre?

—Más tarde nos enteramos que había muerto en un accidente de tráfico en Virginia occidental. Dejamos bastante de hacer el loco. Yo incluso empecé a ir a la escuela algo más y cuando Bob volvió del reformatorio siempre tenía algo de dinero y me dijo que trabajaba para un granjero. Naturalmente, era May la que le daba el dinero. Yo ya sabía entonces a lo que se dedicaba, tuve que enterarme. Traté de que lo dejara. Abandoné la escuela y busqué un trabajo, ¿pero cuánto puede ganar un niño? Bob trataba también de que lo dejara, pero él nunca se mantuvo en un trabajo mucho tiempo, ¿y cuánto podía sacar? Ya comprende. May no era una chiquilla que buscase emociones en el sexo. Ella lo veía de otra manera… Ella vendía su cuerpo, pero ¿no vende sus brazos y sus piernas una chica que trabaja en una fábrica?

Hizo una pausa, quizá esperando algún comentario, de forma que le dije:

—Es una manera de verlo.

—No sé —contestó Tim, como si lo estuviera estudiando. Luego hizo un ligero movimiento—. En los años cincuenta, cuando tenía casi diecisiete años. May descubrió que estaba embarazada y quería que Bob se casara con ella. Él estaba de acuerdo, pero exigía que abandonara lo que estaba haciendo. Ella no lo consideraba necesario. Aunque Bob trabajase, no conseguiría más que unas perras haciendo cosas de vez en cuando y May estaba harta de

pobreza. Él se negó a casarse. El embarazo de May avanzaba y le preocupaba que el niño no tuviera «un nombre». Otros empezaban a preocuparse. El «trabajo» de May era todavía muy secreto, incluso en una ciudad pequeña como Bingston; eran muy pocos hombres los que tenían trato con ella. Las cosas culminaron cuando Bob estaba a punto de irse al servicio. Ella pensó que tenía que obligarle de alguna manera e hizo que le arrestaran por violación. Fue algo detestable, pero ella pensaba que así se asustaría y se casaría con ella. No hay necesidad de decir que los respetables ciudadanos que la pagaban estuvieron encantados con la idea. Era una escapatoria para ellos. Creo que ya sabe usted lo demás…, a Bob le dieron permiso para que tuviera oportunidad de casarse con ella; pero él la cogió y le dio tal paliza que perdió al niño y estuvo a punto de morir. Nadie ha vuelto a verle por aquí.

Yo saqué mi pipa y la encendí.

—¿No volvió usted a ver a Thomas ni a buscarle?

Negó con la cabeza.

—Si le hubiera encontrado ese día le hubiese matado. Llevaba un trozo de tubería en el bolsillo para romperle el cráneo. Pero no tuve mucho tiempo que perder en la búsqueda, estaba muy ocupado cuidando a May. Un año después, cuando estaba en el Ejército, traté de encontrarle en todas las ciudades a las que llegaba; pero no le vi nunca.

—¿Qué hubiera hecho de encontrarle?

Se pasó una nerviosa mano por el pelo.

—No lo sé. Para entonces, aunque yo le enviaba una asignación, May estaba trabajando sin tapujos en su… negocio. Creo que entonces me di cuenta de que no era realmente culpa de Thomas. Había estado tan condicionado por las circunstancias como May. Aunque creo que no debería haberle pegado. No puedo perdonarle eso.

—Quizá, a su manera, amaba a May tanto que perdió la cabeza —dijo Frances repentinamente.

—Puede ser. Pero yo odio la violencia, cualquier violencia —contestó Tim. Sacó un paquete de cigarrillos y le preguntó a Frances si quería uno. Ella dijo que no y él inhaló profundamente el suyo, casi con rabia.

—¿Se ha hecho ahora una idea de cómo era Thomas, señor

Jones?

—Sí, bastante buena.

—Es curioso las cosas que se recuerdan de la gente. Bob era consciente de su falta de cultura. Cuando mi tío estaba viviendo con nosotros Bob solía hablar de aprender un oficio, de ser alguien. Pero luego, cuando él tenía un poco de dinero, quiero decir que May le hubiera ayudado a ir a una escuela profesional, pero no volvió a hablar del tema.

—En este mundo de gente que no es nada todos quieren ser algo —dije, casi para mi interior, pensando que Porky Thomas había mantenido su deseo de aprender algo hasta su muerte.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Frances.

—Una frase que podría ser inteligente. La dijo un tipo que también podría ser inteligente, alguien que conocí en… Chicago —me dirigí otra vez a Tim—. ¿Tenía Thomas algún hermano o hermana?

—No.

—¿Hubo alguna vez una profesora inglesa en la escuela de Bingston que se llamase Bárbara? Una mujer con aspecto apagado, podrá tener ahora entre treinta y cinco y cuarenta años.

—Nunca oí nada relacionado con una profesora así. El señor Kraus ha estado enseñando gramática desde que yo recuerdo.

—¿Era raro Thomas?

—¿Raro?

—Bueno…, quiero decir marica.

—No. Nunca sospeché de él una cosa así.

—Thomas se marchó hace unos seis años. En todo ese tiempo ¿nadie en Bingston le ha visto o ha sabido algo de él?

—No. Yo creo que se lo hubieran dicho a la Policía si hubieran sabido dónde estaba. No era sólo por la paliza que le dio a May, sino que la mayoría de la gente piensa que fue él quien la puso en aprietos.

—Pero esos admiradores de May, supongamos que alguno se encuentra con Thomas, con la intención, quizá, de detenerle y…

—No sé de ninguno que haya abandonado la ciudad en varios años. Todos tienen sus familias aquí. Creo que esto es todo lo que puedo contarle.

—Está bien. ¿Sería de alguna utilidad ver a su hermana?

—Llamaría a la Policía. Su respetabilidad ahora se manifiesta en un violento racismo.

—Ya veo. Otra pregunta. Cuando llegaron los de la televisión haciendo entrevistas y tomando fotos ¿no se empezó a hablar de Thomas con nuevo interés?

—Tiene usted razón, hubo mucho cotorreo —replicó con amargura—. Todavía están todos esperando verse en la pantalla. Y se sentían contentos de sacar dinero por las entrevistas…, el dinero de Judas.

—Cuando le licenciaron del Ejército ¿por qué regresó aquí?

Se le vio sorprendido.

—¿Y por qué no? Es mi ciudad. Uno de estos días, May tendrá problemas… Es mi hermana; quiero estar cerca para recogerla.

No se me ocurría nada más que preguntar. Realmente no había añadido mucho a lo que yo ya sabía. Puso su camión en marcha y dijo:

—Espero haberle sido útil, no importa el motivo que tenga usted, señor Jones. Ya me he retrasado en el trabajo —nos estrechamos las manos y se fue. En el borde del grupo de árboles, donde no había barro, paró el camión y llamó a Frances. Ella condujo el Chevrolet hasta allí, salió y estuvieron hablando en voz baja un momento; luego, Tim Russell se marchó.

Al volver Frances al coche, y antes de que yo pudiera preguntar, me dijo:

—Quería saber si eras un policía. Le dije que no.

Esperó hasta que perdimos de vista el camión antes de poner el Chevrolet en marcha. Yo sabía que se habían visto muchas veces en este mismo lugar.

—¿Tiene Tim algún otro hermano o algún familiar en Bingston o en cualquier otro sitio? —pregunté.

—No. Sólo su tío, yo lo recuerdo muy poco, era un viejo encorvado. Yo no creo que Tim le haya vuelto a ver desde que era un niño.

—¿Podías ver a Tim otra vez y preguntarle si sabe dónde está su tío ahora y su nombre?

—Se lo preguntaré. ¿Crees que lo podía haber hecho el tío?

—Preciosa, no creo nada realmente. Me siento igual que un oso. Dime una cosa, ¿ves mucho a Tim? Quiero decir: ¿le ves todos los días?

—Sí, ya te lo he dicho. Tiene un pequeño garaje.

—¿Y estás segura de que se encontraba en Bingston hace tres días?

Quitó los ojos de la carretera para posarlos en mí. Fue un segundo, pero su mirada era solemne.

—No es un asesino, Touie. Yo sé que se encontraba aquí. Viene a la panadería todas las tardes camino de su casa para comprar pan y bollos, de forma que… yo tendría que estar en la tienda en este mismo instante. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —no tenía ni idea de dónde dirigirme. Estaba estancado mientras el tiempo corría, escapándoseme.

—Si quieres, puedo decir que estoy enferma y quedarme a ayudarte.

—Gracias, pero es mejor que te deje allí; volveré a la casa y trataré de pensar. ¿Tú crees que Tim se ve con May ahora?

—Raras veces. Cuando se licenció, quería que ella dejase ese… negocio y que se marchase con él a algún sitio a empezar una nueva vida juntos. Había ahorrado mil dólares y pensaba que podía comprar un pequeño garaje en cualquier sitio. May se rio de él. Le ofreció ponerle una gasolinera de diez mil dólares. Eso fue lo que les hizo enfadarse.

Paró delante de un pequeño edificio, con un piso sobre la panadería que tenía una amplia cristalera. Todo estaba pintado de blanco, muy limpio. Al salir Frances, yo me senté al volante, el asiento mantenía su calor.

—¿Te veré en la cena? —me preguntó.

—Sí. Por favor, cuando hables con Tim pregúntale también acerca del padre de Thomas. Creo que era hijo de soltera, pero trata de descubrir si Tim tiene alguna idea de quién era el padre, dónde vivía y si él cree que Thomas le conocía.

—Le preguntaré, pero estoy segura de que Porky nunca conoció a su padre, ¿algo más?

—Sí… Gracias por regalarme tu hora de comida.

Sonrió al decirme adiós con la mano y la vi entrar en la tienda. Conduje hasta la casa de los Davis, entré y aparqué. La señora se

asomó a la ventana, recogiendo las cortinas de encaje, me saludó con la cabeza. Yo hice un gesto con el sombrero, luego saqué los papeles de la televisión y los leí nuevamente. Bingston no añadía nada nuevo a todo lo anterior. Como detective auténtico, yo era una ruina. Seguía mirando los papeles de la forma en que lo había visto hacer a los detectives en el cine. No tenía ni la más mínima idea, ni mucho menos una pista. ¡Dios mío! ¡Cuánto me gustaría que esto fuese una película!

Pero, a menos que se tratase de uno de esos crímenes sin motivo, siempre existe una buena razón para un asesinato y la razón tenía que estar en algún lugar de esta lista. Thomas había estado libre durante seis años, pero le mataron cuando la gente de la televisión se interesó por su caso, de forma… ¿Qué? Por lo poco que yo sabía del asunto, Thomas podía tener algún lío en Nueva York. ¿Se habría peleado con su chica y habían roto? Pero ¿cómo podía ella haber sabido nada sobre Kay y sobre mí mismo? Ollie había dicho que había telefoneado una chica. ¿Podía haber sido ella? No tenía aspecto de criminal… Bueno, ¡como si yo supiera qué aspecto tienen los criminales! Seguramente nadie lo sabe. Supongamos que Thomas la invitó a su habitación y se propasó y ella cogió las tenazas… Claro que esto no explicaba cómo se había enterado del asunto de Kay y mío. No cesaba de acordarme de Kay. Realmente, por lo que me había dicho, todo el asunto de la televisión podía ser mentira… Me había pagado en metálico, no podía estar realmente seguro de que ella trabajara para Central o para ningún estudio de televisión. No, realmente existía un programa; habían entrevistado a la gente de aquí.

Traté de seguir estudiándolo todo y lo único que saqué fue un dolor de cabeza y la penosa idea de que, como detective…, yo era simplemente un pobre aficionado. Y además tenía una cliente idiota. Había estado loco en creer…

La señora Davis abrió la puerta principal.

—¿Quiere comer, señor Jones?

Asentí y salí del coche limpiando mi chaqueta con la mano. La señora añadió:

—Supongo que Frances le llevó a un taller para ver si le pueden arreglar el coche.

—Sí. Van a pedir los repuestos a Cincinnati —contesté siguiendo

a la vieja entrometida hasta la cocina.

—He preparado un salpicón muy bueno, o si lo prefiere, hay jamón, arroz con leche recién hecho, café o té. ¿Quiere una toalla? Se puede lavar las manos en la pileta de la cocina.

La señora me alucinaba; este tipo de conversación sobre la comida, como si se tratase de un momento rutinario, como si no me estuviesen buscando por asesinato. ¡No tenía yo otra cosa en qué pensar más que en elegir entre un salpicón o jamón!

¿Pero… qué podía hacer? Yo había creído que Tim me iba a proporcionar alguna clave. Siempre había leído que cuando un policía se atasca empieza a hurgar nuevamente en el caso. Pero todo estaba claro. ¿Dónde podía empezar a hurgar? ¿Dónde…?

—Si quiere, puede tomar un poco de salpicón además del jamón, señor Jones.

—Yo… sólo quiero un vaso de leche, señora Davis.

—Vamos, vamos, un hombre tan grande como usted necesita algo más que un vaso de leche para alimentarse. Y, además, por dos dólares al día por comer podría usted…

—Todavía tengo el desayuno en el estómago, un vaso de leche si tiene.

—Como quiera.

Lo único que me quedaba por hacer era ver a algunas personas que habían sido entrevistadas. Empezar con la gente que había conocido a Thomas cuando era pequeño. ¿Cómo se llamaba la vieja que había dicho Tim que vivía en el vertedero? Busqué los papeles en mi bolsillo, pero me acordé de que la señora Davis estaba por allí. Mientras bebía la leche a pequeños sorbos le dije:

—He visto una vieja chabola cerca del vertedero de basuras. ¿Vive alguien allí?

—La loca de la señora Simpson. La única cosa que la obligará a marcharse de aquella porquería será la muerte.

—¿Es blanca?

—Me avergüenza decir que es de los nuestros. Yo digo que se podía haber marchado con toda facilidad hace mucho, incluso habían encontrado otro sitio para ella, pero yo creo que es tan vieja que no le rige bien la cabeza.

—Creo que me voy a dar un paseo —dije, poniendo el vaso vacío sobre la mesa.

La señora Davis se frotó las manos como si le hubiera comunicado alguna buena noticia; me dirigió una sonrisa de complicidad al decirme:

—Una vez vi un programa en televisión de músicos como usted, pero no creía que eran todos tan inquietos. Supongo que la música ruidosa se les mete en la sangre, como la corriente eléctrica.

Me dirigí a la puerta.

—Creo que tiene razón —me hubiera gustado que no mencionara eso de la electricidad en mi sangre: podía llegar a ser demasiado real.

Conduje camino de la calle principal, después torcí a la derecha, hacia el lado del pueblo que no había visto todavía. Había unos cuantos coches en la carretera y cuando ya llegaba al confín de la ciudad pude ver las «Hills» de basura delante de mí. Me pasó un camión que frenó bruscamente y se paró de forma seca. Yo casi agujereé el suelo del coche apretando el pedal del freno y el Chevrolet giró y se fue contra la cuneta. Luché con el volante, rezando para que el coche no diera una vuelta y mi oración fue escuchada. Me parecía que había sido deliberado, que si yo no lograba hallar al asesino… por lo menos él me acababa de encontrar a mí.

7

El coche chocó contra el suave reborde y los neumáticos y el freno chirriaron, pero pude hacerme con el volante y girar hacia la carretera. El viejo coche pareció estremecerse y ladearse, patinó durante unos metros y se paró. El conductor del camión era un loco desvergonzado. Se había detenido unos metros más abajo en la carretera y me estaba mirando por el espejo retrovisor. Salté fuera del coche y corrí hacia él, aunque disminuí mi velocidad al ver bajarse al enamorado Willie. Se estaba colocando bien los pantalones y se aproximaba a mí, el brillo de sus botas resplandeciente al sol.

En voz baja le maldije; realmente debía de ser el tonto del pueblo y me di cuenta, mucho antes de que abriese su estúpida boca, de que todo esto no tenía nada que ver con Thomas, simplemente se sentía celoso por haberme visto con Frances.

—¿Qué estás intentando hacer, niño? —le pregunté.

El color moreno de su rostro se tiñó al oírse llamar «niño», pero sus ojos tenían la mirada hosca de un boxeador. No me preocupaba. Probablemente, en un cuadrilátero Willie me hubiera ganado, pero en una pelea abierta yo era demasiado para él.

—Piensa bien lo que dices, gigantón. Deberías saber cómo llevar un coche. Ya me he enterado que eres muy bueno con un trasto deportivo extranjero.

—Uno de nosotros no tiene idea de cómo se conduce y si esto es una broma no estoy para risas —me mostraba unos dientes muy blancos e iguales. Seguramente era de los que prestan mucha atención al espejo.

—Quizá estaba sólo probando a ver cómo lo tomabas. No me preocupo de tipos tiernos. Especialmente de los fantoches con trajes

elegantes. Quizá Frances…

La palabra «fantoche» me hirió de lleno. Yo era un idiota que no tenía precio: había alguien más en el asunto publicitario de Thomas en el que yo no había pensado; Kay había dicho algo acerca de un «fantoche» como testigo falso para entregar a Thomas, una vez que su caso apareciese en la televisión. Eso quería decir que el «fantoche» estaba enterado de todo; por lo tanto, él, o ella, sabía también lo referente a mí, o estaba en posición de enterarse con facilidad. Supongamos que, a espaldas de los de la televisión, había tratado de sacar a Thomas de sus casillas y habían terminado peleando. Pero esto no quería decir nada. Thomas no tenía interés como persona. ¡Al diablo con el «porqué» !; lo importante era averiguar quién era ese fantoche, ese testigo falso, y entonces ver…

Estaba mirando a Willie sin verle realmente, tenía la mente en otro sitio y de repente me golpeó en el cuello con el borde de la mano a la vez que gritaba:

—¡Ya sabía yo que eras un cobarde!

Los golpes no me hicieron daño y al principio pensé que le estaba dando un ataque, hasta que me di cuenta: este payaso me estaba haciendo una llave de judo, la cual puede romper un hueso e incluso matar, si se hace bien, claro. Debía de ser algo que había aprendido en sus tiempos de paracaidista, pero no lo había llegado a dominar bien. Le di una patada en la bota derecha, más arriba del tobillo, todo lo fuerte que pude. Luego le di otra en el tobillo izquierdo, desde abajo y cayó sentado de golpe en el suelo quejándose, tratando de no gritar.

—Aquí tienes, Willie: sin manos. No es que yo crea que te debo explicaciones, pero quiero decirte que Frances simplemente me está enseñando la ciudad. Sigue sacando brillo a tus botas y mantente alejado de mí, de lo contrario te daré una paliza, a lo mejor te ensucio las botas, con tu propia suciedad —volví al Chevrolet y me marché. Esperaba haberle metido miedo en el cuerpo. Un tipo detrás de un volante puede ser más peligroso que uno con una pistola en la mano.

Le dejé sentado en el borde de la carretera sujetándose los tobillos. Me sentía animado con la idea del «fantoche», pero repentinamente me desinflé. Había una cosa positiva, no me podía enterar de su identidad en Bingston. Esto significaba regresar a

Nueva York, ver a Kay, y esa idea me ponía nervioso. Existían demasiadas coincidencias sin explicación que la señalaban a ella. Podía intentar telefonearla, pero sería arriesgado. Dejé la idea del «fantoche» archivada en mi cabeza para volver a ella en otro momento. En un sentido era tranquilizador, significaba que tenía que seguir hurgando en el caso y que se me podía ocurrir algo. ¿O me estaba portando simplemente como un tonto y lo que estaba haciendo en realidad era cavar mi propia tumba?

Bingston quemaba sus basuras y las Hills se habían convertido en un lugar humeante con grandes montones de esqueletos de latas, botellas rotas y otros objetos incombustibles. Cada dos meses, probablemente, una excavadora apilaba la basura reciente para formar una nueva colina. Había un hedor extraño, podrido, que se notaba nada más aproximarse a los vertederos, ese olor misterioso de corrupción y muerte.

A unos cien metros, formando ángulo recto con los montones de basura viejos en los que ya crecían algunas hierbas, se encontraba la pequeña chabola de madera, descolorida por el sol y el tiempo, probablemente no había visto la pintura en los últimos cien años, si es que la habían pintado alguna vez. Las ventanas estaban cubiertas con periódicos y cartones; un ligero penacho de humo salía de la torcida chimenea de ladrillo que se apoyaba contra la pared trasera de la casa. Un escalón roto me introdujo en un pequeño porche que contenía dos mecedoras reventadas. Desde el porche, los montones de basura parecían avanzar lentamente hacia la chabola como si se tratase de glaciares corrompidos.

La señora Simpson fue una sorpresa, muy alegre y de aspecto limpio. Era una viejecita rechoncha, llevaba el cabello gris peinado en gruesas trenzas alrededor de la cabeza y no había una arruga en su mofletuda cara oscura, se apreciaba un ligero bigotillo blanco sobre la boca desdentada y una nebulosa catarata en uno de los ojos. Tanto el sweater como el sencillo vestido estaban limpios y recién planchados y llevaba zapatillas de goma nuevas.

La habitación en la que entré, probablemente la única de la chabola, era como un museo de muebles rotos: un fogón de carbón, una chimenea encendida, montones de chatarra, una lámpara de aceite y una enorme cama inmaculada con colcha muy blanca. Desde luego el olor de la basura estaba metido en todos los

rincones.

La señora Simpson, que podía tener ochenta, noventa o cien años, hablaba con un ligero acento al decir:

—Entre. Hace mucho que no me visita un robusto mozo. Entre joven.

Me señaló una silla que se mantenía en pie gracias a cables y cuerdas y que me sorprendió al no desbaratarse cuando me senté con mucho cuidado.

—Me llamo Jones, señora Simpson. Soy escritor y… bueno, estoy intentando hacer una historia con hechos auténticos sobre el asesinato de ese Thomas. Mientras es noticia, ya sabe usted. Yo pensé que quizá podría decirme algo sobre Porky Thomas.

—Ya he oído hablar de usted, el músico que está parando en casa de los Davis —canturreó, sentándose en una mecedora y clavando en mí su ojo sano—. Parece que están haciendo mucho caso de Porky ahora. Tuvimos gente aquí con luces y cámaras que preguntaban por él. Tomaron películas de mí y de mi casa. Es una pena que no le prestaran toda esa atención cuando era más joven.

—Dígame qué tipo de hombre era.

—¿Hombre? Nunca le conocí como hombre. Siempre le conocí como a un niño, un niño blanco.

—¿Cómo se llevaba con los de color? —le pregunté para hacer que se animara a charlar—. Ya sé que vivían todos aquí juntos hace tiempo.

—Había casas a un tiro de piedra de aquí. Todos usábamos la misma bomba de agua y la misma letrina. Ahora quieren que me vaya. ¿Por qué?, les pregunto. Soy demasiado vieja para marcharme. Mis hijos se han muerto o se han ido. Estoy sola, ¿por qué voy a trasplantarme? Nadie me dijo que me cambiase cuando era más joven. ¿Sabe usted que yo nací esclava?

Esta anciana debía haber sido testigo de la mitad de la historia de nuestro país, pero yo no tenía tiempo para historias ahora mismo.

—Y… ¿Thomas…?

—No se impaciente, hijo. No tengo muchas ocasiones de hablar con alguien. Bien, muchas veces, en los tiempos pasados, Thomas durmió aquí mismo, en esta habitación sobre una estera delante del fuego. Muchas comidas le he dado. Solía traerme leña del vertedero,

encendía el fuego para mi colada. Sólo se volvió malo cuando creció, cuando las cosas se le pusieron tan mal.

—¿Qué era lo que hacía de malo?

—Cosas malas de blancos. Creo que la última vez que le vi, quizá unos meses antes de que se viera metido en aquel lío con May, fue cuando me desperté una noche para encontrarme que la única ventana que me quedaba estaba rota. Él estaba fuera, delante de la casa, con otra piedra en la mano. Estaba borracho. Quería acostumbrarse a la bebida, pero nunca pudo. La mayoría de las veces se comportaba como un borracho, porque yo sé que unas cuantas copas le ponían enfermo. Yo me quedé en la puerta y le pregunté por qué había roto mi cristal y él me dijo: «¿Y qué va usted a hacer, vieja negra?» De forma que no contesté nada, sólo me quedé mirándole muy fijamente. Él se acercó, con esa mirada loca de whisky en los ojos. Yo no le tenía miedo, nunca se lo tuve. Vino andando hasta mí. Luego tiró la piedra y se puso a llorar. Lloraba como un niño. Luego me dijo: «Ma Simpson, ¿me puede dar un vaso de agua?» Siempre me llamaba Ma. Le di agua y sacó un puñado de dinero, me dio cinco dólares para que arreglase la ventana, dijo que lo sentía mucho. Es la última vez que le vi. Llorando como un niño.

—¿Y todos los jaleos en que se metió? Quiero decir, antes de su problema con May.

La anciana sacó una caja de rapé de hojalata y se puso un poco bajo el labio.

—Eran realmente niños simpáticos, me refiero a los Russell. Tim todavía viene a verme. Quiere que me vaya de aquí, pero él tiene buenas intenciones. Porky nunca se metió en jaleos importantes, nunca, antes de la paliza que le dio a May. Hizo muchas cosas de las que hacen los chicos, pero parece que siempre le cogían. Si robaba era porque necesitaba cosas, las necesitaba mucho. Yo diría que era peor cuando salió de ese reformatorio que cuando entró. Me acuerdo de que, después de salir de aquel sitio, abofeteó a Mamie Guy y el marido de ella le dio una enorme paliza a Porky. Desde luego nada de eso fue a la Policía. Robó unas camisas de Mamie y se enfadó porque ella se lo dijo en la cara.

—¿Quién es Mamie Guy?

—Vive en Beech Road. ¡Vaya! Cuando yo era una muchacha no había allí ni casas ni carretera, sólo bosques y bosques. Era bonito

para excursiones.

—¿Vive allí todavía Mamie Guy?

—Nunca deja usted que termine una frase —suspiró—. Tuve que dejar de hacer coladas, los dolores en los hombros y en las piernas se hicieron terribles. Le di a ella mis clientes. Porky me ayudaba, traía y llevaba la ropa en una bicicleta vieja que había arreglado. Así que empezó a ayudar a Mamie; sus niños eran demasiado pequeños para hacerlo entonces. El cogió esas camisas de seda tan caras y trató de decir que las había robado Mamie. Pero todo se puso en claro.

—¿Dónde trabaja ahora el marido de Mamie?

—La última vez que oí algo estaba de portero en uno de los almacenes del centro.

—¿Tuvo Porky alguna otra pelea seria con alguien más? ¿Hay alguien que le odie?

—Sam Guy nunca le odió. Nadie le odiaba, lo único es que a Porky no le hacían caso.

—¿Hirió alguna vez a alguien con una navaja o con una culata? ¿Hizo daño de verdad a alguien, a algún otro chico?

—No señor. Porky no era malo realmente. He visto a muchos jovenzuelos salvajes como él que luego hacen una vida normal. Yo diría que May se equivocó al no casarse con él. Quiero decir, antes de que se viera obligada.

No se me ocurrían más preguntas. Me levanté y ella empezó a mecerse.

—Es bonito ver a un negro vestido como usted. Con todas las cosas caras que yo he lavado y he planchado puedo decir cuando las ropas son buenas.

Yo pensé: sí, voy a ser el hombre mejor vestido que se haya sentado jamás en la silla eléctrica.

—Bueno, señora Simpson, adiós y buenos días. Gracias por escucharme.

—Un escritor de color —comentó levantándose—. ¡Cómo han cambiado los tiempos, Dios mío! Ahora, como ya le dije a los otros, no ponga a Porky como una mala persona. No era bueno ni malo, sólo un hambriento. Ahora está muerto y el Señor hará que lo pase mejor allí arriba.

Desde el porche le pregunté:

—¿Viene a verla Tim Russel todos los días?

—Oh, no. Una o dos veces al mes. Realmente no le he visto hace un par de semanas. Me suele llevar en su coche a la ciudad y me ayuda con las compras.

—¿Sale a menudo de Bingston?

—¿Marcharse Tim de aquí? Yo diría que no, sólo estuvo fuera cuando fue soldado.

Le dije adiós otra vez y me dirigí a la ciudad. Mi cerebro daba vueltas. Todavía pensaba en quién sería el «fantoche» y el motivo que podía haber tenido para matar a Thomas. Y me asombraba de que la señora Simpson se encontrase tan fuerte y tan llena de buen humor a pesar del duro trabajo que debía haber hecho en su vida. No me acordaba si el periódico local tenía dos ediciones, de forma que aparqué en la calle principal y entré en el estanco. Era el mismo que había leído por la mañana. Al entrar en el coche otra vez, el policía que había conocido cuando llegué por primera vez a este sitio, quizá el único policía de Bingston, me llamó desde el otro lado de la calle.

—Chico, quiero decirte algo.

Yo sabía que una orden de busca había llegado ya a sus manos y mis intestinos empezaron a revolverse, hasta que vi la forma lánguida con que cruzaba la calle. Luego, dijo amablemente:

—Me han dicho que tu bonito coche se ha estropeado. Eso me extraña: América fabrica los mejores del mundo, como ese viejo Chevrolet que todavía te puede llevar a muchos sitios… Es lo que le dije a la mujer, ¿por qué tiene un hombre que comprarse un coche extranjero y pagar tanto dinero?

—El mío fue una ganga, de segunda mano —Bingston era como una pecera. Me tenía que ir de aquí lo más rápidamente posible. Era, o podía llegar a ser, tan peligroso para mí como Nueva York. Al menos en Nueva York yo podía estar estudiando el ángulo de este «fantoche». En Bingston me encontraba al descubierto.

—Yo… no me interesan los coches nuevos que salen de esas cadenas de Detroit. Demasiados perifollos. Una pérdida de dinero.

—Supongo que tiene usted razón —contesté, deseando preguntarle algo sobre Thomas, decirle que lo había leído en el

periódico; pero no tuve valor. La Policía de Nueva York debía de tener algún contacto con Bingston y lo último que quería es que este policía se interesara por mí.

—¿Crees que te arreglarán el coche pronto? —me preguntó.

—Espero que sí…, señor. Me van a enviar una pieza por correo aéreo —le dije adiós con la mano y él me respondió con la cabeza, como si me quisiera decir que tenía la venia para retirarme, y me marché.

Aparqué delante de la panadería. A través de la cristalera veía a Frances atendiendo a un cliente, observaba el agradable contraste que hacían el guardapolvo blanco y su cálida piel oscura. Cuando el cliente se marchó toqué el claxon. Frances agitó la mano y dijo algo a la anciana de raza blanca que estaba encaramada en un alto taburete detrás de la caja registradora. Se las vio discutir un momento; luego, Frances vino corriendo y preguntó:

—¿Has descubierto algo nuevo, Touie? Sólo puedo estar un momento.

—Nada, excepto que me tengo que marchar de Bingston.

—¿Por qué?

—En lo referente al crimen, aquí no hago más que dar vueltas, pero no llego a ningún sitio. Bingston no es siquiera un buen escondite; todo el mundo en la ciudad sabe que estoy aquí, incluso que se me ha averiado el coche.

—Dónde te vas a ir?

—Volveré a Nueva York. Se me ha ocurrido algo que tengo que estudiar allí.

—Pero en Nueva York te están buscando, Touie, ¿por qué te vas a marchar? La gente sabe que estás aquí porque eres forastero. Si te quedaras y consiguieras un trabajo, como el señor Jones, pronto se olvidarían; quiero decir que no llamarías la atención. Tú dices que la Policía de Nueva York está buscando «un negro». Una vez que formes parte de la comunidad nuestra estarías a salvo. Realmente nadie está buscando «un negro» en Bingston.

—No, ni hablar. He llamado a alguien de Nueva York esta mañana, la Policía ya sabe que yo soy «el negro». Estoy seguro de que pronto se pondrán en contacto con Bingston, si es que no lo han hecho ya. La razón de mi venida aquí fue encontrar al asesino. Todo lo que he conseguido saber es que Thomas era un niño con

problemas.

—Si la Policía está enterada de quién eres, entonces regresar a Nueva York parece… —se volvió con brusquedad y asintió a los golpecitos que daban en la cristalera—. ¿Cuándo te vas?

—Había pensado acercarme a la granja a recoger mi coche y marcharme ahora mismo.

—Touie, espera por lo menos hasta que yo vuelva a casa a las cinco y media. Hablaremos sobre este tema. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Creo que Tim vendrá pronto, le preguntaré sobre su tío y sobre el padre de Thomas. Tengo que correr ahora. No hay ningún cliente en la tienda y ella se está machacando los nudillos en el cristal. Te veré en casa dentro de una hora —y entró en la tienda.

Me dirigí a la casa de los Davis, pero me sentía muy nervioso para quedarme sentado. De forma que giré por la calle lateral más próxima, conduciendo sin rumbo. Mejor deshacerme del Jaguar. Sacarlo de la granja, de forma que ellos no se vieran envueltos en ningún lío en el caso de que me cogieran, echarle a algún río o lago. Aunque me hubiera destrozado el corazón el hacerlo. En Nueva York podía alquilar una habitación en algún distrito de color de Brooklyn o en el Bronx, aunque no me quedaba mucho dinero, realmente no me quedaría nada si tomaba el tren para regresar a Nueva York. Quizá podía encontrar algún trabajo, cualquier cosa que me ayudase a mantenerme durante una semana o dos mientras estudiaba lo del «fantoche». El jefe de Kay y la chica de Thomas… la que trabajaba en la cafetería. ¡Demonios! Si pudiera vender el Jaguar tendría suficiente para…

Pasé una carretera sin urbanizar y una sucia señal blanca en un poste de metal que decía: BEECH ROAD. Retrocedí y entré en la carretera. Parecía que no había más que bosque, hasta que pasé unas cuantas casas nuevas y de buen aspecto, estilo rancho y, unos cientos de metros más abajo, una chabola muy deteriorada por los años, con un techo nuevo de cartón embreado que eran los restos de una cerca. Un chiquillo de color de unos doce años estaba sentado en el patio, vuelto de espaldas a mí. Paré el coche y entré; pero repentinamente escuché un sonido entrecortado, como si fuese exactamente una bomba de mortero que hubiese explotado. Miré a mi alrededor con susto, tan sorprendido que casi me caí.

El niño estaba mirando un cohete de color rojo brillante de menos de medio metro de longitud que silbaba al subir. Alcanzó unos cincuenta metros en el aire, luego capotó retorcidamente y regresó a la tierra para caer a los pies del chico.

—¿Qué es eso?

Dio un salto al volverse para mirarme, un chiquillo de rostro serio con un sweater muy usado, pantalones rotos y zapatos remendados.

—¿Qué cree usted que es? Es un cohete —tocó una pequeña tarima de plástico en el suelo— y ésta es mi plataforma de lanzamiento. Estupendo, ¿verdad?

Era una escena de chiste: la chabola que probablemente no había cambiado desde su construcción antes de la Guerra Civil y el pequeño y limpio cohete… El chico abrió una bolsa de papel y me mostró un polvo blanco.

—Pongo una carga de este combustible atómico en la plataforma de lanzamiento, le añado agua y, cuando la mezcla alcanza su punto culminante, dejo salir el cohete. Ha venido en el correo de hoy. Me ha costado cuatro dólares, pero… oiga, señor, ¿vive usted por aquí?

—No. ¿Y la señora Mamie Guy vive por esta carretera?

—Claro. Siga para abajo y verá una casa en el otro lado. Hay un montón de ropa colgada en las cuerdas —bajó la voz—. ¿Conoce usted a mi familia?

—No.

—Bueno, cuando los conozca no les diga nada del cohete. He trabajado extra para ahorrar para comprarlo, pero mi padre me daría una paliza si se enterase. Algún día haré uno grande y me iré a la luna.

—¿Qué se te ha perdido a ti en la luna?

Me miró con desagrado y luego se sentó dándome la espalda.

—Bueno, déjelo.

Me marché camino del coche. Un minuto después volví a oír el ruido entrecortado en el aire y el cohete salió disparado, trazando un arco. Cayó unos cientos de metros más abajo entre las hojas de un árbol alto y joven. El niño corrió hacia allí y empezó a tirarle piedras.

—¿Por qué no trepas y lo coges? —le grité.

—Es el nuevo peral de mi padre. Se puede romper y entonces

me la he buscado. Mi madre volverá dentro de media hora. Tengo que bajarlo rápidamente.

Me acerqué a él. El árbol tenía unos tres metros y medio de altura por menos de un metro de diámetro. Lo agarré para sacudirle. El cohete cayó a una rama más baja. Lo sacudí otra vez, pero no se movió.

—¿Cuánto pesas?

—Veintiocho kilos.

—¿Crees que te puedes mantener rígido si te levanto?

—Claro.

—Ahora ponte muy derecho o te caerás y nos romperemos los dos la crisma —me agaché y le cogí por la cintura. Respirando profundamente, como si me estuviera preparando para izar y apretar una palanca, coloqué al niño a la altura de mi pecho y le subí lo más alto que pude. Él se estiró y retiró el cohete de entre las ramas. Le bajé nuevamente hasta mi pecho y le dejé en el suelo.

—Es usted muy fuerte, señor.

—Lánzalo en el prado la próxima vez —le dije, sacudiéndome la chaqueta y limpiándome el sudor de la cara.

Vino conmigo hasta el coche y cuando le puse en marcha me preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Capitán Vídeo —le grité y tuve que sonreírme—. ¡Vaya un negocio! Atrapan al criminal mientras está tratando de alcanzar un cohete que se ha subido a un peral.

La casa de los Guy no estaba muy lejos, una copia de la otra chabola, excepto que era algo más grande y en mejores condiciones. Había tendederos a lo largo y ancho del patio, con unas cuantas sábanas oscilando al viento como si fueran velas.

Una mujer delgada de color oscuro salió a la puerta. Estaba despeinada y había sudor en su rostro. Podía haber tenido treinta años o cuarenta y cinco, las marcas del duro trabajo se le retrataban en la cara.

—Me llamo Jones, la señora Simpson me dijo que usted conocía a Porky Thomas —dije, siguiendo mi historia de ser un escritor de historias policiacas.

—No tengo nada que decir. Ya se lo dije a los de la televisión, no tengo tiempo de mover fango. No me gusta husmear en la vida de los otros —y cerró la puerta. Por lo menos ella no sabía que yo estaba parando en casa de los Davis o que poseía un Jaguar.

—Señora Guy, no vengo de ninguna cadena de televisión. Solamente quiero hacerle unas preguntas.

—Pregúntele a alguien que tenga tiempo de holgazanear. Yo tengo mucho que hacer.

—¿Puedo hablar con su marido?

—Si él quiere… No está en casa.

Me quedé allí un momento y encendí la pipa. Cuando volvía hacia el coche vi al niño del cohete que me miraba.

—La tía Mamie está enfadada los días que tiene mucho que lavar. ¿Necesita de verdad hablar con ella, señor?

—Sí.

—Tía Mamie —llamó el chico y la mujer salió a la puerta.

—¿Qué es lo que quieres, Kenneth? Ya sabes que tengo mucho trabajo hoy.

—Es un buen hombre, tía Mamie. Me había quedado colgado de un árbol y se paró para ayudarme. Lo hizo, ¡de verdad!

Se secó las manos húmedas en su vestido gris.

—Estoy perdiendo más tiempo no hablando con usted. Entre si quiere —el niño me guiñó un ojo.

—Creo que es mejor que me vaya a casa y esconda mi cohete. Hasta la vista, señor Vídeo.

Había varias planchas calentándose en la cocina de la chabola sobre el enorme fogón de carbón y se percibía olor a almidón húmedo. Señaló una silla entre dos cestos de mimbre llenos de ropa y me dijo:

—Puede sentarse ahí. La única razón por la que hablo con usted es porque es de color. Esa es la verdad. Ni siquiera les abrí la puerta a esos de la televisión. Lo que deberían hacer es meterse en sus propios asuntos, eso es lo que deberían hacer. Me han dicho que han matado a Porky —tenía una voz tan débil como su propio cuerpo.

—Eso es lo que quería preguntarle, señora Guy.

—Está usted haciendo que malgaste mi tiempo. Solía entregar la ropa que yo lavaba, pero eso fue hace mucho tiempo, cuando nació

mi Edward, y ya va para los diez. No he vuelto a ver ni rastro de Porky desde entonces, así que ya ve usted.

—La señora Simpson me dijo que le robó algunas camisas y que le dio una bofetada.

—¡Esa vieja charlatana…! Sí, cogió dos camisas de seda de un paquete que tenía que entregar. Y me dio una bofetada cuando se lo dije. Pero mi marido le bajó los humos. Eso fue todo. Porky continuó trabajando conmigo durante un tiempo, luego me dejó.

—¿Tenía algún enemigo en Bingston, antes del jaleo con May Russell?

Encogió sus hombros huesudos.

—Nadie en especial, ¿adónde quiere usted llegar, señor Jones?

—Pensé que quizá alguien de por aquí podía haber ido a Nueva York a matarle.

—La gente de aquí tiene otras cosas que hacer. A algunos no les gustaba. Eso es todo lo que yo sé. Ahora tengo que planchar. Tengo que planchar todas esas malditas sábanas de forma que mi marido las pueda llevar a Kentucky después de cenar.

—Gracias por perder su tiempo conmigo —dije levantándome—. ¿Viene la gente desde Kentucky para traerle la ropa?

—¡Vaya!, es un camino de menos de dos kilómetros. Tengo más trabajo del que puedo hacer. No hay nadie que prepare la ropa como Mamie Guy. Las cosas delicadas especialmente. Nunca rompí nada en mi vida. Las camisas de seda que le gustaron a Porky eran de una familia de Kentucky. A decir verdad, las camisas eran demasiado pequeñas para él. Las cogió por rabia y por odio, para vengarse de sus primos. Eran las camisas de McDonald.

—No sabía que tuviese familia —murmuró, sintiendo que el nombre de McDonald me noqueaba como un izquierdazo de Joe Louis.

—Casi nadie sabe que los McDonald son medio primos de Porky, por parte de madre, desde luego. Nunca lo había oído yo misma, hasta que cogió las camisas. Nunca se preocuparon por él ni por su madre, nunca los reconocieron. Fue una pena, porque ellos siempre vivieron bien y podían haber ayudado al chico cuando andaba corriendo por ahí con el culo roto. Los McDonald tienen un gran almacén en Scotville desde que yo me acuerdo.

—¿Hay alguno que se llame Steve?

—Hay un Stephen y un Ralph y una chica, Betty. Todos se fueron, menos Ralph. Él fue el que se puso a trabajar en el almacén cuando su padre tuyo el infarto.

—¿A qué se dedica Stephen?

—Vamos, hombre, ¿cómo voy a saberlo? Lo único que hago es lavarles la ropa, no tomo el té con ellos. Todos fueron a la universidad, Betty se casó y vive en algún sitio del oeste. Como ya le he dicho, Ralph se casó y lleva el almacén. Stephen no ha estado aquí desde después de la guerra. Mire, tengo que ponerme a trabajar, también tengo que hacer la cena.

—No la quiero entretener, señora Guy, ¿hay algún teléfono por los alrededores que yo pueda usar?

—Tome la derecha cuando llegue al primer cruce. Allí está la gasolinera del señor Jake. Deja que la gente de color use su teléfono.

Le di nuevamente las gracias, se las di sinceramente; luego me marché rápido hacia la gasolinera, con auténtica prisa. Como Ollie solía decir cuando ganaba su caballo: «Ahora se me están poniendo las cosas bien.»

El señor Jake resultó ser un viejecito blanco con manchas hepáticas en la cara y una pierna coja. Cuando le pregunté si podía usar su teléfono asintió, señalando el que estaba en la pared dentro de su oficina.

—Para eso está ahí, si tiene una moneda.

Le pedí que me llenara el tanque y que mirase si necesitaba aceite, con el fin de que estuviera entretenido. Scotville era una llamada de quince centavos únicamente y cuando logré conectar con el almacén de McDonald pregunté por Stephen, la voz de un hombre me contestó:

—Soy Ralph McDonald, su hermano. ¿Quién es?

—Estuve en el Ejército con Steve durante el tiempo de instrucción. Resulta que pasaba por aquí y quería haberle saludado.

—Steve falta de casa desde hace unos años. Es escritor y vive en Nueva York, le va bastante bien.

—Ahora que lo pienso, siempre decía que le gustaba escribir. Resulta que voy a Nueva York, ¿cómo puedo ponerme en contacto

con él allí?

Me dijo que llamase a Central TV y… ¿no me gustaría acercarme a su casa para tomar una copa y quedarme a cenar? Le dije que lo aceptaba para otro día, que tenía prisa en ese momento y casi me reí a carcajadas pensando en lo que pasaría si yo asomase mi rostro oscuro por la puerta de los McDonald.

Me despedí y colgué. No me había preguntado ni el nombre. Iba cantando mientras corría camino de casa de los Davis. Si me marchaba enseguida podría estar en Nueva York mañana por la tarde, pero en el Jaguar sería tan sospechoso como si llevase puesto un traje de color rojo. El tren era más rápido y seguro. Cuando resolviera las cosas, volvería a recoger el coche y si no lo hacía sería porque donde iba no me podía llevar el Jaguar conmigo.

El señor Davis estaba sentado en el salón, en zapatillas, fumaba un cigarro mientras leía una revista.

—He telefoneado a Chicago —le dije— y han enviado un pedido a Inglaterra por la pieza de mi coche. De forma que me marcho ahora. Tengo un trabajo en un buen club de Chicago. Regresaré dentro de unas semanas a recoger el coche, cuando reciba las piezas. ¿Cuánto le debo?

—Tengo que preguntarle a la madre. Quizá somos nosotros los que le debemos; me ha dicho que no ha comido aquí apenas. ¿Ha descansado ya, señor Jones?

—¿Descansado? Claro, claro. ¿Hay algún autobús que salga pronto?

—El de Cincinnati sale del centro a las seis y quince. Desde allí puede encontrar bastantes trenes que vayan a Chicago.

Subí y me duché. Luego arreglé cuentas con la señora que insistió en que tomara una cena ligera. Luego especulé con el señor Davis sobre lo de hacerme cartero, parecía pensar que era el trabajo más útil del mundo. Alrededor de las cinco y media me estaba poniendo nervioso, Frances regresó a casa y dijo que me llevaría a la estación de autobuses. Entonces empezó una de esas pequeñas discusiones familiares: la madre decía que Frances debería cenar primero y Frances decía que no tenía hambre y entonces la señora Davis preguntaba si es que se sentía enferma. Al final, el cartero le dije que dejase que Frances se marchara, pero que se acabó eso de conducir aquel desecho que pertenecía a la granja y que cogiese el

coche de ellos, que resultó ser un Dodge del 52 con menos de veinte mil kilómetros. Dije adiós y la señora Davis repentinamente me preguntó dónde estaban mis maletas, contesté que las había enviado ya.

Frances parecía estar enfadada. Me dijo que Tim no tenía idea de quién era el padre de Thomas, ni por dónde andaba su propio tío. Aparcamos al otro lado de la calle, frente a la farmacia, que era también «la estación de autobuses». Nos quedaban veinte minutos. No hablamos durante un momento, pero yo estaba hirviendo con el asunto McDonald y se lo conté.

—¿Te llevo a Cincinnati, Touie? —me preguntó.

—¿Está muy lejos?

—Ciento veinte kilómetros.

—¿Quiere eso decir que tienes que conducir doscientos cuarenta?

—No me importa.

—No cielo, es demasiado —tenía la mirada fija, con la cara vuelta hacia adelante y yo veía el contorno oscuro de su rostro que me parecía fuerte y bonito y… enfadado.

—Mira, quiero que sepas una cosa, no importa lo que me pueda suceder, nunca olvidaré lo que has hecho. Eres maravillosa.

—Gracias —su boca era una bonita y gruesa línea roja y la luz del tablero prestaba encanto a sus pómulos iluminando su piel hasta hacerla deliciosamente tostada—. No te preocupes por el coche, estará a salvo. ¿Cuándo crees que podrás regresar por él?

—Tan pronto como pueda —cuando vuelva le traeré un par de aretes de plata grandes, me dije, tiene un rostro adecuado para ello.

—¿Estás seguro de que este McDonald fue el que lo hizo?

—No estoy seguro de nada. Hay otro ángulo que tengo que estudiar también, pero ésta es una buena pista, la mejor que me han dado. Es demasiada coincidencia para que no quiera decir nada.

—Pero ¿por qué iba a matar a su propio primo?

—Ignoro el motivo, pero pronto lo sabré.

—¿Cómo?

—Tampoco lo sé.

—Puedes echarte en brazos de la Policía.

—Si me pasa eso, te quedas con el Jaguar.

—No le veo la gracia, Touie —dijo secamente.

—Fran, estoy muy lejos de la verdad todavía. Puede resultar que no sea nada, pero es todo lo que tengo para hacer algo. Y si estoy riendo es por no llorar, como dice el refrán. Tendré cuidado… —se veía venir un autobús—. ¿Es el mío?

—Sí.

—¿Tengo que sentarme detrás?

—No.

Nos acercamos al autobús y yo estrujé su mano y le di las gracias nuevamente, luego me subí, compré el billete y me senté cerca del final. Le dije adiós a Frances con la mano y le envié un beso tonto. Parecía que me estaba diciendo algo, luego se volvió de espaldas y se puso a mirar el escaparate de la farmacia.

Al arrancar el autobús miré hacia atrás y me estaba diciendo adiós. En aquella última visión me pareció que estaba llorando.

8

Llegué a Nueva York por la mañana temprano, me sentía bien. Había pasado durmiendo la mayor parte del viaje, soñando a veces con la señora James y con Sybil y Frances. También me había trazado un plan de operaciones.

Desayuné en una cafetería de la estación y compré todos los periódicos matutinos, luego me metí, para leerlos, en un reservado de los de ticket en el servicio de caballeros. No decían nada del crimen. Por lo visto tiene que tratarse de un tipo rico o de alguien importante para que sea noticia de primera página durante un par de días. O quizá una mujer, a la gente le interesa leer sobre mujeres asesinadas.

Naturalmente esto no significa que la Policía no estuviera trabajando como enanos buscándome. A las nueve me marché de mi improvisada oficina alicatada y estuve pensando telefonear a Sybil, pero no me apetecía oírla gimotear sobre su dinero. Tenía un montón de tiempo libre y el estar en medio de la calle me ponía nervioso. Tomé el Metro hasta el cine Paramount y saqué una entrada para la primera sesión. Conmigo perdieron dinero, a las cuatro me encontraba todavía dentro. Me sabía las frases mejor que los actores y me sentía empachado de tantos refrescos y palomitas de maíz. Tomé un taxi a las cuatro para dirigirme a la oficina de Ted Bailey y me puse al otro lado de la calle. Afortunadamente Ted salió solo camino de casa. Llamé otro taxi y le alcancé antes de que llegase al Metro. Iba vestido en su habitual estilo desaliñado: traje gris que no le sentaba bien, un viejo abrigo y una corbata nueva a rayas que portaba como si se tratase de una medalla. Le dije al taxista que me esperase dando vueltas por los alrededores.

—¿Qué le ha pasado a ese coche tuyo tan bonito, Toussaint? ¿Lo

has estrellado?

—Está en el taller. ¿Hay algo nuevo?

—Lo mismo de siempre. La señora James pagó el dinero. A ti te debe ir bien la cosa para tomar tantos taxis.

—No es salario realmente, son las propinas las que ayudan —le dije, como si fuera un chiste para mí mismo que Ted no entendió—. Estoy trabajando en un caso de divorcio de los grandes, con unas dietas sensacionales.

—¿De esos de dinero? ¡Caramba! —gruñó. Se le veía natural, pero yo no me podía fiar de que no estuviese fingiendo. Siempre había considerado a Ted como un amigo, pero cuando se trata de un crimen, ¿se puede seguir conservando la amistad?

—Sí, bastante dinero. ¿Hay alguien en tu oficina?

—No, ¿por qué?

—Necesito que me ayudes. Quizá te contrate.

—¿Puede pagarme tu cliente también a mí? Yo cargo demasiado para que me pongas en tu cuenta de gastos.

—Eso es lo que me gustaría hablar contigo —llamé al taxi y le pagué. Anduvimos hacia la oficina de Ted. Pasamos cerca de un coche patrulla que estaba atascado en el tráfico. Ted no hizo nada. Tenía que probarle, pero hacía daño el hacerlo. Lo principal es que no sabía qué buscaban. Una vez en su oficina, le dije:

—Voy a explicarte lo que necesito, Ted. Quiero alquilar una de tus grabadoras para dejar constancia de algo. Tiene que ser pequeña para que yo la pueda llevar encima. Necesito grabar una conversación que voy a mantener esta noche con cierto tipo.

Ted eructó y luego se frotó el abultado estómago.

—No sé… si la pierdes o la rompes será tremendo para la empresa. Además, eso no vale como evidencia, solamente es tu palabra contra la de él. Es mejor que me cuentes lo que quieres hacer Toussaint.

—¿Me vas a alquilar el chisme o no?

—No te enfades tan pronto. He estado estudiando este asunto de las cintas y trato de ayudarte. Si realmente necesitas testigos es mejor que tengas a dos hombres escuchando. ¿Qué es lo que pasa?

Repentinamente cambié mis planes, respiré profundamente y se lo conté todo, depositando por primera vez en mi vida confianza en un hombre blanco.

—Voy a ser sincero contigo, Ted. Estoy en un lío y quisiera que me hicieras dos favores. Te voy a contar algo. Si no te gusta, olvídalo. Si después de escucharme… bueno… si quieres ayudarme, será el favor número dos —si Ted se ponía tonto no sería muy difícil dejarle atado toda la noche y marcharme a hacer lo que pensaba: sacarle la verdad a Steve.

—¿Quieres decir que puedo ser testigo de algo? —me preguntó sonriendo, como conociendo el tema.

—Ese «algo» resulta que es un asesinato —la sonrisa se apagó y se convirtió en mueca, su rostro se puso gris. Pero como ya había empezado no tenía más remedio que seguir. Ted escuchó mientras yo le contaba todo lo sucedido desde el mismo instante en que Kay entró en mi oficina. Estuve hablando mucho rato y cuando acabé, Ted cogió un cigarro de la caja que tenía sobre la mesa. Yo estaba sentado en el borde, dominándole, vigilando cualquier movimiento que pudiera hacer.

Al final me dijo con voz cansada:

—Está bien, siéntate Toussaint. No voy a pelearme contigo. Me has metido en un maldito lío. Sería diferente si no hubieras pegado al policía. No tengo que decirte que un detective privado no puede actuar a menos que se comporte correctamente con la Policía, y la verdad es que ayudar a uno que ha pegado a un agente… ¡Dios mío!

—Si lo prefieres, podemos hacer una cosa: decimos que llegué aquí, que te ataqué y me llevé la grabadora después de dejarte atado —me preguntaba a mí mismo qué diferencia podía haber en hacerlo, tanto si él decía que aceptaba como si no.

—No he dicho que no te iba a ayudar. Lo voy a hacer ¿Podemos ver a esa nena Kay a solas y…?

—Espera un momento, vamos a jugar a ser sinceros. ¿Por qué vas a arriesgarte por mí?

—Bien —gruñó Ted—, no es porque te tenga cariño ni nada de eso. Quiero decir que la amistad no se mezcla con un asesinato. Si hubieras matado a Thomas de verdad no puedo imaginarme por qué estás en Nueva York y por qué has venido a verme. Por lo tanto, parto de la base que eres inocente. Toussaint, seré sincero contigo: es importante la pista que has encontrado y si logramos vencer, mi agencia saldrá en todos los periódicos y se hará conocida a lo largo

y ancho de la Avenida Madison. Merece la pena.

—¿Y si resulta que McDonald no tiene nada que ver con el asunto?

Ted se frotó sus enormes manos como si estuviera secándoselas.

—Entonces estoy en un lío. Dije que era un juego. Si no apuestas nada no ganas nada. Siéntate y vamos a hablar. Me hubiera gustado que vinieras más temprano, hubiera llamado a una agencia para que me diesen una información completa sobre McDonald, sobre Kay y todos los otros. Pero ahora hay que esperar hasta mañana, de forma que vamos a ver si hacemos algo esta noche. Si la Policía nos coge antes de que tengamos… yo soy muy viejo para que me den una paliza. Tenemos que pedirle a esa Kay que nos ayude.

—¿Por qué ella? —me senté en una silla sin dejar de vigilarle, preparado para saltar sobre él—. Yo pensé ver a Steve y grabar todo en una cinta. No tengo confianza en Kay.

—Pero ella es la única que nos puede informar sobre el fantoche ese que tú has dicho. Respecto a que se encuentra complicada en el crimen, no me parece normal. No existe motivo. Es cierto que no conocemos tampoco el que pudiera tener McDonald, pero como es pariente puede haber una docena de motivos sobre los que nosotros no tenemos ni idea. También, si Kay fuese la promotora de todo esto no te hubiera llevado a su casa para presentarte a sus amigos. La tenemos que convencer para ir al apartamento de McDonald esta noche y quedamos en el coche, una manzana más abajo, grabando la conversación. Ella le puede acusar de matar a su primo. Incluso si no lo ha hecho, sus respuestas nos darán una pista, el escuchar puede ser muy interesante.

—Si Steve es nuestro culpable la puede matar a ella también.

—Ella le puede decir que vaya a su apartamento y estar nosotros en la habitación de al lado preparados para detenerle. Estaría bien, tres testigos de su historia.

—Supongamos que Steve y Kay están complicados en esto juntos.

—No, no tiene sentido. Como te acabo de decir, si ella tuviera algo que ver en esto te hubiera mantenido en secreto y no te hubiera invitado a conocer a sus amigos. No, es ella la que tiene que ayudarnos, es lo lógico. Como los dos trabajan en el mismo programa de televisión y todo eso, le dirá que ella es la que

sospecha de él. Lo único es que a lo mejor no tiene el suficiente valor para colaborar con nosotros, ¿tú qué crees?

—¿Y si nos deja plantados?

—Nos encontraremos en un aprieto.

—Todavía sigo pensando que yo debería verle, colocar un micrófono y tú, abajo, en el coche, grabas la conversación.

Bailey escupió un chorro marrón de tabaco en la papelera.

—Toussaint, si él es el asesino y lo ha preparado para que lo parezcas tú, ¿por qué va a admitir ninguna de tus acusaciones? Mi experiencia me ha enseñado que a los criminales les gusta jactarse, especialmente esos aficionados. El hablar es una forma de confesarse, a él le encantará contarle todo a ella.

—Pero… los dos estaban como muy acaramelados la última vez.

—Si a ella le interesa de verdad su trabajo, no querrá hacer el tonto con un asesino —miró su reloj—. ¿Crees que estará en casa ya? No podemos arriesgarnos a telefonear; es mejor que nos acerquemos. Cuanto antes la veamos, mejor; nos va a llevar mucho tiempo el convencerla de que tiene que arriesgarse.

Al levantarse él, yo di un salto. Ted me dijo:

—Relájate, Toussaint, no es momento de nerviosismos —abrió un mueble y sacó una grabadora del tamaño de una máquina de escribir portátil, así como otros aparatos—. En esta especie de bolsillo hay una grabadora Miniforme y tiene un micrófono para llevar en la muñeca como si fuera un reloj. Ahora esto —me enseñó algo del tamaño de una caja de cerillas de las antiguas, con una especie de púa que sobresalía— es una emisora. Tenías que ver cómo es por dentro: tiene transistores, que son como las lámparas de las radios, del tamaño de judías, y las pilas no son mayores que una moneda de diez centavos. Es algo magnífico. Mi ingeniero me lo enseñó todo una vez. Colocas esto debajo de una silla o en el respaldo de un sofá y puede transmitir a una distancia de casi cuarenta metros. Tiene una duración de unas treinta horas.

—Parece un juguete —dije mientras examinaba la cajita que no pesaba más que una caja de cerillas.

—No juegues con él; mi corazón no lo resiste. Si tú supieras lo que cuestan estos «juguetes» … te digo que este equipo está hecho para ingenieros. Yo los compro, pero, ¿tú crees que conozco algo del tema? Mi ingeniero me enseñó lo suficiente para que pueda

usarlos, eso es todo lo que necesito. ¿Preparado?

—Sí —contesté, sintiéndome como un ingrato. No me gustaba el plan de Ted, pero no se me ocurría uno mejor.

Al ponerse su enorme sombrero hongo, me dijo:

—Hay una condición, Toussaint. Si nos coge la Policía, no huyas y no te pongas a luchar. Tienes que dejar que te detengan, con confianza de que van a creer tu historia. No creo que se la vayan a creer al principio, pero… estoy listo para jugar, pero no para exponer mi vida. ¿Llevas pistola?

—No.

Se inclinó ante la pequeña caja fuerte de la oficina, la abrió y sacó dos pistolas.

—Nunca he solicitado licencia.

—Tonterías —gruñó Ted en voz baja—, en el lío en que nos vamos a meter no creo que la Ley de Sullivan importe mucho. Como yo tengo licencia las llevaré hasta que entremos en acción.

Durante un instante de locura, mientras él estaba ocupado cerrando nuevamente la caja fuerte, tuve la sensación de que había caído en una trampa. Pero no hacía más que repetirme que si me quería traicionar me hubiera podido lanzar uno de los revólveres a la cabeza.

Al abrir la puerta y apagar las luces, yo salí al descansillo. Ted me dijo:

—Ya sé lo que estás pensando. Seguro que yo obtendría algo de publicidad entregándote. Pero, ¿qué se puede probar con eso, excepto que tuve la suerte de que vinieras a verme? ¿Qué iba a contarle a la Policía que tuviera valor? No te preocupes, Toussaint, no soy ni una rata ni un santo… Me meto en esto para convencer a los de la Avenida Madison de lo buen investigador que soy; no a la comisaría de Policía. Creo que nos entendemos, ¿no?

—Perfectamente —contesté intentando creerle.

Ted guardaba su Buick del 53 en un garaje cercano, yo llevaba la grabadora mientras íbamos hacia el coche. Al principio me molestó que me dijera que lo llevara yo como si fuera su criado o algo así, pero me tranquilicé cuando me di cuenta de que era una forma de disfraz en la calle como si yo fuese parte de la rutina de la

ciudad.

Estuvimos dando vueltas alrededor de la casa de Kay, buscando un sitio donde aparcar. Cuando le dije que por qué no aprovechaba un espacio en la Tercera Avenida, Ted me dijo:

—Demasiado lejos. Si nos decidimos a grabar en el coche quiero tenerlo a mano para que esté a nuestro alcance. Eso quiere decir que no podemos alejarnos más de una manzana, o algo menos.

Al volver camino de su casa, en la décima vuelta, un Caddy salió de la casa de Kay, pero antes de que pudiéramos aproximarnos, un coche con matrícula de Nueva Jersey se preparó a aparcar mientras Ted soltaba tacos, eché a correr y saqué mi insignia.

—Policía. Aparque en otro lugar, necesitamos este sitio.

Tras el volante había un tipo delgado en traje de etiqueta, se frotó la nariz con un dedo, repitiendo:

—¿Policía?

—¿No ha visto la chapa? —dije con una especie de ladrido—. Vamos, muévase.

—Bien… sí, señor oficial. Yo siempre coopero con la Policía, ¿buscan a alguien?

—No haga preguntas sobre asuntos de la Policía.

—Claro, claro, tiene usted razón —dijo, y se puso en marcha.

Ted aparcó y salió cerrando el coche. El tipo de Nueva Jersey estaba en la esquina esperando que cambiase el semáforo y nos miraba. Todo estaba en regla, teníamos aspecto de detectives corpulentos y Ted vestía como uno de ellos. Le dije que esperase. Cuando finalmente el tipo aquel dio la vuelta a la esquina, cruzamos hasta la casa de Kay y tocamos el timbre. Nos abrió con el portero automático y yo dije a Ted:

—No cabemos los dos en el ascensor. Subiré andando, de forma que dame un minuto de ventaja.

—Está bien, pero espera a que yo llegue antes de mostrar la cara.

Corrí por las escaleras de cemento y luego esperé sin respiración hasta que llegó el ascensor del cual salió Ted. Anduvo hasta la puerta, mostró su placa dorada por la mirilla y dijo:

—Detective.

Al abrirnos se metió dentro y yo tras él. Cerramos. Kay estaba de pie cerca de la puerta, llevaba una bata de estilo chino de color azul

pálido sobre una combinación. Bárbara estaba sentada a la mesa preparada para la cena, tenía puesto un delantal sobre su ajustado vestido gris de punto.

Las dos gritaron, con chillidos de miedo y sorpresa. Luego Kay sollozó:

—Touie ¡te han cogido! —sonaba de forma confusa, como con un suspiro histérico. Bobby se levantó de un salto, preparada para gritar nuevamente o romper a llorar. Ted les dijo:

—Ahora, señoras, las cosas irán mejor si se tranquilizan, no corran al teléfono o…

—Este es Ted Bailey —interrumpí yo—, un amigo mío. Es un detective privado.

El alivio auténtico que se retrató en ambos rostros era increíble. Ni Kay ni Bobby me habían denunciado. Kay me abrazó.

—He estado tan preocupada por ti, Touie. Me sentía culpable de haberte metido en todo esto.

La sujeté un momento.

—¿Estáis solas?

—Sí. Oh Touie, ¿estás bien?

—No lo sé —contesté empujándola con suavidad—. ¿Ha venido la Policía a preguntar por mí?

—No.

—¿No?

—Naturalmente, cuando se enteraron del crimen en la oficina se pusieron frenéticos. Acordamos quitar la historia de Thomas de la serie «Usted… detective». Luego…

—Kay, ¿quieres decir que los del Central no han dicho nada a la Policía acerca de mí?

Kay me dirigió su sonrisa.

—Claro que no. Muy poca gente sabía lo del montaje publicitario y a la vista del crimen, cualquier cosa que dijésemos acerca del asunto sería de un gusto pésimo. Naturalmente, no sabíamos qué era lo que tú ibas a decir, y eso nos tenía muy preocupados. Lo discutí con B. H. Él tuvo una conversación con uno del departamento legal del Central, que resulta que es amigo personal de alguien muy importante en la Policía. En la conversación, bajo cuerda, con la Policía, nuestro abogado se enteró de que lo sabían todo acerca de ti, es decir, conocían tu identidad.

Se llegó al acuerdo de que Central estaría fuera del asunto si era posible.

—¿Cómo se podía mantener a Central fuera de esto? ¿Asegurándose de que un agente me disparase si me encontraban?

—No digas cosas desagradables, Touie. Decimos que si te cogían te buscaríamos los mejores abogados. Cambiaríamos ligeramente nuestra historia, un cambio al que tú no pondrías objeciones: yo te había contratado únicamente para confirmar los datos que sabíamos sobre Thomas. Al fin y al cabo, no puedes acusar a Central, han invertido millones en su canal.

«Sí», pensé yo, «¡salvemos los millones de Central y a paseo con este moreno!». Kay sonrió otra vez.

—No les hubiera dejado que te lanzasen a los lobos. Era una forma de protegernos y resultó bien. La Policía no parecía estar muy interesada en ti o…

—No entiendo eso de la Policía —cortó Ted.

—La Policía no está interesada en mí, sólo quieren enviarme a la silla eléctrica —yo lo tenía claro, si decía algo sobre el asunto publicitario, el Central diría que yo estaba loco.

—Ahí lo tienes —intervino Bobby, como si fuese una verdad profunda—, ya le dije a Kay que tú no lo hiciste —Kay desechó la idea con un movimiento de su delgada mano.

—Yo nunca dije… ¡Dios mío! ¿Qué pasó en aquella habitación, Touie?

—Una trampa. Alguien, que decía que eras tú, telefoneó a mi oficina y dejó el recado de que yo debería estar en la habitación de Thomas a medianoche. Estaba muerto cuando llegué. Un instante después entró un agente.

—¿Dijeron que era yo la que llamaba? —dijo Kay—. No sé quién podría saber…

—Para eso he venido, a encontrar las respuestas a unas cuantas preguntas. Estoy todavía atrapado por ese montaje. Hay dos cosas que quiero saber. Tú dijiste que después de emitir la historia de Thomas, vosotros los de Central teníais un testigo para que lo entregase a la Policía. ¿Quién es ese testigo?

—A causa del secreto no se lo habíamos dicho todavía. Hay un vigilante jubilado que trabajó para el Central y que pensábamos contratar. Él o su mujer podían haberlo aceptado por dinero.

—Bien, vamos a olvidar ese tema. Y ahora, ¿qué estáis tramando entre Steve y tú?

—¿Qué tiene que…? —contestó Kay ruborizada.

—¡No hay nada entre ellos! —dijo Bobby en voz alta, corriendo a poner un brazo protector alrededor de Kay—. Regresó a casa a la mañana siguiente. Ha terminado con él.

Kay se desprendió del brazo de Bobby, sacó su pipa del bolsillo de la bata china y la encendió con calma, mientras Ted desorbitaba los ojos.

—Realmente, no sé lo que tienen que ver mis asuntos personales con todo esto, Touie.

—Kay, no pregunto por pura casualidad. Tengo una excelente razón.

Kay me lanzó una bocanada de humo.

—Estoy fumando la marca que me recomendaste. Y, acerca de Steve… no merece la pena que se hable de él. Admito que estuve tonta. Steve no es nada… es un gusano. Tan aburrido que lo único que pasó es que me emborraché en su casa.

—¿Te quedaste sin sentido?

—¿Cómo lo sabes? Empezamos bastante tarde y se portó tan insolente por nada, se empezó a poner aburrido. Yo bebí demasiado, y me quedé dormida a primera hora de la noche. Y ahora que he confesado todo lo mío, sigo sin ver la relación con Steve.

—Es, o era, primo de Thomas.

—¿De veras? —preguntó como si se tratase de un juego de niños. Asentí.

Kay se rio ahogadamente y se dejó caer en el sofá.

—¡Esto no tiene precio! ¡Su primo! Todo el tiempo el muy asqueroso haciendo el papel de niño prodigio con canas. Esto explica por qué pudo conseguir una historia completa de Thomas en un solo día. Fue esa rapidez la que hizo que le encargasen escribir todas las otras…

—¿Sabía McDonald lo de la publicidad? —interrumpió Ted.

Kay le miró largamente.

—Por lo visto, usted lo sabe también —y me miró de forma acusadora.

—¡Por amor de Dios, Kay!, déjate de esas cosas. Naturalmente

que se lo conté a Ted. ¿Y Steve, lo sabía?

Se pasó una mano por su corto cabello cobrizo, como si quisiera ajustárselo a la cabeza.

—La mañana después de contratarte, cuando se lo estaba contando a B. H. por teléfono, éste me sugirió que se lo dijese a Steve. Nos había parecido un chico con tantas ideas que pensamos que podría ocurrírsele… ¡Dios mío! ¿Crees que lo hizo él?

—No lo sé, pero voy a descubrirlo esta noche, si tú me ayudas.

—¿Qué es lo que tiene que ver Kay con esto? —preguntó Bobby —. No voy a dejar que le hagan daño o se vea envuelta en…

—Cállate, Butch. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Le conté lo que habíamos pensado y Ted añadió:

—Verá, señorita, él se confesará con usted, con una chica. Si Toussaint o yo nos enfrentamos con él se cerrará como una almeja. Si le damos una paliza no podremos usar el testimonio en un juicio.

Kay volvió a acariciarse el pelo, asintiendo mientras chupaba su pipa. Parecía interesada únicamente en observar el humo que subía hacia el techo. Luego, Bobby dijo:

—¿Están seguros de que no están pidiendo a Kay que arriesgue su cabeza con un asesino?

—Ted y yo estaremos en la habitación contigua. Tendremos cuidado de que Steve no pueda hacer…

Kay volvió a repetir el gesto de la mano sobre el pelo.

—Cerrad el pico, los dos. Quiero pensar. Tiene sus matices. El problema es que, si me meto en el lío, la parte de la publicidad puede salir a la luz. Eso sería un desastre para la cadena.

—¡Al cuerno la cadena! ¡Es mi vida la que peligra!

Kay volvió a dirigirme su sonrisa.

—Touie, ya me doy cuenta de eso, pero no hace falta que te pongas melodramático. Una carrera es sinónimo de vida y mi carrera también está en peligro.

—Kay tiene razón —dijo Bobby—. Supongamos que Steve no es el asesino, o que no admita haber hecho nada, ¿en qué lugar queda Kay?

—Bobby —contestó Kay moviendo la cabeza—, no estoy preocupada por esa cucaracha. No, supongamos que es el asesino, ¿en qué lugar quedan Central y el programa?

—¡Maldita seas, Kay! Esto es un asesinato, no un programa —

dije, intentando no gritar.

Como un personaje de una obra de aficionados, siguió fumando su pipa durante un rato, el silencio en la habitación parecía cargado de explosivos. Luego se puso en pie.

—Voy a arriesgarme.

—¡Oh, Kay! —exclamó Bobby.

—Cuento con que el anunciante es un forofo de los crímenes y se entusiasmará. De la forma que yo veo esto, asumiendo que Steve es nuestro hombre, daremos la secuencia sobre Thomas en el programa de apertura, nos veremos en los periódicos durante ocho días. Ya me ocuparé yo de eso. Empezamos una publicidad de amplitud estatal. Todo el mundo verá el programa. Ya sabes, Bobby, que tengo un sentido especial para la publicidad, y esto me va muchísimo. Es real. Desde luego, no podremos decir que todo era un montaje publicitario… Touie fue contratado para comprobar que Tutt era realmente Thomas. ¿No os dais cuenta? Se trata de un programa que convirtió en asesino a un escritor del Central… y nuestro equipo lo ha resuelto con valentía, hemos limpiado nuestra casa en nombre de la Ley y el orden. ¡No puede fallar! —su voz sonaba con viveza, llena de emoción.

—Vamos querida —dijo Bárbara—. ¿No sería mejor que consultaras con H. B. primero? Llámale y…

—No, ni hablar —interrumpí— no se telefonea a nadie. Si alguien se lo dice a McDonald es mi perdición.

—¿No crees…? —empezó Bárbara.

—Mira, por lo que yo sé del tema, B. H. puede ser el asesino, o estar mezclado en ello con McDonald.

—Dejaos de decir tonterías —dijo Kay—, no voy a llamar a B. H. Voy a asumir la responsabilidad de todo esto. Será mucho mejor si lo hago yo.

—Seguro, puede ser mi salvación, el que alguien además de mí mismo esté interesado en el caso.

—¡Deja de tener lástima de ti mismo! —me riñó Kay—. ¿Qué es lo que quieres exactamente que haga yo?

—Lo primero de todo—intervino Ted— es que tiene usted que contratar a mi agencia. Yo quiero estar en esto de forma oficial.

—¡Maldita sea! —me sentía en ebullición—. Haz tu propaganda en cualquier otro momento. Y ahora escucha, éste es el plan —le

hablé del micrófono y la grabadora y de conseguir que Steve viniera a su apartamento. Cuando terminé, Kay no dudó ni un momento al decir:

—Estupendo. Voy a telefonear a Steve ahora mismo.

Pero Bobby alcanzó el teléfono antes que ella.

—Kay, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Él sabe que estoy al tanto de todo el asunto ese de la publicidad, de forma que es lógico que yo también sospeche de él.

—Eso es valiente y estupendo por tu parte, Bobby, mi muchacho, pero tienes que comprender que tengo que hacerlo yo, porque soy la que represento al Central en todo este jaleo. Le voy a telefonear ahora mismo, le diré que ha surgido algo en relación con el estudio, eso le hará venir corriendo. ¿A qué hora le puedo decir que venga?

—Ahora mismo —contesté—, pero hay algo más antes de empezar. Yo he pegado a un agente, por lo tanto, si conseguimos probar que Steve ha hecho algo, quiero que los tres os peguéis a mí durante todo el tiempo que tenga que permanecer con la Policía, incluso en la comisaría. No estoy dispuesto a que me apaleen.

—No te preocupes —me dijo Ted con dulzura— les vamos a entregar al verdadero criminal y serán felices.

—Quizás, pero quiero que estéis cerca para sentirme más seguro.

—Touie tiene razón. Todos sabemos el motivo que puede tener la Policía para pegarle, y tengo una idea mejor todavía —dijo Kay, mientras sacudía la ceniza de su enjoyada pipa—. Podemos telefonear a un periodista amigo mío, le haremos quedarse de testigo. Si conseguimos sacarle algo a Steve telefonearemos al periodista antes de llamar a la Policía. Para la publicidad será estupendo, porque este muchacho trabaja para una de las agencias más importantes. ¿Te parece bien, Touie?

Asentí y ella telefoneó a alguien. Después de charlar un poco y asegurar que no se trataba de otro montaje publicitario, él estuvo de acuerdo en esperar a que le llamase nuevamente.

Estábamos perdiendo el tiempo, así que la hice llamar a Steve, la tensión que sentía en mi interior se iba haciendo más intensa a cada número que marcaba. Al rato, Kay colgó diciendo que no contestaba nadie. El desaliento se debió reflejar en mi rostro.

—Seguramente ha salido a cenar, Touie —me dijo Kay—, no son

ni las siete. Sugiero que terminemos nuestra cena. ¿No tiene hambre, señor Bailey?

En realidad yo estaba hambriento y, aunque parezca mentira, cenamos todos como si fuéramos a asistir a una fiesta en vez de a la caza de un asesino. Kay siguió intentando telefonear a Steve cada quince minutos y, mientras tanto, nos pusimos a ver televisión. Kay quería «pescar» ciertos programas y anuncios. Ted telefoneó a su mujer para decirle que estaba trabajando y luego se sentó contemplando a Bobby y Kay con ojos asombrados. Yo me sentía lo mismo que cuando me encontraba vagando en Bingston en casa de los Davis: empezaba a preguntarme si todo esto era real o se trataba de una pesadilla.

Ted bajó a ver su coche, estaba preocupado por si alguien robaba el equipo. Bobby había puesto agua a hervir en la chimenea y sirvió ron caliente. A las diez, yo era un manojo de nervios, seguro de que Steve se había olido el asunto. Kay estaba bebiendo demasiadas copas, le grité:

—¡No te emborraches!

—Me siento demasiado excitada para emborracharme. Pero necesito unos refuerzos de este «elixir del valor», como suelen llamarlo románticamente los de la Liga Antialcohólica. Pero veo que el ron no ayuda a Bobby a relajarse. Butch, pareces cansada, ¿por qué no te tomas una pastilla para dormir?

A las once menos cinco consiguió al fin hablar con Steve.

—Steve —preguntó Kay—, ¿podrías venir a mi apartamento en seguida? ¿Cómo? No seas idiota, desde luego que no, aunque fueses el único par de pantalones en el universo. Se trata estrictamente de negocios. He encontrado algo en la oficina que te va a dejar loco. Oh, no me empieces a contar tonterías sobre las visitas de tus musas de la creación. Ya escribirás luego: esto es importante. No, no, no puedo decírtelo por teléfono. De acuerdo, quédate con tu máquina de escribir, Hemingway —nos guiñó un ojo por encima del auricular—. Pero tengo el meollo de un nuevo programa, el mayor de tu carrera, una serie completa, dos veces en semana. No, no estoy bromeando. Tendrás que empezar a trabajar y traer un esquema mañana por la tarde. ¿Que soy generosa? Escúchame,

quiero un veinte por ciento neto si consigues los guiones… No sé por qué no puedes acercarte. ¿Cómo? Te estoy ofreciendo una ganga en bandeja de plata y te pones en plan tonto…

Le di unos golpecitos en el hombro y le dije con un movimiento de labios:

—Dile que vas tú a su apartamento —asintió.

—Steve, esto es importante de verdad, ¿te parece que me acerque yo? Tienes toda la maldita razón, tengo hambre de dinero… cuando es una cantidad fuerte. Estaré ahí dentro de una hora. Tengo que vestirme y …Está bien, está bien, vamos a dejarnos de temas sexy. Estoy hablando en serio. Iré tan pronto como pueda.

Al colgar, Bobby le gritó:

—¡Kay, no, no!

—Relájate, Bobby. Tómate la pastilla y vete a la cama.

—¡No! ¡No te dejaré ir sola!

—No puedes ir con Kay —intervine—, lo estropearás todo.

—Insisto. No dejaré que Kay se enfrente con ese monstruo ella sola.

—Como tenemos que grabar la cinta en el coche —dijo Ted—, déjala que esté abajo conmigo. Otro testigo no nos hará daño. —Sacó el transmisor del tamaño de una caja de cerillas del bolsillo y se lo enseñó a Kay—. Esto es importante, de forma que escúcheme. Tiene que llevarlo en su bolso y asegúrese que no se atasca dentro. Hay que hacerlo con limpieza y cuidado, si él lo ve estamos perdidos. Cuando se siente, colóquelo debajo de la silla, o en el respaldo de un sofá, en cualquier sitio donde no quede tapado, pero que no se vea. Y lo tiene que hacer en cuanto entre en el apartamento.

—¿Este aparatito emite de verdad? —preguntó Kay señalándolo con un dedo.

—Sí, lo pondré en marcha tan pronto como usted esté preparada. Tenga cuidado con él. Vale una millonada.

Kay pellizcó su bata china y dijo, casi para sí misma:

—Debía ponerme un traje descocado, algo que sea seductor de verdad.

—¡Kay! —protestó Bobby.

—¡Dios mío! Lo último que yo quiero conseguir es a Steve McDonald. No tardo nada —y se metió en el dormitorio.

—¿Qué clase de casa tiene Steve? —pregunté a través de la puerta.

—Una de las reconstruidas, pero mayor que ésta.

—¿Tiene portero?

—No, creo que no.

—¿Vive en un piso exterior o interior?

—No recuerdo. Tiene una habitación muy grande y una cocinita. Con una decoración fantástica.

—¿Hay escalera de incendios cerca?

—Realmente, ¿cómo voy a saberlo?

Ted y yo nos pusimos las chaquetas mientras Bobby se colocaba un abrigo de paño estilo sastre y una gorra que en ella no tenía aspecto masculino. Kay salió sobre unos tacones altísimos y un ligero vestido sin hombros de tono plateado, que llevaba un sujetador incorporado para levantar sus pequeños senos. No se había maquillado, el cabello de color bronce revuelto alrededor de la cabeza, como al descuido. El vestido y el cabello resaltaban los delgados hombros y todo ello contribuía a acentuar su aspecto sensual. Se echó por encima una capa de visón, mientras decía:

—Estoy preparada. Siempre dije que llevaría este visón hasta el día de mi muerte.

—¡Por favor, Kay! —gimió Bobby.

Ted alzó sus enormes manos.

—Vamos a aclarar las cosas. Ustedes las mujeres se quedarán en la calle, cerca de la esquina, por si este McDonald resulta ser un tipo suspicaz y está mirando por la ventana. Cuando encontremos un sitio para aparcar, Bobby se meterá dentro del coche. Kay, usted se quedará en la acera de enfrente esperando a Toussaint que subirá y buscará la escalera de incendios para estar ya dentro cuando usted entre en el apartamento. Puede que no sea fácil —me miró, ambos pensábamos la misma cosa: un negro en un tejado o en una escalera de incendios en una vecindad blanca, causaría una docena de frenéticas llamadas a la Policía—. Si no hay escalera de incendios, yo creo que Toussaint debería colocarse delante de la puerta de McDonald para echarla abajo cuando sea necesario.

—¿Y cómo puedo escuchar a través de una puerta? —pregunté —. Estar parado en un pasillo sería muy peligroso… para mí.

—Está todo planificado —gruñó Ted—. Como ya es tarde y hay

silencio, tan pronto como Kay coloque el transmisor, yo tocaré el claxon tres veces cortas, para indicar que emite bien. Si no funciona, si no oye el claxon a los cinco minutos de haber colocado el transmisor, vuélvalo a coger y váyase. Kay, usted le dice que le duele la cabeza o…

—Tiene que ser esta noche —protesté.

—Lo importante es hacerlo bien —continuó Ted—. Si no oyen el claxon… se me ocurre algo mejor. Si yo no recibo, Bobby puede telefonear; eso dará a Kay una excusa para marcharse. Pero, si las cosas van bien yo lo estaré recibiendo todo. Tocaré el claxon otras tres veces si Kay está en peligro. Toussaint puede entrar a través de la puerta o la ventana y yo subiré.

—Eso suena bien —dijo Kay.

—Si Touie no puede situarse cerca de una ventana, no podemos hacerlo —dijo Bobby—. Steve no necesita más que un segundo para hacer… lo que sea.

Ted movió su enorme cabeza.

—No se preocupe, señora. En cuanto oiga a alguien en la puerta, lo único que haré será intentar escapar. Toussaint irá armado.

—Yo puedo manejar a Steve. Ya he dado más de una patada en el lugar adecuado antes de ahora —dijo Kay—. Vámonos.

Bobby y Ted bajaron primero, mientras Kay y yo esperábamos el ascensor.

—¿Estás nervioso, Touie? —me preguntó con calma.

—Me gustaría saber algo más sobre la ubicación del apartamento en el edificio.

—No tiene ascensor y está en el piso tercero, pero eso es lo único que recuerdo. Siento verdaderamente haberte metido en este lío.

—Riesgos de la profesión, supongo —dije encogiéndome de hombros.

Steve vivía en la Sesenta, al este de la Avenida Madison. Ted le dio a Kay el transmisor, asegurándose de que funcionaba, y ella lo deslizó en su bolso al marcharse con Bobby hacia la esquina.

—Ahora, tenga cuidado, no deje el bolso mientras se quita la capa —le advirtió Ted.

Dimos la vuelta por la calle Sesenta y cinco, que estaba vacía de gente, pero llena de coches. Solamente había un espacio vacío

frente a una casa enorme de apartamentos con el letrero de «no aparcar» pintado en la acera; le dije a Ted que se pusiera allí y él me contestó que el portero iba a poner el grito en el cielo. Yo insistí en que aparcara.

El portero, un hombre mayor vestido como un general extranjero, salió corriendo, y antes de que pudiera emitir ni una palabra, yo le estreché la mano diciendo:

—Es muy importante que aparquemos aquí una media hora.

—Pero, no pueden… —vio los diez dólares que le había colocado en la palma de la mano y añadió—. Levante la capota de su coche, señor, como si hubiera tenido avería. Sólo media hora. ¿Qué es lo que pasa?

—Un caso de divorcio. Pero no es en su casa —estábamos bien situados, en el mismo lado de la calle y a menos de treinta metros del apartamento de Steve.

Levanté la capota mientras Ted se entretenía con la grabadora. Luego me metí en la sombra del edificio más cercano. Bobby vino primero y entró en el coche, mientras el viejo portero quedaba a la puerta del edificio, vigilándonos con ojos llenos de sospecha. Cuando Kay empezó a caminar hacia la casa yo subí por la calle y entré en el pequeño vestíbulo del edificio de Steve a la vez que ella.

—No hay escalera de incendios en la parte delantera de la casa —le dije—. Llama al timbre y sube. Espera por lo menos diez minutos antes de hacerle la pregunta, pero esconde el transmisor en cuanto puedas.

Asintió y llamó a la puerta, apartamento 3-D. Cuando él abrió, con el portero automático, entramos ambos y ella subió. Yo me quedé en el portal, pensando qué podía hacer si entraba alguien y me preguntaba los motivos de encontrarme allí, o me dirigía una de esas «miradas» que podían significar lo mismo que una pregunta. Había más de una posibilidad de que un instante después de tener un teléfono a su alcance llamaran a la Policía para decirles que: «Hay un negro corpulento en el portal de…»

Oí cómo Steve abría su puerta y decía algo con impaciencia. Luego, al cerrar, se hizo otra vez silencio. Esperé un segundo y subí las escaleras, me movía suavemente, como si anduviese a cámara lenta. Al pasar el piso segundo me fijé en que los apartamentos «D» se encontraban en la parte posterior, en el lado izquierdo. Los

descansillos estaban protegidos contra incendios con una ventana al fondo por donde debía pasar una escalera. Cuando llegué al tejado, sudando profusamente, encendí una cerilla. La puerta era normal, no parecía tener una alarma Holmes. La abrí y salí al aire frío, mi negrura se la tragó la noche.

Cerré los ojos y luego los abrí despacio para mirar a mi alrededor, al cementerio de antenas de televisión que parecían cruces fantásticas. Era sencillo. Una escalera de hierro descendía por la parte posterior del tejado camino de la escalera de incendios. Todo daba a un pequeño patio desde el que se veían las espaldas de otras casas, con luces en muchas habitaciones. Sólo había una escalera de incendios. Seguramente habrían sobornado al inspector para que no interfiriera. Me quité los zapatos, me los até alrededor del cuello y empecé a bajar la escala. Al pasar la ventana del descansillo superior, mi silueta debió recortarse como una diana.

¡Diana…! Me había olvidado de algo… ¡La pistola de Ted!

9

Nunca me había sentido demasiado interesado por las pistolas, la guerra me había hecho preferir una carabina. Pero ahora me sentía como desnudo sin la pistola de Ted, y, además, si yo no podía abrir la ventana, un trozo de plomo sí podría. Me había comportado estúpidamente y ahora era demasiado tarde para lamentarme.

En tiempos pasados, debía haber dos apartamentos en cada piso, con entrada principal y de servicio. Ahora habían sido convertidos en cuatro de una sola habitación grande cada uno. Los dos de la parte posterior tenían grandes ventanas, una a cada lado de la escalera de incendios. Había luz en uno de los del piso alto, y al bajar por la escalera que, desde el tejado, conducía a la escalera de incendios, vi a un hombre tumbado en un sofá leyendo un periódico. No me preocupó, a menos que una persona mirase directamente a la salida de incendios, lo cual significaba asomarse a la ventana formando un ángulo especial, yo estaba a salvo. Lo que me ponía nervioso era el tener que pasar delante de los iluminados ventanales de cada descansillo; cualquiera que mirase por una ventana del otro lado del patio trasero me hubiera visto.

Un perro ladró en el piso cuarto mientras descendía por los escalones de hierro, que parecían de hielo traspasando mis calcetines de lana. Menos mal que el perro se conformó con un solo ladrido. En el piso tercero me sentí mejor: la luz de Steve estaba naturalmente encendida, pero el apartamento al otro lado de la escalera se veía a oscuras, con la ventana ligeramente abierta para que entrase el aire. Steve tenía un equipo de aire acondicionado en la parte baja de su ventana. Dejando mis zapatos en los escalones, me subí a la barandilla. Esperando que la caja del aire acondicionado me sujetase me puse de cara al edificio,

agarrándome con los dedos a los bastos ladrillos. Un pie sobre la caja. Parecía fuerte. Con el otro pie en la barandilla de la escalera me encontraba bien, si no me había visto nadie desde el patio. Ahora estaba fuera del alcance de miradas desde el descansillo, ya que me ocultaban las sombras. Podía ver perfectamente la habitación y la ventana no estaba cerrada. Hubiera podido abrirla y entrar sin problema.

El apartamento era algo digno de 1890. El papel de las paredes era una selva de rosas enormes y pequeños cupidos danzando entre ellas, el candelabro era una cosa tosca de cristal tallado, los muebles todos muy mullidos y varios sillones de cuero; había una estrecha cama con cuatro postes situada en una esquina. Incluso los cuadros tenían pesados marcos dorados y sobre las mesas y librerías vi jarrones curiosos y porcelanas. No sé, era todo tan afectado que apestaba.

Steve llevaba un smoking de satén rojo, con un cigarrillo colgando de sus delgados labios. Kay estaba sentada en algo parecido a una «chaise longue». Se apoyaba en el respaldo con los pies en el suelo, enseñando el nacimiento de sus medias. El asiento era de un horrible color amarillo cremoso y, no quisiera equivocarme, pero el transmisor colgaba bajo la ligera curva que formaba su trasero. La falda lo escondía inteligentemente de la vista de Steve. Parecía encontrarse a gusto. No pude evitar sentir admiración por ella, sabía mantenerse fría cuando lo requería el momento.

Con otro tipo de muebles hubiera sido un apartamento agradable, se trataba de una habitación grande y a través de dos puertas abiertas se veían el servicio y la cocinita. Parecía haber una ventana en la cocina, probablemente abierta con un eje. Estirando el cuello se apreciaba un secreter antiguo abierto, una máquina de escribir y montones de papeles manuscritos. Cerca del escritorio había una pequeña mesa de mármol con patas doradas que sostenía un par de botellas y un cubo de hielo, así como una enorme lámpara de cristal lechoso. Les podía oír hablar y parecían tranquilos. Steve le dijo si quería una copa y Kay no aceptó. Entonces le preguntó si era verdad lo de cierta dama que vivía con uno de los vicepresidentes del Central y Kay contestó que era asunto antiguo.

Sentía la planta de los pies dormida del frío y me dolían las manos de sujetarme a la pared de ladrillo, repentinamente me sentí furioso, auténticamente furioso. Todo era una estupidez, ¿qué podía tener que ver con un crimen un cursi como Steve?, ¿por qué esos dos blancos me iban a ayudar a mí? Aquí me encontraba, con los brazos y las piernas abiertos, en plan pájaro, esperando que en cualquier momento alguien me golpease y la caída era mortal. Me rondaba la idea terrible de que todo era una pérdida de tiempo, que no tenía solución, yo estaba condenado.

Los tres toques de claxon desde la calle me hicieron salir del abatimiento. El transmisor estaba enviando bien. Steve agudizó los oídos.

—¡Ese asqueroso hijo de perra! Todas las mañanas a las ocho algún idiota toca el claxon, supongo que es demasiado vago para salir del coche y tocar un timbre. No sé cómo no le multa un guardia. ¡Por Dios!, que si yo viviera en uno de los exteriores le tiraba una botella. Me crispa los nervios —se agitó para que se viera cómo se crispaba—. Bien, querida, ¿qué hay de esa bicoca que te tiene tan enloquecida?

—¡Caramba! Ahora te entran las prisas —contestó ella con coquetería— cuando te llamé parecía que no te interesaba en absoluto.

—No es cierto. Estoy terminando el décimo guion para «Usted … Detective» y una vez que consigo el ritmo me molesta que me interrumpan. ¿De qué se trata?

Ella sonrió incluso al decir:

—He estado pencando en el asesinato de Tutt… Thomas.

Steve dispersó la ceniza de su cigarrillo en un vaso.

—¿Qué programa se puede hacer con eso?

—Eso es lo que te estoy preguntando —dijo Kay con dulzura, mirándole fijamente—. Se me ocurrió que solamente había tres personas que conocieran la parte publicitaria del asunto de Thomas: yo misma, B. H. y tú.

Steve sabía también conservar la sangre fría.

—Y uno más, ese sabueso privado que tú contrataste. El sabueso negro, si me perdonas la expresión, ¿o la había usado ya? ¿Qué tiene que ver el asunto de la publicidad con la muerte de Thomas?

—No lo sé, pero se me ocurrió que quizás tiene alguna conexión.

Esa es la razón de que empezase a pensar en Thomas… Aunque la Policía cree que Touie lo hizo ¿qué motivo iba él a tener?

—Querida —contestó Steve abriendo mucho los ojos— si has venido a interrumpir mi trabajo sólo para jugar a detectives… ¿Quién sabe por qué lo hizo Moore? Quizá Thomas lo encontró husmeando y se pelearon. En un momento de rabia puede suceder cualquier cosa.

—¿Qué es lo que puede suceder en un momento de verdad?

—Preciosa, eres demasiado profunda esta noche para mí. ¿A qué viene todo esto?

—Lo referente a la pelea no encaja, Steve. Me he estado preocupando porque le dije a Touie que no tenía que estar todo el tiempo vigilando a Thomas, hasta después de que el programa hubiera empezado, por eso…

—Kay, ¿has tenido noticias de tu Otelo?

—Claro que no, pero supongo que todos somos un poco detectives dentro de nosotros, por eso he estado pensando esta noche sobre el tema. Es verdad que B. H. no tenía ninguna razón para matar a Thomas; no estaba siquiera en la ciudad. Yo sé que yo no lo he hecho.

Los ojos otra vez burlándose de ella.

—Y… entonces sólo queda un pequeño indio ¿yo?

Kay soltó una risita falsa.

—Resulta raro que le mataran el mismo día en que tú te enteraste del secreto publicitario.

Steve se rio con auténtica y profunda risa.

—Querida, si estás buscando una excusa para intentar otra vez la cama no deberías hacerlo tan mal. Realmente, quizá deberíamos hacer el amor… estás preciosa esta noche. Te pones realmente histérica cuando estás en celo y tratas de…

—B. H. parece estar de acuerdo conmigo.

—Tonterías —le salió como un latigazo—, estuve hablando con él esta tarde; me hubiera dado cuenta si tenía algo en su preclara mente. No Kay, se trata de un truco femenino y además es un mal truco. Estás de mal humor porque no logramos nada en la cama e intentas vengarte con esta acusación alocada. Necesitas hacer el amor con un competente salvaje. ¡Dios mío! ¿Por qué iba yo a matar a Thomas? Si era el mejor trabajo que he logrado en mi vida.

—Exactamente Steve. Recuerdo cuando llegaste con un guion sobre Thomas hecho en una sola noche. ¿Cómo pudiste investigar tan rápidamente? Las redacciones nocturnas de los periódicos locales serían inútiles.

—Todas las mujeres tenéis la memoria en desorden. ¿Has olvidado que yo tenía la idea de un programa parecido y que había hecho un borrador de la historia de Tutt? —le dirigió nuevamente el relámpago de su mirada, como probando algo.

Mi pie derecho estaba tan acolchado que cargué mi peso ligeramente hacia el pie que tenía en la barandilla. Cuando volví a apoyarme en el pie derecho, la maldita caja de aire acondicionado se quejó y sentí que mi corazón se congelaba. Pero Steve estaba demasiado agitado para oírlo.

—No me importa una broma. Pero rechazo esta acusación ridícula, esto es como un cuchillo traicionero en mi espalda. ¡Ahora sal de aquí! Te advierto: cualquier palabra sobre este tema, pronunciada en el estudio y tendré que decirles la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Vamos rica, el hacerte la tonta no te va nada. Les puedo contar cómo te cansaste de tu Bobby y trataste de venirte conmigo; pero en tu avidez no te has dado cuenta de que has sido lesbiana tanto tiempo que no puedes relacionarte normalmente con un hombre.

Ella le desafió con su nariz.

—Eso sería un delicioso cuento. Todo el mundo sabe que tú eres tan raro como un iceberg en el infierno, una fruta que…

—¡Pues no pensabas antes eso! —dijo él encendiendo otro cigarrillo—. Mira Kay, vamos a comportamos como adultos. No resolveremos nada peleando entre nosotros. Estoy ocupado. Mañana incluso te invitaré a comer y podemos continuar con este tema —desorbitó los ojos añadiendo—. A propósito, no me acordaba de una parte de mi pequeño asunto, como tú curiosamente lo has llamado, una parte que no les parecerá graciosa a los de la Avenida Madison. ¿Sabes?, puedo añadir que una de las razones que tuviste para venirte conmigo fue porque ese chico negro no te hizo ni caso. 79

—Quizá me hizo demasiado caso y ése es el motivo por el que no me satisfizo tu manoseo infantil.

—¿Te trajo también algunos porros de Harlem? ¿Te has pasado

ahora al caldo de carne? ¿O te dedicas a las emociones sádicas? Porque si es así, estoy preparado para complacerte con una deliciosa paliza, querida mía.

—Stevie, no prediques. Hice algo más que darle vueltas al asunto en mi cerebro de gallina… hice algunas llamadas a Kentucky.

Desde donde yo estaba, en la escalera de incendios, pude sentir la atmósfera de silencio; lo rompió él con un grito:

—¡Zorra! —su largo rostro estaba rojo y luego se tornó cadavérico.

Kay ni siquiera dio un salto; estaba disfrutando. Dibujó su sonrisa.

—Vaya, eso parece que atravesó la barrera de hielo ¿verdad? Ahora supongamos que nos dejamos de dramatismo y en palabras llanas me cuentas cosas de tu primo Thomas.

El no dijo nada, se quedó allí de pie, erguido, su rostro era una mezcla de dolor y rabia. Ella hincó el cuchillo un poco más:

—Stevie, no entiendes el matiz. Te estoy ofreciendo una escapatoria. Por la salud del programa te estoy dando la oportunidad de hablar conmigo, antes de ir a la Policía.

—¿Cómo… cómo te enteraste? —la voz le salía ahora en ahogados jirones.

—Es demasiado tarde para contarte cómo fue. Tú (que siempre eres tan locuaz, deberías hablar de prisa ahora. ¿Por qué le mataste?

El cayó sobre una mesa, parecía realmente que se encogía y arrugaba. Luego trató de animarse, respiró profundamente y se controló. Incluso hizo su gesto característico de abrir mucho los ojos al acercarse a su escritorio y sentarse en el borde para volver a encender su cigarrillo.

—Claro que voy a hablar, es una historia que tú puedes comprender. Le maté yo. Pero espera hasta que…

Hubo otro grito, un ahogado grito de alegría y alivio que quedó en mi propia garganta.

—… lo oigas todo. No fue un asesinato. Thomas era un pariente lejano, la oveja negra de la familia, nuestro esqueleto en el armario. Era un despojo y su madre una pobre prostituta. Puedes imaginarte mi situación; escribí mi novela y no pasó nada. Yo tenía que

realizarme como escritor o quedarme metido en un almacén de un rincón de pueblo el resto de mi vida, el fracaso de un borracho. Di vueltas por Hollywood durante un tiempo, pero no conseguí nada. Regresé a Nueva York y lo intenté en televisión. Trabajé como un esclavo. Durante dos años bobos escribí en privado, una docena de envíos que no dieron ningún resultado. Me sentía desesperado. ¡Por el amor de Cristo; ya tengo treinta y seis años! ¡No puedo seguir pidiéndole a mi enfermo padre que me siga enviando dinero para comer!

—Y entonces leíste lo de «Usted … Detective» —dijo Kay inclinándose sobre la mesa para tomar uno de sus cigarrillos. Él le dio lumbre a la vez que decía:

—Había estado dando vueltas alrededor del Central durante mucho tiempo. Esta tenía que ser mi entrada. Yo no había visto a Porky más que unas…

—¿Porky?

—El apodo de Bob Thomas. Tenía los modales de un cerdo, supongo. Como te iba diciendo, no le había visto más que unas cuantas veces cuando éramos niños, pero el cotorreo familiar me informaba de sus hazañas. Francamente, había olvidado todo lo referente a él hasta que me lo encontré en Times Square, yendo a trabajar. No dejé que él me viera. Eso sólo hubiera significado un contacto. Estaba pensando hacer un libro sobre su historia para editarlo en rústica… cuando me enteré del programa. Era fácil para mí hacer un guion en una noche. Funcionó, me abrió las puertas de par en par… Repentinamente me había convertido en un éxito. El mundo se presentaba brillante y lleno de sol. Me figuraba que había pocas probabilidades de que cogieran a Porky a causa del programa. La gente lo olvidaría en el momento de apagar el aparato. Además, él no era nadie, no importaba. Tarde o temprano terminaría otra vez en la cárcel. Pensé que era perfecto.

Kay asintió, fumaba despacio el cigarrillo. O era muy buena actriz o realmente creía que esa forma de pensar era la normal. Steve estrujó su cigarrillo y encendió otro. Todo en un movimiento estudiado.

—Cuando me dijiste que Porky había sido elegido para la parte publicitaria el pánico se apoderó de mí. Sin preparación, las probabilidades de que él lo hubiera visto eran de una entre mil y

mucho menos se iba a fijar en los títulos y observar mi nombre. Pero en cuanto le arrestaran, toda la publicidad y las historias nuevas… bien, se hubiera enterado de que era yo. Él no tenía nada que perder. Se enfadaría y seguramente hubiera hablado de nuestra relación familiar. Mi carrera en televisión hubiera acabado. Fui a verle esa noche, le dije lo del programa y le ofrecí quinientos dólares si se marchaba. Se enfadó y peleamos… repentinamente me vi con un par de tenazas ensangrentadas en la mano y él estaba muerto. Si no le hubiera matado, él me hubiera matado a mí.

—Autodefensa —dijo Kay, casi comprensiva.

—Obviamente. Desde luego hubiera habido un escándalo y… no tengo que repetir el viejo proverbio sobre la ley de la supervivencia. Tenía que pensar de prisa. Salí y disimulando mi voz telefoneé a tu chico negro, dije que eras tú. Una cosa muy sencilla; yo he hecho algo de teatro. Pasé un mal rato cuando me dijeron que no estaba en casa, pero el que me contestó dijo que sabía cómo ponerse en contacto con Moore. El resto fue coordinación, telefoneé a la Policía en el momento en que vi a Moore entrar en la casa. Yo estaba vigilando desde una tienda en la esquina. Realmente no lo pasé bien, pero él encajaba tan estupendamente en el asunto y yo no tenía dónde elegir. Y, además, ¡qué diablos!, mi vida estaba en la balanza, a él le hubieran echado unos años por homicidio. ¿Qué son unos cuantos años en la vida de un negro? Así que ya sabes mi historia hasta el último episodio, todo puesto al día, querida.

—Ja, ja.

Se enderezó e hizo su cómica mueca con los ojos.

—Lo siento si tiene que ser de esta manera, Kay, porque eres realmente una especie de diversión. Lo digo con sinceridad. Quisiera decir que cada vez significas más para mí, pero otra vez no puedo elegir. Toda acción tiene reacción…, tengo que matarte.

—Me alegro de haberme enterado de que habías hecho algo de teatro; parece que te gustan los dramas contundentes, Stevie.

Oí tres golpes nerviosos de claxon desde el otro lado de la casa. Steve se encogió de hombros.

—Querida, no me vayas a decir eso de que puedo tener confianza en ti, que no hablarás nunca, nunca. No puedo confiar.

—Tienes toda la razón —Kay era tremenda, ni siquiera un estremecimiento nervioso.

Steve se salió de su papel: como cualquier navajero de barrio bajo sacó una gran navaja de su bolsillo trasero; parecía un experto, la navaja se abrió automáticamente.

Los ojos de Kay estaban fijos en el instrumento, pero todavía parecía estar pasándoselo estupendamente.

—Como ya sabes —dijo Steve—, nunca me han faltado las ideas. Esto encajará bien: tuvimos una aventura poco satisfactoria, lo cual no es realmente un secreto en la oficina, y ahora has venido para intentarlo otra vez, vestida adecuadamente para ello. No lo logramos tampoco, tú creíste que era culpa tuya y te deprimiste. Yo me emborracho y me quedo sin sentido, mientras tú tomas una dosis excesiva de somnífero. Mucho jaleo en los titulares de la prensa, pero por otro lado completamente a salvo.

Empecé a prepararme para entrar en acción, pero me detuvo la voz tranquila de Kay preguntando:

—¿Y ese pincho moruno me va a obligar a hacerlo? —parecía tan fría, como si todavía no hubiese terminado su papel. Steve asintió.

—Vamos, bonita, tú ya sabes cuántas… partes… de una mujer se pueden rajar. Te estoy ofreciendo una muerte sin dolor. Pero puedo cambiar el guion: te heriste tú misma antes de tomar el somnífero. También le va bien al suicidio.

—Steve, deberías haberte quedado en el almacén de carretera de tu padre, eres todavía un paleto. Todo está grabado en cinta. La casa está rodeada de detectives.

El rio, una risa corta y aguda.

—Podías inventar algo mejor que eso, Kay. Pensé que me ibas a hacer la escena rutinaria de «tengo una pistola en mi bolso».

—Steve, tira esa navaja, estás haciendo que las cosas sean mucho peor para ti. Hay un pequeño transmisor sujeto en la parte baja de este sofá. Lo puse yo misma. Mira —se levantó y separó las piernas. Hubo un relámpago de faldas plateadas y medias que ceñían sus muslos y el transmisor quedó a la vista.

Me retiré de la barandilla de la escalera de incendios. Apoyé todo mi peso en la caja del aire acondicionado durante un segundo, el aparato empezó a derrumbarse. Sentí que me iba hacia atrás.

Arremetí frenéticamente, con las manos cubriéndome el rostro, y me lancé hacia adelante, estrellándome contra la ventana. Caí al suelo con un golpe que me dejó casi desvanecido, con cortes en miles de sitios.

Gritando, Steve se volvió y se echó sobre mí. Yo giré sobre mí mismo y me puse de pie, resbalando en mi propia sangre. Lancé una finta con mi mano derecha. El dirigió un navajazo al brazo, pero yo tenía ya tantas heridas que no sé si llegó a tocarme. Le di un izquierdazo en el vientre y le alcancé en el pecho, permaneció quieto un momento para luego derrumbarse en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunté a Kay. Ella asintió y yo añadí—: Ya has oído su confesión. Naturalmente que todo eso de la defensa propia es un cuento. La sangre de Thomas estaba todavía caliente cuando llegué allí… Steve le mató después de telefonearme. Probablemente le dejaría sin sentido y terminó con él cuando… ¿Dónde vas? —fuera se podía oír a Ted corriendo escaleras arriba.

—Estoy llamando al periodista que te… —empezó Kay, para luego gritar—: ¡Touie, cuidado!

Steve, el canijo canalla, se había puesto en pie, ya no tenía la navaja. Al volverme para mirarle, el saco de huesos me dio una patada en la espinilla con tal rabia que me hizo danzar de dolor. Si lo hubiera repetido me hubiera dejado fuera de combate. Pero, en vez de eso, se echó sobre mí para arañarme, golpeándome en los muslos con las rodillas. Puse los brazos alrededor de su cuerpo en un abrazo de oso y estrujé. Su rostro se puso de un blanco grisáceo y los ojos se le desorbitaron de verdad. Cuando le solté cayó al suelo, era seguro que ya no nos molestaría durante un buen rato.

No sé si a causa del puñetazo o por la pérdida de sangre, después de aquello, todo pareció moverse de una manera rápida y a saltos, como en una película antigua. Ted y Bobby irrumpieron cuando finalmente logré abrir la puerta, el traje de confección de Ted me pareció lo único real a la vista y por algún motivo me recordó aquella granja en Bingston.

En cosa de segundos, o por lo menos lo pareció, surgieron en la habitación un periodista grueso y un fotógrafo muy joven, junto con una docena de policías. Yo estaba manchando de sangre uno de los mullidos sillones de Steve, tratando de contestar a un millón de preguntas, pero sin decir nada con claridad. Al final me quedé

simplemente sentado allí, contemplando a los otros que hablaban y corrían por todas partes. Un mediquito de urgencia, enano, apareció y arrancó lo que quedaba de mi ropa y me inyectó algo que me dejó revoloteando en el aire. Sabía que me estaba curando y cosiendo aquí y allá, yo insistí en que me podía poner de pie perfectamente y uno de los policías me dio una manta para cubrirme.

Quizá me quedé un poco traspuesto. Ahora nos encontrábamos en la comisaría del distrito con la Policía y más periodistas con miles de flashes relampagueando en salvas. Steve debía haber decidido hacerse el loco; estaba balbuceando y gritando hasta que se lo llevaron fuera de la habitación. Yo miraba todo como si fuese un espectador, pero hay dos cosas que recuerdo perfectamente.

Kay… los fotógrafos festejaban su vestido y su sujetador, mientras ella se convertía en la persona más activa de la comisaría de Policía; luego me empujó hasta un rincón y colocó un trozo de papel y una pluma en mis manos vendadas, diciendo:

—Firma esto, Touie. Vamos a poner todo en una película, se emitirá después del estreno de «Usted … Detective» con la historia de Thomas. Dios mío, ¡nunca más volverá a haber un momento publicitario como éste! No lo podría hacer mejor si me hubiesen dado un presupuesto de un millón de dólares… es como un río y voy a estrujar hasta la última gota…

Repentinamente su rostro me parecía viejo y duro.

—¿Qué dice este documento? —pregunté con la voz estropajosa por la inyección.

—Tú tienes que representar tu propio papel en la película… cobrarás dos mil. Y lo mejor que he podido obtener. Firma, Touie, tengo un montón de cosas que…

—¿Estoy todavía a sueldo? —pregunté mientras firmaba.

—Naturalmente —señaló una caja que había en un rincón del departamento de Policía— te he traído un traje y una camisa de guardarropía, lo más grande que he logrado encontrar. Puedes poner tu traje roto en la lista de gastos.

—Gracias. ¡Atiza! Mis zapatos están todavía en la escalera de incendios. La cartera se ha debido de quedar en algún otro sitio. Me iré a casa en taxi y…

—Claro, claro. Tienes que estar en mi oficina mañana, bueno hoy, a las dos en punto. Ahora tengo que volver a ensillar mi

caballo… Oh, ¿te haces idea de lo grande que va a ser esto?

Otra cosa de la que me acuerdo es de un agente muy grueso y carnoso con insignias doradas de capitán en sus hombros, un rostro de duras facciones y mirada en la que se leía que odiaba mi piel oscura, diciéndome:

—No sabía que era usted tan buen detective, Moore. Los periódicos le harán un héroe y se lo pasará de miedo en la Avenida Lenox, pero ya estábamos enterados de todo con respecto a usted, muchacho.

—¿Quiere decir que sabían que había ido a Bingston? —el «hombre» hablaba; yo nuevamente era el «muchacho».

—No nos molestamos en buscar. Un borracho oyó desde el vestíbulo la discusión en la habitación de Thomas y vio a un hombre blanco que salía. La borrachera le hizo quedarse dormido, pero nos lo contó por la mañana. No le buscábamos a usted por… asesinato. No voy a hacer nada en contra suya porque le haya pegado a un agente… Pero le voy a dar un consejo gratis: no vuelva a meterse en líos, ni siquiera se le ocurra provocar una multa de tráfico. El que yo no vaya a hacer nada por pegar a un agente no quiere decir que lo hayamos olvidado.

—¿Qué se suponía que iba a hacer yo? ¿Dejarle que me abriese la cabeza? —pero el capitán ya se había retirado de mi lado.

Al empezar a amanecer, Ted, que había estado sonriendo y repartiendo tarjetas como si le acabasen de elegir alcalde, me dijo:

—Vamos Toussaint, te llevaré a casa.

Al final conseguí mi cartera y el resto de mis cosas y ya fuera, al meternos en el coche, le propuse:

—Vamos a tomar café. Estoy muerto de hambre.

—No llevas zapatos.

—No suelo beber con ellos —murmuré, muerto de cansancio y me sorprendió que Ted se pusiera a reír como un tonto.

MAÑANA

10

Paramos en una cafetería en la calle Ochenta y seis que estaba llena de gente dormida bebiendo un café rápido antes de irse a trabajar. Mis pies en calcetines no llamaron mucho la atención, aunque el traje que me había conseguido Kay debería haber atraído una multitud, estaba hecho de una tela rígida azul oscuro y se me quedaba completamente colgado. Debía de tratarse de un traje de payaso o había sido pensado para un gigante. La inyección que me había dado el doctor empezaba a perder su efecto y sentía dolor; me encontraba agotado.

Ted era justamente lo contrario. Aunque tenía los ojos enrojecidos de fatiga y las bolsas bajo ellos eran tan oscuras como nubes tormentosas, estaba lleno de vitalidad y no paraba de charlar. Iba a participar en la representación de la captura de McDonald, naturalmente, y no paraba de parlotear acerca de lo importante que esto era para su agencia. Después de comerme un par de barras con mantequilla con varios vasos de zumo de naranja y leche, me sentí mejor; quizá los líquidos empezaban a reemplazar la sangre que había perdido. Pero me sentía magullado todavía.

Ted salió corriendo y compró los periódicos matutinos. Yo aparecía en la primera página de la mayoría de ellos, incluso había una pequeña columna en el *Times*. El *News* tenía una fotografía mía que llenaba una página completa, se me veía de pie en el apartamento de Steve, al fondo la ventana destrozada. Yo parecía un ser del otro mundo, con la ropa desgarrada y colgando en jirones, llena de sangre al igual que mi camisa. Mis ojos parecían

vidriosos quizá por la patada que Steve me había dado en la espinilla. Curioso que un tipo tan delgado pudiera pegar de esa forma. Había más fotografías en las páginas interiores: de Kay, de Steve, mientras le ayudaban a subir las escaleras de la comisaría, y una de Ted señalando la grabadora en la parte trasera de su coche, se había abierto incluso la chaqueta mostrando su pistola en el hombro. Traté de leer unos párrafos, pero no podía poner interés.

Ted lo leía todo en un susurro ronco, gruñendo de satisfacción cuando veía su nombre mencionado.

—Voy a comprar un par de docenas de periódicos —dijo—. Esto vale como unos mil dólares en anuncios.

—No podrías comprar toda esa publicidad por diez mil. Dime una cosa, Ted, ¿vas a seguir utilizando trajes con dos pares de pantalones?

—¿Qué le pasa a este traje? Ahora necesita un planchado, pero…

—Nada. Es un magnífico pedazo de tela. Olvidémoslo. Tengo que dormir para recuperar mi belleza antes de enfrentarme a las cámaras. ¿Te das cuenta, me he convertido en un actor repentinamente?

—Escúchame, Toussaint, tenemos que tener una charla de negocios.

—Estoy exhausto. Hablaremos mientras me llevas a casa —estaba demasiado cansado para sorprenderme de los intentos de Ted de mantenerme levantado por el salario de un día, o por la razón que fuese.

Mientras nos dirigíamos hacia el norte, Ted me dijo, mientras masticaba un cigarro reciente:

—He estado pensando mucho en las últimas horas. Tú…, nosotros, hemos encontrado una buena cosa en esos chismes de la Avenida Madison, una mina de dinero si actuamos bien y con rapidez. ¿Te acuerdas de cuando te conté lo del asunto industrial en el que trabajo? La televisión es también una industria, y muy grande. Deben de necesitar detectives privados para miles de asuntos: espiar otras cadenas, silenciar escándalos, informar sobre un actor que bebe, protegerle de las chicas o protegerlas de los hombres; mucho trabajo. Haciéndolo bien, yo creo que esto tendría éxito: tú tienes un «algo» interno y yo tengo los medios externos.

Estoy ofreciéndote una asociación Bailey y Moore. Para ti el cuarenta por ciento. ¿Qué opinas, Toussaint?

Moví la cabeza. Tenía los ojos medio cerrados de sueño, me parecía estar viendo un programa de televisión. Una vez más, veía el apartamento de Steve encuadrado en la ventana, todos los extraños muebles. Steve volvía a «explicar» el motivo que había tenido para matar a Thomas. Kay, sentada, escuchando tranquilamente… de acuerdo con él. Ambos hablaban como…

—No te estoy estafando. Te daría un neto cincuenta por ciento, pero es que yo pongo el equipo y una agencia que ya funciona, por eso me parece que…

—Puedes quedarte con todo —dije, abriendo los ojos—, un cien por cien. Voy a tirar mi placa. Yo te enchufaré con Kay. Serás un éxito, la vida de sus fiestas.

Nos habíamos parado en un semáforo. Ted se volvió para mirarme, casi me dio en la cara con el fuerte cigarro.

—Toussaint, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Se reirán de ti en las fiestas, pero significa una gran pasta. Realmente no es malo aceptarlo…

—Después de morirte de hambre en este negocio durante años ¿lo vas a abandonar ahora?

—Sí. Ahora. Cuando por primera vez siento que sé lo que hago, cuando sé que podría llegar a ser un buen investigador. Te doy también el trabajo de fin de semana de Sid. No quiero volver a oír hablar de policías y detectives a no ser en una novela o en una película, y a lo mejor incluso ni eso. Ha sido suficiente. Antes de ir al estudio hoy, pasaré por la Oficina General de Correos y le diré al Tío que soy uno de sus nuevos carteros.

—Toussaint, pienso que no saldríamos por menos de diez mil al año cada uno, eso para empezar. Te equivocas si crees que lo vas a poder hacer solo o… ¿tienes a alguien más que te ayude? Oye…, ¿no estarás tomando en serio eso de ser actor?

—Ted, estoy asqueado de falsedades. Quiero ser un cartero y ocuparme sólo de mis propios asuntos. Que sea otro el que prenda a una mechera que no tiene dinero para comprar la ropa que necesita. No quiero nunca más importunar a una anciana para que pague un maldito fregadero a crédito en el que la metió el consumo. Y, más que nada, estoy asqueado de revolotear alrededor de gente que está

muy ocupada en apuñalarse por la espalda, metiendo incluso a la familia en el trabajo, matándolos luego para conservar el puesto —me parecía ver otra vez a Kay escuchando a Steve como si lo que él contaba fuese normal, comprensible; como si cualquier trabajo mereciera lo que había hecho—. Para terminar: estoy harto de moverme entre la suciedad de los otros.

—Has perdido sangre, estás nervioso, cansado. Mañana pensarás de otra manera acerca…

—No, Ted. Quizá esto ha estado en mi cabezota hace mucho tiempo, sin que yo lo supiera. He terminado como detective. Me has ayudado mucho, Ted; aprecio el riesgo en que te metiste. Soy sincero. Pero realmente no me necesitas para esa caza de ratas de la Avenida Madison. Hablaré con Kay y todo irá bien.

—Si haces eso, Toussaint, no lo olvidaré nunca. Te recordaré en Navidad. Yo… ¿vas a continuar con ese asunto del teatro?

—Naturalmente. Necesito el dinero para ponerme al día. Pero eso será el final de mi carrera como profesional. Estoy cansado. Había una granja en las afueras de Bingston. Me gustaría sentarme allí durante una semana, descansando. No, eso me volvería loco. Mi meta está en otro lado, en un punto medio.

—Estoy seguro de que necesitas dormir.

Paramos frente a mi casa; no había visto mi vieja guarida desde hacía una semana. Tenía todavía aspecto de guarida, pero tan hogareña. Era realmente mi casa. Salí del coche y estreché la mano de Ted, diciéndole:

—Gracias de nuevo. Espero que todo este asunto sea bueno para ti. Pídele a Kay un buen publicitario, saca todo lo que puedas de este negocio.

—Vaya, eso está bien. Un publicitario, claro, eso puede significar unos doscientos para mí. Kay me enseñará… Supongo que no estará en la oficina hasta mediodía o así.

—Insiste mientras estás animado. Estará trabajando ahora mismo, telefonéala. Te veré esta tarde, Ted.

El apartamento tenía el mismo aspecto, tan pobretón y confortable como siempre. No estaban Ollie ni Ray. Abrí la cama y me desnudé. No podía ducharme, mi cuerpo era igual que un

alucinante rompecabezas, con los trozos de esparadrapo y las vendas en contraste con mi color. No lograba recordar cuándo tenía que ver al doctor otra vez; tomé nota para telefonearle. Pasaban de las ocho y media cuando puse el despertador a las doce y me derrumbé en la cama.

Como si ésta hubiera estado conectada, en el momento en que toqué las sábanas sonó el teléfono. Lo puse en el suelo y me metí otra vez dentro. Era Sybil.

—Touie, acabo de ver los periódicos… ¡Dios mío!

—Hola, Sybil, bonita. Iba a llamarte más tarde. Esta noche te podré devolver el dinero.

—¿Quién habla de dinero? ¿Estás bien?

—Cansado y ocupado. Tú fuiste la que habló de dinero la última vez que te llamé desde Kentucky. No hablaste de otra cosa.

—Oh, estaba enfadada, estabas mezclado en esta locura. Quiero decir, yo pensaba que era una locura.

—Pero ahora que todo ha resultado bien ¿no era tanta locura? —pregunté, pensando cómo se lo diría.

—Touie, he llamado al trabajo diciendo que no me encontraba bien, porque creía que vendrías aquí. ¿Qué estás haciendo en tu casa? Quiero hablar contigo.

—Yo también tengo que hablar. Mira, estoy en la cama y malherido. ¿Por qué no vienes tú?

—Ya sabes lo que pienso sobre el ir a tu casa.

—¿Qué piensas?

—Vamos, Touie, te lo he dicho cien veces.

—Pero nunca me has dicho el auténtico porqué. ¿Por qué?

—Touie, ¿has bebido?

—Estoy *groggy*, Sybil; es importante que me digas por qué.

—Bueno, ya sabes lo mal visto que está. Quiero decir que no me gustaría que Roy u Ollie piensen que yo soy… Ya sabes.

—No están aquí. Sí, ya lo sé, pero lo que yo sé no es lo que tú sabes —contesté, pensando para mí si me daba miedo decirle la verdad—. Querida, ¿si acepto el trabajo de Correos te casarías conmigo y te vendrías aquí?

—Touie, ¿qué te pasa? ¿Por qué razón íbamos a vivir allí?

—Sybil, lo estoy diciendo de una forma confusa, pero… Las chicas, bueno, yo creo que tenemos esquemas diferentes, siempre ha

sido así; creo que quieres casarte conmigo no porque soy yo, sino porque de repente soy una posibilidad de un salario doble, un apartamento nuevo, un coche nuevo, la sociedad de Harlem, que realmente es más tonta que la jaula de los monos de la Avenida Park. Has estado sosteniendo…

—Touie, no sé lo que estás diciendo. Duerme y luego vienes esta tarde y hablaremos.

—Tengo que trabajar esta tarde y tan pronto como termine me marcho para Ohio a recoger mi coche. Vamos a hablar ahora, mientras soy capaz de decirlo. No quiero hablar de amor como un colegial, pero… Quizá lo pueda decir de esta manera: no te querías casar conmigo porque tenías miedo de que te vieras obligada a mantenerme durante un tiempo. Pero realmente yo no estaba tranquilamente sentado descansando las posaderas, estaba intentando establecerme. Pero tú querías algo muy seguro. Creo que no estoy hablando con claridad.

—¡Desde luego que no! No sé qué es lo que te pasa Touie. Respecto a mantener a un hombre, ya lo hice una vez y…

—Esto es lo que intento decir: no estoy hablando de un hombre, ni de una situación, estoy hablando de ti y de mí.

—Lo que estás diciendo no me aclara nada. Estoy perdiendo el salario de un día esperándote y no vienes y cuando te llamo me cuentas tonterías.

—No son tonterías. He estado pensando sobre todo esto durante los dos últimos días. Lo más importante del matrimonio no puede ser un piso nuevo o un abrigo de piel, o…

—¿Te has vuelto lelo? Toda esa charla sobre amor. ¿Qué te pasa?

Lo que me pasaba era que no tenía valor para decirle la verdad. Traté de pensar la frase adecuada y todo lo que se me ocurrió fue la estrofa de una canción: «Siempre hieres al que más quieres…». Pero yo no amaba a Sybil ni ella me amaba a mí. Me acordé de aquello que ella decía de que cuando un hombre no se encontraba a sí mismo, siempre la encontraba a ella. Eso era verdad. Yo mismo la había encontrado, no…

—Touie, ¿me has oído?

—Sí, te he oído. Mira, no puedo decir lo que quisiera. Yo…, bueno, te enviaré un cheque esta noche.

—¡Asegúrate de que lo haces! Cuando recuperes el sentido, cuando vuelvas de Ohio, quizá te permita que me llames y hablaremos de esto si estás tranquilo.

—Sybil, quiero que continuemos siendo amigos, siempre, pero no sé si vamos a poder hablar de esto…

—Supongo que toda esta publicidad se te ha subido a la cabeza. Envíame mi dinero y adiós.

Colgó y yo dejé el auricular y me estiré en la cama. Ya sabía lo que iba a parecer: ahora que me iba bien, la dejaba. Pero ¿cómo podía decirle que no me iba bien por el dinero, como Kay podría decir, sino por algo sucedido en mi mente? ¿Que estaba en paz conmigo mismo?

Estaba demasiado agotado para pensar en ello. Me sentía asqueroso, pero no demasiado. Había estado intentando decirle lo que yo ya sabía desde hacía seis o siete horas… Cuando volviese en mi Jaguar desde Bingston no volvería solo… Esa era mi esperanza.

Notas

[1] Colina de azúcar. (N. del T.) < <

[2] Gran manzana: nombre popular de la ciudad de Nueva York. <<

[3] Colinas. (N. del T.) <<